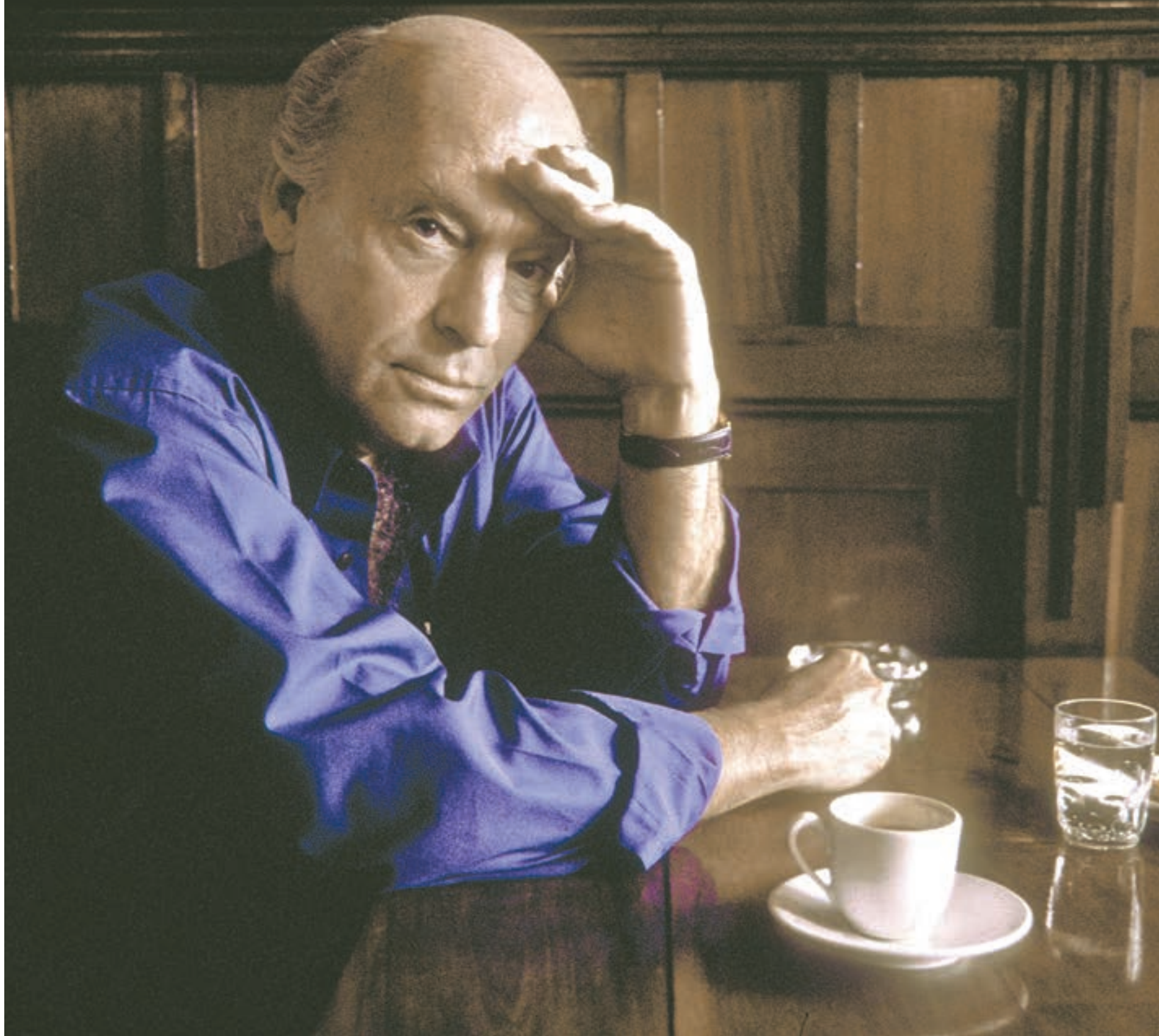


29 AÑOS DE **Página12** SUPLEMENTO ANIVERSARIO

Eduardo Galeano

El cazador de historias



Apuntes para un auto-retrato

Por Eduardo Galeano

Al principio, es la imagen. La palabra, después. Soy incapaz de transmitir una situación, una emoción o una idea si primero no la veo cerrando los ojos; y siempre me cuesta mucho encontrar palabras que sean capaces de transmitir esa imagen, y que me parezcan dignas de su esplendor. Creo que pinto escribiendo, por falta de talento para pintar pintando. Como no pude ser pintor, no tuve más remedio que hacerme escritor. La mujer que amas no te hace caso y te casas con la prima.

Evocación

A los catorce años recién cumplidos, publiqué por primera vez. Era un dibujo, una caricatura política, en el semanario socialista de Montevideo. Y desde entonces publiqué muchos dibujos más, que firmaba Gius, pronunciación castellana de Hughes, apellido paterno que me viene de un tatarabuelo católico huido de Gales al Uruguay.

Hasta los dieciocho años alterné los dibujos con algunas tentativas de periodismo escrito. Publiqué crónicas de arte, con más osadía que conocimientos, adolescente caradura, y crónicas del movimiento sindical, que conocía bien por mi temprana vida de sieteoficios en fábricas y oficinas. A los dieciocho años sentí el primer pánico ante una hoja en blanco, el mismo pánico que todavía, hoy por ejemplo, siento a menudo: quise escribir a fondo, con todo, quise darme —y no pude. Lo había intentado con pinceles, y tampoco había podido.

A los diecinueve años estuve muerto, pero nací de nuevo.

A los veinte escribí una mala novela. La firmé Galeano, apellido materno que me viene de un tatarabuelo de Genova.

Después volví a morir y a nacer varias veces. Hokusai, el deslumbrante artista japonés, eligió sesenta nombres diferentes para señalar sus sesenta renacimientos. Yo no tengo su audacia ni la sombra de su talento.

Revelación

Tatarabuuelos de Gran Bretaña, Italia, España y Alemania; cara de cónsul sueco en Honduras. Y sin embargo, desde siempre supe que soy tan latinoamericano como las piedras de Machu Picchu o el más humilde guijarro de mi país. Y lo supe, lo sé, como se saben de verdad las cosas: viajando por mis adentros desde las entrañas hasta la cabeza, y no al revés.



Pertenezco a una tierra que todavía se ignora a sí misma. Escribo para ayudarla a revelarse —revelarse, rebelarse— y buscándola me busco y encontrándola me encuentro y con ella, en ella, me pierdo.

Conclusión

Ahora, en estas líneas, estoy escribiendo, se supone, algo así como un auto-retrato. Podría remontarme a mi infancia muy católica, todos culpables a los ojos de Dios, Dios Jefe Universal de Policía, el alma y el cuerpo como la Bella y la Bestia; o podría hablar de mis posteriores conflictos con las versiones dogmáticas del marxismo, que proclaman la Verdad Única y que divorcian al hombre de la naturaleza y a la razón de la emoción. O podría contar que he jineteado diversas desventuras y que varias veces me ha volteado el caballo; que he conocido por dentro algunos

engranajes del terror y que el exilio no ha sido siempre fácil. Podría celebrar que al cabo de mucha pena y mucha muerte siga manteniendo viva mi capacidad de asombro ante la maravilla y mi capacidad de indignación ante la infamia, y que continúe creyendo en la verdad del poeta que me aconsejó que no tome en serio nada que no me haga reír.

Un auto-retrato. Podría decir que detesto las óperas y los manteles de plástico y las computadoras, que soy incapaz de vivir lejos del mar, que escribo a mano y tacho casi todo, que me casé tres veces, que... Pero tanto hablar de mí, me aburre. Me aburre: lo compruebo, lo confieso y lo celebro.

Hace algún tiempo, vi un pollo picoteando un espejo. El pollo estaba besando su propia imagen. Al rato, se durmió.

Publicado el 30 de junio de 1987.

Por Eduardo Galeano

El ministro del Interior del Uruguay vela por la seguridad de todos nosotros, los ciudadanos. Un día de estos le robaron la casa. Los autores del robo resultaron ser los policías encargados de su custodia.

En otros tiempos, ay, lejanos, el Uruguay era el rey del fútbol. Ahora, el país prueba todos los días que bien merecería la corona mundial de las paradojas.

No, no es patrioterismo vil. Yo postulo al Uruguay, chiquito pero inverosímil, porque de veras creo en sus altos méritos. Me consta que el título no es moco de pavo y reconozco que hay muchos otros candidatos dignos de consideración. El campeonato mundial de paradojas tendría final de bandera verde, cabeza a cabeza; y así ha sido desde siempre.

La historia nos toma el pelo

Desde que el mundo es mundo, al fin y al cabo, la paradoja existe: nacemos gracias a Dios, pero también nacemos gracias al pecado original.

Si la contradicción es el motor de la historia, la paradoja es el espejo que la historia usa, desde el principio de los tiempos, para revelar el verdadero rostro de sus protagonistas y tomarles el pelo.

Ni el propio hijo de Dios se salvó de una gran paradoja: para nacer, eligió un desierto subtropical donde jamás ha nevado, pero la nieve se convirtió en un símbolo universal de la Navidad desde que los poderosos de la tierra decidieron otorgar a Jesús la ciudadanía europea.

Y de los simples mortales, ni hablemos. El pobre Cristóbal Colón murió sin saber que había estado en América, convencido de que había viajado al Japón. Infinita sería la lista de las famas paradojales y los paradójicos famosos. El más alemanista del os alemanes, Adolfo Hitler, había nacido en Austria. Napoleón, el más francesista de los franceses, había nacido en Córcega. Margherita Sarfatti, la mujer más amada por el antisemita Mussolini, era judía. José Carlos Mariátegui, el marxista más marxista del os marxistas latinoamericanos, creía fervorosamente en Dios. El Che Guevara, protagonista de célebres epopeyas guerreras en América y en África, había sido declarado "completamente inepto para la vida militar" por el ejército de su propio país.

La vida cotidiana es una continua paradoja, y paradojas son las noticias de cada día. "Te noto nervioso", dice la histérica. "Te odio", dice la enamorada. "No habrá devaluación", dice el ministro de Economía, en vísperas del derrumbamiento de la moneda. "Los militares respetan la Constitución", dice el ministro de Defensa, en vísperas del golpe de Estado. El presidente

Patatas arriba

Reagan, que dice luchar contra el comunismo en Nicaragua, coincide paradójicamente con el Partido Comunista de Nicaragua, que también es furioso enemigo de la revolución sandinista. Y paradójicas eran, por fin, las barricadas de los propios sandinistas durante la guerra contra la dictadura de Somoza: las barricadas, que cerraban la calle, abrían el camino.

Dos paradójicos títulos mundiales

Nostalgias es un tango famoso, y también una definición certera de nuestro etilo nacional de vida. Pero en lugar de suspirar por las glorias del viejo pasado y por los goles que pasan y ya no vuelven más, los uruguayos bien podríamos celebrar nuestros récords actuales: en ciertas cosas somos, ahora, los primeros del mundo. Tenemos, por ejemplo, *el arroyo más contaminado del planeta*. El arroyo Carrasco aporta cada día un nuevo caudal de veneno para el asesinato de la costa de Montevideo. Yo no soy tan viejo, no he llegado ni al medio siglo, pero me siento Matusalén cuando nostalgiosamente recuerdo el arroyo Carrasco con garzas y peces y cuando evoco las lindas playas de mi infancia en las orillas del río ancho como mar. El Uruguay vive ahora en plena época de la impunidad: impunidad para los torturadores, para los violadores, para los asesinos de personas. Impunidad, también, para los asesinos de la naturaleza. Ahora el arroyo Carrasco echa un insoportable olor a muerto y las playas montevideanas se infectan de sólo mirarlas, y todo eso no ha sido obra de un castigo de Dios ni de la mala leche del Diablo. La desgracia colectiva es el brillante negocio privado de ciertos empresarios y funcionarios. Y el gobierno que los deja hacer es *el mismo gobierno que paradójicamente proclama la promoción del turismo*.

Otro record: tenemos, proporcionalmente, *el presupuesto de guerra más alto del mundo*, si se exceptúa, claro está, a los países que están realmente en guerra, como Irán o Irak o Nicaragua. La gente de uniforme recibe veinte veces más dinero que la universidad, mientras *el gobierno paradójicamente proclama la modernización del país*. El Uruguay destina a militares y policías el cuarenta por ciento del presupuesto nacional. El general Medina, ministro de Defensa, acaba de confirmarlo públicamente, y con explicable orgullo. Cuando yo menciono esta cifra a mis amigos extranjeros, ninguno me

creo semejante barbaridad, que más bien parece una exageración izquierdista; y en todo caso, nadie entiende cómo podría modernizarse y desarrollarse un país que dedica cuatro pesos de cada diez a vigilarse a sí mismo.

Privatizar el gobierno

El Uruguay funciona para gloria y sustento de zánganos y especuladores, respectivamente amparados por el secreto militar y el secreto bancario.

Se supone que el país vive del campo, pero el campo está paradójicamente vacío. La universidad genera miles de abogados, doctores herederos de una tradición cultural que desprecia las manos, y también genera unos pocos agrónomos. Los agrónomos están condenados a emigrar o a comer hambre. El campo, abandonado a la buena de Dios, pertenece a cuatro señores. Ya no se encuentra un campesino ni con la ayuda de los satélites espías. Paradójicamente, el gobierno no entrega tierra a quienes quieren trabajarla, y los productores chicos acaban sus tristes días juntando basura en los suburbios de Montevideo. Y no menos paradójicamente, el gobierno liquida el ferrocarril, que era el último vínculo de los desamparados, y así aniquila los últimos pueblitos sobrevivientes en la soledad del desierto.

Es el tiempo de la modernización. Y modernización significa privatización. Oh, paradoja: el Estado, inútil, incapaz, lastre de los antiguos tiempos, sigue siendo útil para salvar a los bancos privados en bancarrota, que paradójicamente prestan dinero a quien lo tiene y no a quien lo necesita, y que por regla general se presentan dinero a sí mismos. Y oh, paradoja de paradojas: el gobierno se propone privatizar las empresas públicas que dan ganancia, como Pluna, la empresa de aviación. La fiebre privatizadora copia el paradójico ejemplo privatizador del Estado argentino, que ha privatizado sus teléfonos entregándolos al Estado español, y ha privatizado sus aviones entregándolos a los Estados escandinavos.

El gobierno uruguayo ha descubierto que el Estado es ineficiente y se propone venderlo. Paradójicamente, el partido de

gobierno se ha dedicado a exprimir al Estado, como a una naranja, todo a lo largo del siglo veinte, y sigue haciéndolo con entusiasmo. El público está harto de estar al servicio del servicio público; pero, si es por la ineficiencia, cualquiera podría preguntarse por qué el gobierno no empieza por privatizarse a sí mismo.

El sospechoso elogio de la amnesia

Hay un record uruguayo, también paradójico, que es realmente honroso. Este país timorato, donde hasta el sol parece salir con horario de oficina, es *el único país del mundo que ha dado una abrumadora respuesta colectiva a la impunidad del terrorismo de Estado*. La ley que absolvió a los criminales de uniforme ha encontrado un imprevisto parate de centenares de miles e firmas que exigen un plebiscito popular. En proporción a la población, serían treinta millones de firmas en Brasil o cincuenta millones en los Estados Unidos.

Por paradójico que pueda resultar, esta pacífica y ejemplar expresión de democracia perturba la paz y atenta contra la convivencia democrática. Desde el paradójico punto de vista del go-

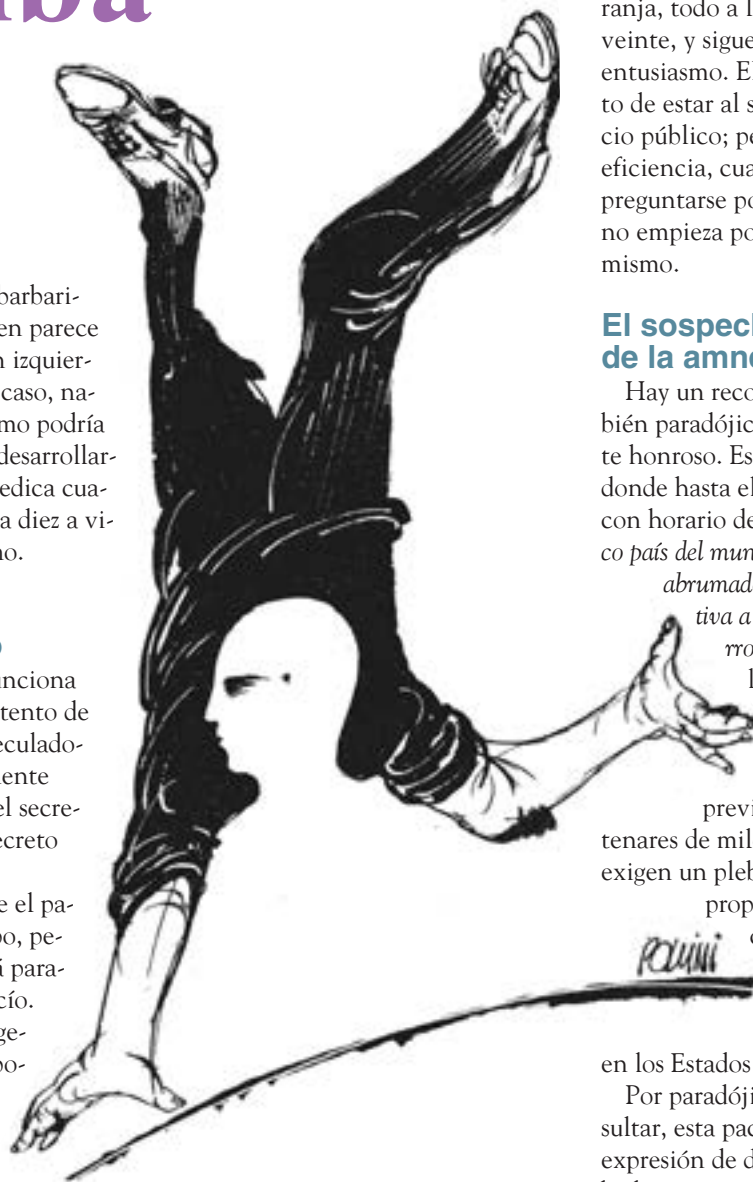
bierno, los criminales de guerra merecen juicio y castigo si son alemanes, y en cambio merecen ascenso si son uruguayos. Y en el colmo de la paradoja, el ministro de Defensa de la democracia desprecia públicamente a la justicia civil y al voto popular y declara, un día sí y otro también, que le parece muy bien que los militares den golpes de Estado para poner la casa en orden.

Las cosas no son lo que parecen ser, ni lo que dicen ser. Ni lo que debieran. La amnesia se convierte en la más alta de las virtudes democráticas; para ser un buen demócrata, nos dicen, hay que renunciar a la memoria.

En estos días, casualmente, estoy leyendo una novela de Louise Erdrich. A cierta altura, un bisabuelo encuentra a su bisnieto. El bisabuelo está completamente choco ("sus pensamientos tienen el color del agua") y sonríe con la misma beatífica sonrisa de su bisnieto recién nacido: uno es feliz porque ha perdido la memoria que tenía y el otro es feliz porque no tiene, todavía, ninguna memoria.

Esta felicidad perfecta, pienso, es paradójicamente indeseable. Yo no la quiero para mí, ni la quiero para los míos. Y decididamente no me gustan los gobiernos que tratan al pueblo como si fuera un inofensivo conjunto de viejitos gagás y bebés de pecho.

Publicado el 3 de julio de 1988.



Página | 29

29 años haciendo un periodismo que grita lo que otros callan.



Nosotros decimos no

Por Eduardo Galeano

Hemos venido desde diversos países y estamos aquí reunidos a la sombra generosa de Pablo Neruda. Estamos aquí para acompañar al pueblo de Chile, que dice *no*.

También nosotros decimos, *no*.

Nosotros decimos *no* al elogio del dinero y de la muerte. Decimos *no* a un sistema que pone precio a las cosas y a la gente, donde el que más tiene es el que más vale, y decimos *no* a un mundo que destina a las armas de guerra dos millones de dólares cada minuto, mientras cada minuto mata 30 niños por hambre o enfermedad curable. La bomba de neutrones, que salva a las cosas y aniquila a la gente, es un perfecto símbolo de nuestro tiempo. Para el asesino sistema que convierte en objetivos militares a las estrellas de la noche, el ser humano no es más que un factor de producción y de consumo y un objeto de uso; el tiempo, no más que un recurso económico, y el planeta entero una fuente de renta que debe rendir hasta la última gota de su jugo. Se multiplica la pobreza para multiplicar la riqueza. Se multiplican las armas que custodian esa riqueza, riqueza de poquitos, y que mantienen a raya la pobreza de todos los demás. Y también se multiplica mientras tanto la soledad. Nosotros decimos *no* a un sistema que no da de comer ni da de amar, que a muchos condena al hambre de comida y a muchos más condena al hambre de abrazos.

Decimos *no* a la mentira. La cultura dominante que los grandes medios de comunicación irradian en escala universal no invita a confundir el mundo con un supermercado o con una pista de carreras donde el prójimo puede: ser una mercancía o un competidor pero jamás un hermano. Esa mentirosa cultura que cursivamente, siúticamente, especula con el amor humano para arrancarle plusvalía, es en realidad una cultura del desvinculo. Tiene por dioses a los ganadores, los exitosos dueños del dinero y del poder, y por héroes a los uniformados rambos que les cuidan las espaldas aplicando la doctrina de la Seguridad Nacional. Por lo que dice y por lo que calla, la cultura dominante miente que la pobreza de los pobres no es un resultado de la riqueza de los ricos, sino que es hija de nadie, proviene de la oveja de una cabra o de la voluntad de Dios, que

Entre el 11 y 16 de julio de 1988, trescientos intelectuales y artistas participaron de "Chile crea", un encuentro internacional del arte, la ciencia y la cultura por la democracia en Chile. Este fue el discurso de inauguración que Eduardo Galeano pronunció en nombre de todos los invitados.



ha hecho a los pobres perezosos y burros. De la misma manera, la humillación de unos hombres por otros no tiene por qué motivar la solidaridad, la solidaria indignación, o el escándalo, porque pertenece al orden natural de las cosas: las dictaduras latinoamericanas, pongamos por caso, forman parte de nuestra exuberante naturaleza y no del sistema imperialista de poder.

El desprecio traiciona la historia y mutila al mundo. Los poderosos fabricantes de opinión nos tratan como si no existiéramos o como si, fuéramos sombras bobas. La herencia colonial obliga al Tercer Mundo, habitado por gentes de tercera, a que acepte como propia la memoria de sus vencedores y a que compre la mentira ajena para usarla como si fuera la propia verdad. Nos premian la obediencia, nos castigan la inteligencia y nos desalientan la energía creadora. Somos opinados, pero no podemos ser opinadores. Tenemos derecho al eco, pero no tenemos derecho a la voz. Y los que mandan elogian nuestro talento de papagayos. Nosotros decimos *no*, nos negamos a aceptar esta mediocridad como destino.

Nosotros decimos *no* al miedo. *No* al miedo de decir, al miedo de hacer, al miedo de ser. El colonialismo visible prohíbe decir, prohíbe hacer, prohíbe ser. El colonialismo invisible, mucho más eficaz, nos convence de que no se puede ser, nos convence de que no se puede decir, nos convence de que no se puede ser. El miedo se disfraza de realismo: para que la realidad no sea irreal, nos dicen los ideólogos de la impotencia, la moral ha de ser inmoral. Ante la indignidad, ante la miseria, ante la mentira, no tenemos más remedio que la resignación.

Signados por la fatalidad, nacemos haraganes irresponsables, violentos, tontos, pintorescos y condenados a la tutela militar. A lo sumo podemos aspirar a convertirnos en prisioneros de buena conducta, capaces de pagar puntualmente los Intereses de una descomunal deuda externa contraída para financiar el lujo que nos humilla y el garrote que nos golpea.

Y en este cuadro de cosas, nosotros decimos *no* a la neutralidad de la palabra humana. Decimos *no* a quienes nos invitan a lavarnos las manos ante las cotidianas

crucifixiones que ocurren a nuestro alrededor. A la aburrida fascinación de un arte frío, indiferente, contemplador del espejo, preferimos un arte caliente que celebra a la aventura humana en el mundo y en ella participa, que es un arte irremediablemente enamorado y peleón. ¿Sería bella la belleza si no fuera justa la justicia? ¿Sería justa la justicia si no fuera bella? Nosotros decimos *no* al divorcio de la belleza y la justicia, porque decimos *sí* a su abrazo poderoso y fecundo.

Ocurre que nosotros decimos *no*, y diciendo *no* estamos diciendo *sí*.

Diciendo *no* a las dictaduras, y *no* a las dictaduras disfrazadas de democracia, nosotros estamos diciendo *sí* a la lucha por la democracia verdadera, que a nadie negará el pan, ni la palabra y que será hermosa y peligrosa, como un poema de Neruda o una canción de Violeta.

Diciendo *no* al devastador imperio de la codicia, que tiene su centro en el norte de América, nosotros estamos diciendo *sí* a otra América posible que nacerá de las más antiguas tradiciones americanas. La primera de las costumbres de América: la tradición comunitaria, que los indios de Chile defienden desesperadamente, de derrota en derrota, durante cinco siglos.

Diciendo *no* a la paz sin dignidad, nosotros estamos diciendo *sí* al sagrado derecho de rebelión contra la injusticia y a su larga, larga historia, larga como la historia de la resistencia popular en el largo mapa de Chile.

Diciendo *no* a la libertad del dinero, nosotros estamos diciendo *sí* a la libertad de las personas: libertad maltratada, lastimada y mil veces caída, como Chile, y como Chile mil veces alzada.

Diciendo *no* al egoísmo suicida de los poderosos que han convertido al mundo en un vasto cuartel, nosotros estamos diciendo *sí* a la solidaridad humana, que nos da sentido universal y confirma la fuerza de fraternidades más poderosas que todas las fronteras con todos sus guardianes, esa fuerza que nos invade como la música de Chile, y como el vino de Chile nos abraza.

Y diciendo *no* al triste encanto del desencanto, nosotros estamos diciendo *sí* a la esperanza, la esperanza hambrienta y loca y amante y amada, como Chile. La esperanza obstinada, como los hijos de Chile rompiendo la noche.

Publicado el 17 de julio de 1988.

Por Eduardo Galeano

Elogio del arte de la oratoria

Colombia produce café, cocaína y discursos.

Los escuadrones de la muerte, organizados por el ejército, echan plomo y acero sobre la mano de obra desobediente; y las floridas palabras suceden a las carnicerías. A la orilla del río de sangre, los políticos gobernantes pronuncian discursos, mano al pecho, mirándose las cejas: solemnemente anuncian investigaciones que jamás llegarán al fondo.

En Bogotá hay varias fábricas de discursos, aunque sólo una tiene teléfono. Estas plantas industriales han discursado las campañas de numerosos candidatos a la presidencia, en Colombia y en los países vecinos, y habitualmente producen discursos a medida para interpelar a ministros, celebrar bodas o cumpleaños o bautismos, inaugurar es cuevas cárceles y conmemorar próceres de la historia patria:

—Yo, el menos indicado quizá...

Elogio de la evolución ideológica

Este diálogo ocurrió en España. Cualquier semejanza con la realidad nacional, obedece a mera casualidad o error involuntario:

—Pero, Manuel, hombre, ¡cómo has cambiado de ideas! Eras monárquico. Te hiciste falangista. Luego, fuiste franquista. Después, demócrata. Y ahora eres socialista. ¡Cómo has cambiado de ideas, Manuel!

—¿Yo? ¡Yo nunca he cambiado de ideas! Yo siempre he tenido la misma idea: ser alcalde de este pueblo.

Elogio de la cultura contemporánea

Michael Jackson ha ganado 35 millones de dólares, limpios de polvo y paja, en los espectáculos de este año.

El entertainer número uno, el ídolo mas ídolo del show business, reparte su vida entre los escenarios y los quirófanos. Los cirujanos le han arrancado varios pedazos de carne de la cara, le han fabricado nariz de blanco, labios de blanco y párpados de blanco, y le han estirado y blanqueado la piel en incesantes operaciones. Ahora ya no es negro, pero tampoco del todo blanco, como no es macho ni hembra, ni joven ni viejo, y tiene más bien un aspecto de bella momia adolescente.

A nadie abraza, ni roza siquiera, este millonario héroe de plástico. El puso dem oda los guantes. Anda con guantes por el pánico de tocar y ser tocado, y duerme, siempre solo, en una oxigenada campana de cristal, para que no lo atrapen los microbios ni lo gaste el tiempo.

Elogio de la ambigüedad

Había una vez, me contaron, un detective rascándose la ca-

Elogios



beza. Inclinado sobre la vía del tren, miraba el cuerpo de un hombre cortado en tres. Entre las vías, estaba el tronco. A un lado, recién desprendida, la cabeza. Al otro lado, las piernas. El tren se alejaba, echando humo.

Pero el detective no estaba dispuesto a dejarse engañar por las apariencias.

—¿De qué habrá muerto este hombre? —se preguntaba.

Elogio de la historia oficial

En las islas francesas del Caribe, los textos de historia enseñan que Napoleón fue el más admirable guerrero de Occidente. En esas islas, Napoleón reestableció la esclavitud en 1802. A sangre y fuego obligó a que los negros libres volvieran a ser esclavos de las plantaciones.

De eso, nada dicen los textos. Los negros son los nietos de Napoleón, no sus víctimas.

Elogio de la iniciativa privada

Jesús te mira. Vayas donde vayas, sus ojos te siguen. La tecnología moderna ayuda al hijo de Dios a cumplir sus funciones de vigilancia universal. Tres capas de plástico polarizado, que bloquean sucesivamente el paso de la luz, le facilitan la tarea.

Allá por 1961 o 1962, una de estas imágenes de ojos corredizos llamó la atención de un periodista argentino, Tulio Jacovella iba caminando por una calle cualquiera de Buenos Aires cuando se sintió observado. Desde una vidriera, Jesús le había clavado los ojos. Retrocedió y la mirada de Jesús retrocedió con él. Se detuvo y la mirada se detuvo.

Avanzó y la mirada avanzó. Esta señal divina le cambió la vida y lo sacó de pobre. Poco después, Jacovella voló a Port-au-Prince, y por medio de la embajada de su país en Haití consiguió una audiencia con el presidente vitalicio Papa Doc Duvalier.

Llevaba un gran cuadro bajo el brazo:

—Tengo algo que mostrarle, Excelencia —dijo.

Era un retrato del dictador. Los ojos se movían.

—Papa Doc te mira —explicó Jacovella.

Papa Doc asintió con la cabeza.

—No está mal— dijo, yendo y viniendo ante su propia imagen.

—¿Cuántos puede hacer?

—¿Cuánto puede pagar?

—Le pago lo que sea.

Y así Haití se llenó de miradas vigilantes y el inquieto periodista se llenó de dinero.

Elogio de la neutralidad de la ciencia y de la técnica

Tienen el mismo nombre, el mismo apellido. Ocupan la mis-

ma casa, calzan los mismos zapatos. Duermen en la misma almohada, junto a la misma mujer. Cada mañana, el espejo les devuelve la misma cara. Pero él y él no son la misma persona.

—Y yo, ¿qué tengo que ver? —di-

jo él, hablando de él, mientras se encoge de hombros.

—Yo cumplo órdenes —Dice, o dice:

—Para eso me pagan.

O dice:

—Si no lo hago yo, lo hace otro.

Que es como decir:

—Yo soy otro.

Ante el odio de la víctima, el verdugo siente estupor, y hasta una cierta sensación de injusticia: al fin y al cabo, él es un funcionario, un simple funcionario que cumple su horario y su tarea. Terminada la agotadora jornada de trabajo, el torturador se lava las manos.

Ahmadou Gherab, que peleó por la independencia de Argelia, me lo contó. Ahmadou fue torturado por un oficial francés durante varios meses. Y cada día, a las seis en punto de la tarde, el torturador se secaba el sudor de la frente, desenchufaba la

picana eléctrica y guardaba los demás instrumentos de trabajo. Entonces se sentaba junto a Ahmadou, el torturado, y le hablaba de sus problemas familiares y del ascenso que no llega y lo cara que está la vida. El torturador hablaba de su mujer insufrible y del hijo recién nacido, que no o había dejado pegar un ojo en toda la noche; hablaba contra Orán, esta ciudad de mierda, y contra el hijo de puta del coronel que...

Ahmadou, ensangrentado, temblando de dolor, ardiendo en fiebres, no decía nada.

Publicado el 4 de diciembre de 1988.

Quemado

ES
BUENO
TENERTE



Por Eduardo Galeano

● **La imagen más vendedora:**

La guerra como espectáculo. La operación Tormenta del Desierto tiene por estrellas al índice Dow Jones y a la Cotización del Petróleo, acompañados por un amplio elenco de Comadreas Salvajes, Avispas, Vampiros, misiles, misiles anti-misiles, misiles anti-anti-misiles y muchos extras aterrorizados bajo sus máscaras de marcianos.

● **La imagen más cambiada:**

Saddam Hussein. Es el villano. Antes, era el héroe.

Desde la caída del muro de Berlín, Occidente se quedó sin enemigos. La economía de guerra en tiempos de paz, que está en la base de la prosperidad de los prósperos, exige enemigos. Si nadie amenaza, ¿para qué tiene el mundo un soldado cada cuarenta habitantes, mientras tiene nada más que un médico cada mil? Hussein había servido al Mundo Libre contra el Hitler de Teherán. No había mejor cliente para la industria de armamentos. Ahora, él es el Hitler de Bagdad. La televisión muestra sus ojos de loco fanático. El peligro del fundamentalismo iraquí ha sustituido al peligro del fundamentalismo iraní.

Hussein reza. Bush reza. El Pa-

Imágenes



pa reza. Todos rezan. Todos creen en Dios. Y Dios, ¿en quién cree?

● **La imagen más pétrea:** El presidente Bush explica la guerra. Evocando la pasada gesta mundial contra Hitler, Bush habla en nombre de los aliados.

Los aliados van a liberar a un pequeño país avasallado por un vecino prepotente y ambicioso. ¿Panamá? No; el pequeño país se llama Kuwait.

Pero ocurre que la invasión de Kuwait no ha sido solamente un

acto de indudable irresponsabilidad y matonismo. También ha sido un acto de estupidez: al invadir, Hussein ha servido, en bandeja, la coartada que Bush necesitaba. Y ahora, todos contra uno: veintiocho naciones acompañan esta gloriosa operación destinada a salvar la hegemonía norteamericana en el planeta.

Guerra mediante, los Estados Unidos consolidan su poder amenazado. Amenazado desde adentro, por la recesión que asoma en el país que tiene la deuda externa más alta del mundo. Y amenazado desde afuera, por la imparable competencia del Japón y de la Alemania unida. Índice de alarma: una productividad tres veces menor que la del Japón y dos veces menor que la de Europa.

● **La imagen más reveladora:** La reticencia de Helmut Kohl, tan decidora como el casi silencio de los japoneses. Los rivales de los Estados Unidos dependen del petróleo del Golfo Pérsico, que a los Estados Unidos pertenece. A los Estados Unidos y a Inglaterra, la colonia fiel a su antigua colonia.

● **La imagen más lastimosa:** Soldados rusos envían, desde Moscú, un mensaje a Washington. Son veteranos de la invasión de Afganistán. Se ofrecen para invadir Irak.

El Este ya no es el contrapeso del Oeste. Una nueva era: los Estados Unidos pueden ejercer impunemente su función de policías del mundo. Y ya se sabe que este país, que nunca fue invadido por nadie, tiene la vieja costumbre de invadir a los demás. En un par de siglos de vida independiente, más de doscientas agresiones armadas contra otros países independientes.

● **La imagen más elocuente:** Pérez de Cuéllar, en sombras, con la cara entre las manos. Nacidas para la paz, las Naciones Unidas son ahora un instrumen-

to de guerra. El Consejo de Seguridad ha dado luz verde. A la Unión Soviética le pareció bien. China no se opuso. Cuba y Yemen votaron en contra.

Irak está siendo castigado, porque se negó a cumplir una resolución de la ONU. Antes, los Estados Unidos se habían negado a cumplir varias resoluciones de la ONU sobre Nicaragua. También Israel se había negado a cumplir varias resoluciones de la ONU sobre los territorios que usurpa. Y el mundo no les declaró la guerra por eso.

● **La imagen más siniestra:** El rey Fahd y el emir de Kuwait, los hombres más ricos del mundo, y los demás gangsters del desierto, monarcas de ópera bufa que administran los países que el Imperio Británico, en sus buenos tiempos, había comprado o inventado. Las petrocraacias encarnan a la Democracia en esta telenovela sangrienta. Y en la ceremonia del sacrificio, corren con los gastos. El petróleo da para todo.

● **La imagen más eufórica:** Al tercer día, júbilo en Wall Street. La Bolsa de Valores de Nueva York registra una de las mayores alzas de la historia. Mientras tanto, cae el precio del petróleo. O sea: se restablece la normalidad del mercado. En la zona de guerra yace más de la mitad de las reservas petroleras del mundo; pero parece garantizado el derecho al despilfarro de las potencias consumidoras. Se puede seguir quemando la energía del planeta. Honda preocupación había causado una falsa alarma: no, Europa no tendrá que reducir su consumo en un siete por ciento. Los automóviles suspiran con alivio. Los televisores, también. Esta guerra ha batido todos los récords de *rating*.

● **La imagen más helada:** Los tecnócratas de la muerte. Arte de la guerra, el canibalismo como gastronomía: los generales explican la buena marcha del plan de aniquilación. Se ven mapas sin habitantes, o pantallas de videogame donde las crucecitas blancas señalan el destino de las bombas que caen como lluvia.

● **La imagen más estimulante:** Las manifestaciones pacifistas. Rosas o velas encendidas en las manos. La televisión las ningunea; pero en algunas ciudades son multitudes las que caminan y crecen. Creen que la guerra no es nuestro destino.

● **La imagen más trágica:** La no transmitida. La imagen ausente, censurada en estos primeros días: los muertos, los heridos, los mutilados. Las vidas humanas. Ese detalle.

● **La imagen más angustiosa:** Los días que pasan. 1991, único año capicúa del siglo veinte, había nacido prometiendo buena suerte. A poco andar, ya lo enchastran la sangre y la mugre de la guerra. Ojalá este año chiquilín pueda cambiar de signo. Ojalá lo dejen. Él no quiere ser un jodido.

Publicado el 27 de enero de 1991.



Defensoría del Pueblo
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

@DefensoriaCABA DefensoriaCABA
www.defensoria.org.ar

Atención al Vecino Av. Belgrano 673
0800 999 3722

Preguntitas a los presidentes

Por Eduardo Galeano

1 El deber de la memoria, ¿es servir al olvido? Llevamos cinco siglos trabajando para un mercado internacional que nos desprecia. ¿Vale la pena seguir intentando el desarrollo hacia afuera, basado en el bajísimo precio de nuestros brazos? América Latina no llega al cinco por ciento del comercio mundial, y cada vez nuestras productos valen menos y significan menos. En estos últimos cuarenta años, sin ir más lejos, hemos dejado mucha ofrenda al pie de esos altares: una incontable cantidad de vidas humanas han sido sacrificadas, hemos quemado una quinta parte de nuestras florestas y hemos arrasado una quinta parte de nuestras tierras cultivables. ¿Hasta cuándo nos seguiremos creyendo el cuento de que la pobreza es el merecido castigo que las leyes del mercado propinan a la ineficiencia?

2 Según las asépticas estadísticas de las Naciones Unidas, América Latina produjo sesenta millones de nuevos pobres entre 1986 y 1990. En esos cuatro años, la proporción de pobres subió en un cinco por ciento. En pleno auge de la libertad del dinero. La dictadura del mercado traiciona a la gente. Lógica del mercado, ley de la ganancia: los perdedores sobran. ¿Qué motivos tienen para creer en la democracia los millones de niños abandonados a la buena de



Dios en las calles de las ciudades? ¿Y los millones de jóvenes condenados a la desesperación en sociedades que reducen sus espacios de encuentro al mercado y sus orgasmos de consumo? ¿Qué¹ dirían las estadísticas, si pudieran registrar el desprestigio de la democracia y el descrédito de la política?

3 Cuotas de importación, tarifas, prohibiciones: en su último libro, Noam Chomsky describe las barreras de protección que los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia levantan contra la temible competencia comercial de Bangladesh, Trinidad-Tobago, Mali, Togo, Etiopía y otras potencias.

¿Por qué será que los países ricos exigen a los países pobres que abran sus mercados de par en par, mientras ellos cierran los mercados propios con llave, tranca y candado?

4 El hombre endeudado está más preso que el hombre encarcelado. Desde hace diez años, los Estados Unidos tienen la deuda externa más grande del mundo. Sin embargo, el Fondo Monetario Internacional no les ha impuesto ninguna de las condiciones que impone a los países latinoamericanos, que deben muchísimo menos. Sí las Estados Unidos fueran estados desunidos, ¿no seguirían siendo colonias de Inglaterra? ¿No va

siendo hora de unir dignidades, en vez de sumar lamentaciones?

5 Los llaman "tigres asiáticos" o "los cuatro dragones": Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong Kong. La tecnocracia internacional aplaude, emocionada el milagro en el triste panorama del Tercer Mundo, ellos han pegado tremendo salto hacia el desarrollo. Pero, si el mercado libre es la pócima de la felicidad, ¿cómo se explica que estos tigres o dragones se sigan negando a ponerlo en práctica, a pesar de las violentas presiones que vienen sufriendo? ¿Por qué prefieren el modelo japonés, donde el Estado planifica las inversiones, programa las invasiones de mercados extranjeros y protege implacablemente el espacio propio?

6 América Latina tiene sus propios milagros. Signo de los tiempos: el general Pinochet despierta admiración confesada o no, secreta o clamorosa. La dictadura chilena ya no está, pero quien más, quien menos, quieren comprarle la fórmula mágica de la modernización. Pero, ¿para cuántos es el paraíso fabricado por esas manos sucias de sangre, que al cabo de los años del tenor han reducido a un tercio la salud pública han duplicado la pobreza? Si el Estado se desmantela se reduce a funciones policiales, para reprimir las consecuencias de sus propios actos, ¿no se reduce también el jefe de Estado a mero jefe de policía?

7 La Argentina está llegando más lejos. Ni el propio Pinochet se había atrevido a devolver a manos privadas el cobre que Allende habla nacionalizado, y el cobre que siendo la viga maestra de la economía chilena y último símbolo de soberanía. En cambio, el presidente Menem entrega a precio de banana el petróleo y todo lo demás. "Yo soy el vendedor de un producto llamado Argén lina", declara el embajador en Washington. ¿Qué pasará cuando los argentinos despierten de la borrachera del dólar barato y en la resaca descubran que se han quedado sin país?

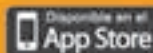
8 En 1992, se realizó un plebiscito en el Uruguay. El 73 por ciento de los votantes se opuso a la privatización de los sectores básicos, comunicaciones y energía y la dejó sin efecto. Los monopolios públicos no son ninguna maravilla, usurpados por la burocracia y ensuciados por la politiquería, pero la gente decidió que esos monopolios públicos son preferibles a la humillación nacional. ¿Por qué no se someten a plebiscito popular, en los demás países latinoamericanos, las privatizaciones que enajenan las claves de la soberanía? ¿La democracia consiste en volar una vez cada cuatro o cinco años y nada más? ¿El derecho de obedecer, el deber de aceptar? En la democracia ¿está la gente en la tribuna o en la cancha? ¿En el exilio o en el reino?

Publicado el 10 de julio de 1993.



La aplicación para que puedas operar con el banco desde tu celular o tablet.

Descargá la aplicación



Llegamos a tu celular.
Estamos para darte una mano.

Banco Credicoop CL, Recoquista 484, CABA, Cartera de Consumo y Cartera Comercial. CUIT: 30-57142135-2. Credicoop Responde: 0810-888-4500.



La Banca Solidaria

La magia imperdonable

Por Eduardo Galeano

Maradona viene cometiendo desde hace años el pecado de ser el mejor, el delito de denunciar de viva voz las cosas que el poder manda callar y el crimen de jugar con la zurda, lo cual, según el Pequeño Larousse Ilustrado, significa “con la izquierda” y también significa “al contrario de como se debe hacer”.

Maradona nunca había usado estimulantes en vísperas de los partidos, para multiplicarse el cuerpo. Es verdad que estuvo metido en la cocaína, pero se dopaba en las fiestas tristes, para olvidar o ser olvidado, cuando ya estaba acorralado por la gloria y no podía vivir sin la fama que no lo dejaba vivir. Jugaba mejor que nadie a pesar de la cocaína, y no por ella.

Desde que la multitud gritó su nombre por primera vez, cuando él tenía dieciséis años, el peso de su propio personaje le hace crujir la espalda. Este es un hombre que lleva mucho tiempo trabajando de dios en los estadios, sometido a la tiranía del rendimiento sobrehumano, empachado de cortisona y analgésicos y ovaciones: acosado por las exigencias de sus devotos y el odio de sus ofendidos.

El placer de derribar ídolos es directamente proporcional a la necesidad de tenerlos. Hace años, en España, cuando Goicoechea le pegó de atrás y sin la pelota y lo dejó fuera de las canchas por varios meses, no faltaron fanáticos que llevaron en andas al culpable de este homicidio premeditado, y en todo el mundo sobraron gentes que celebraron la caída del insolente sudaca muerto de hambre, intruso en las cumbres, charlatán estrepitoso, fanfarrón y de mal gusto.

Después, en Nápoles, Maradona fue Madonna y San Genaro se convirtió en San Gennarmando. En las calles se vendían imágenes de la divinidad de pantalón corto, iluminada por el halo de la Virgen o envuelta en el manto sagrado del santo que sangra, y también se vendían botellitas con lágrimas de Berlusconi. Hacía sesenta años que el Napoli no ganaba un campeonato, ciudad condenada a las furias del Vesubio y a la derrota eterna en los campos de fútbol; y gracias a Maradona, el sur oscuro pudo vencer al norte blanco que lo despreciaba, copa tras copa, en Italia y en Europa. Cada gol era una revancha de la historia. En Milán odiaban al culpable de tanta afrenta, lo llamaban “jamón con rulos”. No sólo en Milán: en el Mundial del '90, la mayoría del público castigaba a Maradona con furiosas silbatinas

cada vez que tocaba la pelota, y la derrota argentina ante Alemania fue celebrada como una victoria italiana.

Para entonces ya había quienes le echaban por la ventana muñecos de cera atravesados de alfileres. Y estalló el escándalo de la cocaína, que convirtió a Maradona en Maracoca, y la televisión retransmitió en directo, como si fuera un partido, el ajuste de cuentas: toda Italia vio cómo la policía se llevaba preso al delincuente que se había hecho pasar por héroe. El proceso que lo condenó fue el más rápido de la historia judicial de Nápoles.

Lo mismo ocurrió, más tarde, en Buenos Aires. Detención en vivo y en directo, para deleite de quienes disfrutaron el espectáculo del rey desnudo. “Es un enfermo”, dijeron. Dijeron: “Está acabado”. El mesías convocado para redimir la humillación de los italianos del sur había sido también el vengador de la derrota argentina en la guerra de las Malvinas, mediante un gol tramposo y otro gol fabuloso, que dejó a los ingleses girando como trompos por algunos años; pero a la hora de la caída, Maradona no fue más que un farsante pichicatero y putaño, que había traicionado a los niños y había deshonrado al



deporte. Y hasta un fabricante de opinión que el tiempo olvidará en un ratito, para darse el lujo de decir que el inolvidable Maradona le daba lástima. Y lo dieron por muerto.

Los mismos periodistas que lo perseguían con los micrófonos lo acusaban entonces, como ahora, de hablar demasiado. No les faltaba, ni les falta razón; pero eso no era, ni es, lo que no podían ni pueden perdonarle: en realidad, no les gusta lo que dice porque cuando habla Maradona es tan incontrolable como cuando juega.

Este petiso ha tenido y tiene la costumbre de lanzar golpes hacia arriba. En México y en Estados Unidos, en el '86 y el '94, ha sido su voz la que más fuerte ha denunciado a la dictadura de la televisión, que ha puesto al fútbol a su servicio y obliga a jugar al mediodía, bajo un sol que derrite las piedras. Ha sido y sigue siendo Maradona el hombre de las preguntas insoportables: el jugador, ¿es el mono del circo? ¿Por qué los jugadores no conocen las cuentas secretas de la FIFA, la todopoderosa multinacional del fútbol? ¿Por qué no pueden saber cuánto dinero producen sus piernas? ¿Por qué nunca los jugadores han sido consultados por la FIFA a la hora de tomar decisiones? ¿Por qué se alteran las reglas del fútbol sin que los jugadores puedan decir ni pío? Joseph Blatter, burócrata del fútbol que jamás ha pateado una pelota, pero anda en limusinas de ocho metros y con chofer negro, se limitó a contestar: “El último astro argentino fue Di Stéfano”.

Maradona resucitó, y estaba siendo otra vez, por lejos, lo mejor de este Mundial. Pero la máquina del poder se la tenía jurada. El le cantaba las cuarenta. Eso tiene su precio, y el precio se cobra al contado y sin descuentos. El propio Maradona regaló la justificación por su tendencia suicida a servirse en bandeja en boca de sus muchos enemigos y esa irresponsabilidad infantil que lo empuja a precipitarse en cuanto trampa se abre en su camino.

Maradona se va. Ya el Mundial no será lo que venía siendo. Nadie se divierte y divierte tanto charlando con la pelota. Nadie da tanta alegría como este mago que baila y vuela y resuelve partidos con un pase imposible o un tiro fulminante. En el frígido fútbol de fin de siglo, que exige ganar y prohíbe gozar, se va el hombre que nos demuestra que la fantasía puede también ser eficaz.

Nos hemos quedado todos un poquito más solos.

Publicado el 1° de julio de 1994.

Por Eduardo Galeano

Al pie del arcoiris, la olla de oro nos espera a todos, ricos y pobres, negros y blancos. En su reciente reunión de Miami, los presidentes de las Américas han entonado, una vez más, el unánime himno de alabanza a la libertad de comercio. Con la excepción de Cuba, que no fue invitada, los representantes de nuestros países han repetido lo que todos los días escuchamos proclamar: la libertad de comercio conduce a la prosperidad y es sinónimo de democracia.

Quizás no venga mal un repaso, muy a vuelapluma, de los antecedentes de tan elogiada señora.

- En nombre de la libertad de comercio, los piratas ingleses y holandeses, Drake, Morgan y otros neoliberales de la época, desvalijaban a los galeones españoles.
- La libertad de comercio era la coartada de los traficantes de esclavos, que arrancaron a quién sabe cuántos millones de negros del África persignándose ante Dios y las leyes del mercado.
- La libertad de comercio impulsó a balazos el consumo de alcohol a los indios de América del Norte, y a cañonazos impulsó el opio en China.
- Cuando EEUU se independizó de Inglaterra, lo primero que hizo fue prohibir la libertad de comercio. Las telas norteamericanas, más caras y más feas que las telas inglesas, fueron a partir de entonces obligatorias, desde el pañal del bebé hasta la mortaja del muerto.
- Para imponer afuera la libertad de comercio que jamás practicaron adentro, EEUU invadió a los países latinoamericanos a un ritmo de una invasión por año. En nombre de la libertad de comercio, William Walker restableció la esclavitud en América Central.
- El latifundio esclavista fue establecido en Paraguay, en el siglo pasado, al cabo de una larga guerra de exterminio. Los tres países invasores, Argentina, Brasil y Uruguay, enarbolaron la bandera del libre comercio para reducir a cenizas al Paraguay. Este país, culpable de insolencia o locura, había osado poner obstáculos a las mercancías de la industria británica y había cometido el atrevimiento de no deber ni un centavo a nadie.
- Gracias a la libertad de comercio, nuestros países se han convertido en bazares. Así ha sido desde los lejanos tiempos en que los mercaderes y los banqueros usurparon la independencia, que había sido arrancada a España por nuestros ejércitos descalzos, y la pusieron en venta. Entonces fueron aniquilados los pequeños talleres que podían haber incubado a la industria nacional. Los puertos y las grandes ciudades, que arrasaron al interior, eligieron los deli-

Datos para un prontuario

rios del consumo en lugar de los desafíos de la creación. En Venezuela he visto bolsitas de agua de Escocia, para acompañar el whisky. En Nicaragua, donde hasta las piedras transpiran a chorros, he visto estolas de piel importadas de Francia. En Perú, enceradoras eléctricas alemanas, en casas de pisos de tierras que no tienen electricidad. En Brasil, palmeras de plástico traídas de Miami.

● La libertad de comercio es el único producto que los países dominantes fabrican sin subsidios, pero sólo con fines de exportación. El más feroz proteccionismo ha hecho posible el poderío de los EEUU, el autoabastecimiento de Europa y la expansión del Japón. Los japoneses nunca dejaron entrar a Herodes a sus cumpleaños infantiles; cuidándose mucho, han crecido tanto que han terminado por comprarse medio Hollywood y el Rockefeller Center.

● Todos los antecedentes indican que la libertad del dinero se parece tanto a la libertad de la

gente como Búfalo Bill se parecía a San Francisco de Asís. Pero por respeto a la libertad de comercio, que es una forma de la libertad del dinero, los gobiernos democráticos de España y

Francia no tuvieron más remedio que vender armas a las carniceras dictaduras de Argentina y Uruguay, en años recientes. Y se supone que por idénticos motivos, y muy a pesar, EEUU



se ve obligado a hacer un espléndido negocio vendiendo armas a Arabia Saudita, que no sólo es su principal cliente sino que además es, según Amnistía Internacional, el país que más viola los derechos humanos en el mundo.

● En 1954, a Guatemala se le ocurrió practicar la libertad de comercio comprando petróleo a la Unión Soviética. Entonces EEUU invadió Guatemala, y en nombre de la libertad de comercio la castigó a sangre y fuego. Pocos años después, también Cuba olvidó que su libertad de comercio consistía en aceptar los precios que EEUU le imponía. Cuba compró petróleo soviético, las empresas norteamericanas se negaron a refinarlo y ahí se armó todo el lío que desembocó en Playa Girón y en el bloqueo. Han pasado más de tres décadas, y Cuba sigue expiando el pecado de creer que la libertad es libre.

● El libre comercio de la oferta y la demanda, como los técnicos llaman a la dictadura de los precios en el mercado, ha obligado

al Brasil, en más de una ocasión, a arrojar al fondo del mar buena parte de sus cosechas de café. No hace mucho, para defender el precio de la lana, Australia tuvo que sacrificar y enterrar 37 millones de ovejas, que bien podían haber dado abrigo y comida a tantos hambrientos que en el mundo son.

● En la declaración de Miami, los presidentes de las Américas afirman que “una clave para la prosperidad es el comercio sin barreras”. Para la prosperidad de quién, no queda claro. La realidad, que también existe y no es muda, nos da algunas pistas. La realidad nos informa que la libre circulación de las mercancías y del dinero, que desde hace algunos años se viene abriendo paso en América Latina, ha engordado más y más a los narcotraficantes, que gracias a ella han encontrado mejores máscaras y han podido organizar con más eficacia sus circuitos de distribución de drogas y lavado de dólares sucios.

También dice la realidad que esa luz verde está sirviendo para que el norte del mundo pueda dar rienda suelta a su filantropía, obsequiando al sur sus residuos nucleares y otras basuras.

Publicado el 17 de diciembre de 1994.

Feliz Aniversario compañeros de Página 12

En el 29º aniversario de su primera tirada de diez mil ejemplares que sorprendió con su diseño sobrio y sus dieciséis páginas iniciales por el nivel de sus notas y su carácter deliberadamente progresista y provocador, nos complacemos en saludar a todos los trabajadores de Página 12.

Desde el periodismo de investigación y la información objetiva hasta la colaboración de las mejores letras argentinas e internacionales, queremos felicitar a los editores, redactores, periodistas, columnistas, dibujantes, diseñadores, componedores, imprenteros y todo el plantel que día a día y con perseverancia, inteligencia, humor, convirtieron a Página 12, a pesar de las diferentes etapas y adversidades, en uno de los diarios más singulares de la historia del periodismo de nuestro país.

Ojalá muchos comunicadores puedan seguir este ejemplo de honestidad y perseverancia en pos de la concientización, la cultura y la difusión de la voluntad nacional y popular.

FERNANDO ESPINOZA
PRESIDENTE DEL PARTIDO JUSTICIALISTA
DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES



UN SOLO
PERONISMO
EL DE TODOS

Los hermanos sean unidos



Por Eduardo Galeano

Ecuator y Perú están disputando a balazos una franja de frontera que es, al parecer, rica en oro y uranio. Esta guerra confirma una larga tradición latinoamericana, típica de una región del mundo organizada para el divorcio de sus partes, el rencor mutuo y la recíproca aniquilación.

El odioso vecino

Hace sesenta años, los dos países, más pobres de América del Sur, Bolivia y Paraguay, se desangraron mutuamente disputando el petróleo que, según se decía, yacía bajo el desierto del Chaco. Los soldados descalzos marcharon al matadero y se odiaron entre sí en nombre de dos empresas, la Standard Oil ya la Shell, que estaban interesadas en aquel pedazo de mapa. Cuando callaron los cañones, al cabo de tres años, habían muerto de baja o de sed noventa mil paraguayos y bolivianos, en aquellos grises eriales, que nadie amaba, tierras resacas donde no cantaban los pájaros ni dejaba huellas la gente.

Más recientemente, otros dos pueblos perdieron cuatro mil hijos en una guerra que fue llamada *guerra del fútbol*, porque en los estadios se encendió la chispa. El Salvador y Honduras, dos países centroamericanos con la misma raíz y la misma desdicha, pudieron confirmar, en aquellos días trágicos de 1969, que cada uno era enemigo del otro y que cada uno tenía la culpa de los problemas del otro. Los dictadores militares de ambos países, educados en la Escuela de las Américas de Panamá, declararon la guerra y echaron leña al fuego, pero ningún general se hizo ni un tajito. Durante muchos años, al fin y al cabo, el odio mutuo había sido la mejor coartada del poder: ¿los hondureños no tenían trabajo? Porque los salvadoreños se lo quitaban. ¿Los salvadoreños pasaban hambre? Porque los hondureños los maltrataban.

Ellos se llamaban igual

En Ecuador escuché, una vez, una historia que retrata bien estas costumbres de división que sirven al reinado ajeno. Se trata de ciertos hechos ocurridos no hace mucho, en la ladera de una montaña que baja hacia un lago en las cercanías de Quito. Allí había dos aldeas indígenas, que eran vecinas y se llamaban igual. Las dos –Pucará de Arriba y Pucará de Abajo– vivían de las ovejas y de lo poco que daba la tierra cultivada en terrazas, pero estaban sobre todo dedicadas a odiarse entre sí. Entre una y otra, había una iglesia. El cura

se moría de hambre, hasta que una noche enterró una Virgen de madera, y le echó sal encima. A la mañana siguiente, las ovejas escarbaron la tierra y apareció la Milagrosa.

La Virgen fue cubierta de ofrendas por las dos aldeas. Los hombres de cada Pucará se hincaban ante su efigie y cerrando los ojos rogaban por la muerte de los hombres de la aldea vecina. En la noche, unos y otros se asesinaban a cuchillo, y después se decía:

Es la voluntad de la Milagrosa

Cada promesa era una venganza y así los dos pueblitos llamados Pucará se exterminaron mutuamente. El cura se hizo rico. A los pies de la Virgen habían ido a parar las cosechas y los animales. Entonces una cadena hotelera multinacional compró por monedas aquellas tierras sin nadie y a la orilla del lago levantó un centro turístico.

Los indios contra los indios

Toda la historia de América sería inexplicable si no se tomara en cuenta, como un factor siempre decisivo, la división de los vencidos. La conquista de América, por ejemplo, resultaría un enigma indescifrable sin las feroces contradicciones internas de los imperios indígenas de México y Perú. Los ejércitos españoles no hubieran podido ni asomarse a esos vastos imperios, de no haber sido por el apoyo de sus aliados indios enemigos de Moctezuma y de Atahualpa. Los números son elocuentes. Las fuerzas que vencieron a dos de los ejércitos más poderosos del mundo de aquel tiempo eran ridículamente escasas: Hernán Cortés desembarcó en Veracruz acompañado por cien marineros, 508 soldados y 16 caballos; Francisco Pizarro entró en Cajamarca con 180 soldados y 37 caballos.

Pizarro encontró a la corona incaica desgarrada por la lucha entre sus dos grandes centros, el Cuzco y Quito, lo que es como decir, en términos de geografía actual, Perú y Ecuador. Cuando Pizarro traicionó y degolló al inca Atahualpa, la muerte del hijo del sol fue llorada en Quito, pero en cambio el Cuzco celebró la infamia a todo júbilo y borrachera. Atahualpa, hijo de madre quiteña, había aniquilado a su hermano Huáscar, que desde el Cuzco pretendía el trono imperial, mientras los españoles desembarcaban en la costa. “Ya lo matarán como él me mata”, fue lo último que dijo Huáscar. Después del sacrificio de Atahualpa, otros hermanos suyos, cuzqueños enemigos de Quito, acompañaron a Pizarro en la conquista. Pizarro coronó al príncipe Manco Capac, que ocupó un trono de latón hasta que se hartó de ser rey chiquito, rey vasallo de otro rey, y después fue el turno del príncipe Paullo.

Las dudosas banderas

Tres siglos después, los indios del Perú fueron la carne de cañón de la guerra del Pacífico, que enfrentó al ejército peruano con las tropas invasoras de Chile. En aquella guerra, Perú perdió las minas de salitre y las islas ricas en guano y Bolivia quedó sin salida al mar. “Nuestros derechos nacen de la victoria, proclamó en 1884 el gobierno de Chile, pero mientras el general chileno Patricio Lynch celebraba el triunfo, el empresario inglés John Thomas North lo cobraba: fue North quien se quedó con el botín, que consistía en vastos territorios ricos en fertilizantes naturales imprescindibles para la agricultura europea de la época.

Como siempre ocurre en estas guerras entre vecinos latinoamericanos, en la guerra del Pacífico no murieron los generales, ni los presidentes, ni los empresarios que financiaron el horror. Muchos indios peruanos, en cambio, fueron obligados a vestir uniforme y a dar la vida por la patria que los despreciaba, y a la hora de la derrota el escritor Ricardo Palma echó la culpa a “esa raza abyecta y degradada”. Los oficiales que habían mandado a los indios al matadero habían huido gritando: “¡Viva la patria!”. En aquel tiempo, la próspera economía peruana ocupaba también mano de obra venida de África y del Asia. Negros y chinos eran peones esclavos en las obras del ferrocarril y en las plantaciones de exportación. Cuando cayó la ciudad de Lima, se desató el caos. En el valle de Cañete, se alzaron los negros.

Pero sus furias no se descargaron contra los fugitivos amos blancos. Los negros vengaron sus siglos de humillación matando chinos, esclavos como ellos, a golpes de palo y machete.

Estamos sordos

Esta es una enfermedad crónica. Los latinoamericanos tenemos la mala costumbre de disparar con armas de caño torcido, que apuntan al costado.

Nuestros países son hijos de la organización imperial del mundo y están encerrados dentro de fronteras que fueron dibujadas por manos ajenas. Nuestros gobiernos hablan mucho de integración, y mucho invocan a Bolívar, pero dedican sus mejores energías a odiar al vecino y a despreciar lo que ignoran. Nada tiene de raro, en semejante cuadro de cosas, que sigamos siendo sordos al sabio consejo del gaucho Martín Fierro, que desde el siglo pasado nos viene advirtiendo que los hermanos han de ser unidos, que ésa es la ley primera, porque mientras ellos se pelean, los devoran los de afuera.



CRÉDITO AL INSTANTE PARA TU EMPRESA HASTA \$ 1.500.000^(*)

Te acompañamos en el crecimiento de tu negocio con las mejores herramientas financieras. Tené tu crédito en el día.[™]

Conocé todos los requisitos en macro.com.ar

Te acompañamos a crecer.

0810-555-2112
macro.com.ar



Macro

Tu Banco cerca, siempre

Los trabajos y los miedos

Por Eduardo Galeano

La sombra del miedo muere los talones del mundo, que anda que te anda, a los tumbos, dando sus últimos pasos hacia el fin de siglo.

Miedo de perder: perder el trabajo, perder el dinero, perder la comida, perder la casa, perder: no hay exorcismo que pueda proteger a nadie de la súbita maldición de la mala pata. Hasta el más ganador puede, de buenas a primeras, convertirse en perdedor, un fracasado indigno de perdón ni compasión. Dicen que la gran carrera universal tiene por meta la cesta de monedas de oro, que aguarda al pie del arcoiris, pero por lo visto la carrera corre, más bien, hacia ninguna parte.

La rifa del siglo

El miedo a perder el trabajo es uno de los miedos más mandones, en estos días de los últimos años del siglo. ¿Quién se salva del miedo a la desocupación?

¿Quién no teme ser un naufrago de las nuevas tecnologías, o de la globalización, o de cualquiera de los mares picados que en este mundo son?

Los oleajes que golpean varían de país a país: la ruina o la fuga de las industrias locales, la presión de la mano de obra barata de otras latitudes o el implacable avance de las máquinas, que humillan a la mano humana con su productividad inigualable y que no exigen salario, ni vacaciones, ni aguinaldo, ni jubilación, ni indemnización por despido, nada más que la electricidad que las alimenta.

Es universal el miedo de recibir la carta que lamenta comunicarle que nos vemos obligados a prescindir de sus servicios en razón del ajuste de gastos o el redimensionamiento del personal o la restructuración de la empresa, o el eufemismo que se prefiera elegir para la notificación de la pena de fusilamiento. Cualquiera puede perder pie, en cualquier momento y en cualquier lugar, y cualquier perdurable puede convertirse de un día para el otro en un desechable, un obsoleto, un prematuro viejo de 40 años, inútil en este mundo donde no merece existencia nada que no sea rentable.

El miedo genera impunidad. El miedo al desempleo, en el marco del dramático crecimiento de la población "sobrante", permite que se esté derrumbando impunemente el valor del trabajo en todo el planeta y que las contrataciones a destajo burlen los derechos laborales. Tómelo o déjelo, que la cola es larga. Esos derechos laborales, legalmente consagrados con valor universal, habían sido, en otros tiempos, frutos de otros miedos, los miedos del poder: el miedo a las luchas obreras y el miedo a la ame-



naza del comunismo, que tan al acecho parecía. Pero el poder asustado de ayer es el poder que hoy por hoy asusta, para ser obedido. Y el fin de siglo se está rifando, impunemente, las conquistas del siglo entero, que tanta sangre, sudor y lágrimas habían costado.

La buena conducta

El miedo, padre de familia numerosa, también genera odio. En los países del norte del mundo, y no sólo en ellos, el miedo de perder el trabajo, o de no conseguirlo, suele traducirse en odio contra los extranjeros de piel oscura que ofrecen sus brazos a precios de desesperación.

Es la invasión de los invadidos. Ellos vienen desde las tierras donde una y mil veces habían desembarcado las tropas coloniales de conquista y las expediciones militares de castigo. Los que hacen, ahora, este viaje al revés, desafiando el naufragio, la bala o la cárcel, no son soldados obligados a matar: son trabajadores obligados a vender sus brazos en Europa o en Estados Unidos, al precio que sea. Vienen de África, de Asia, de América Latina, y en estos últimos años, después del naufragio del poder burocrático, también vienen del este de Europa. En los suburbios del mundo, ¿quién no sueña con mudarse a los centros de la prosperidad?

Esos trabajadores, chivos emi-

sarios de la desocupación y de todas las desgracias, están también condenados al miedo. Varias espadas penden sobre los intrusos: la siempre inminente expulsión del país adonde han llegado huyendo del hambre, la siempre posible explosión del racismo, sus advertencias sangrientas, sus castigos: turcos incendiados, árabes acuchillados, negros baleados, mexicanos apaleados. Los inmigrantes pobres realizan las tareas más pesadas y peor pagadas, en los campos y en las calles. Después de las horas de trabajo, vienen las horas de peligro. Ninguna tinta mágica los baña para hacerlos invisibles.

Paradójicamente, muchos trabajadores del sur del mundo emigran al norte, o intentan contra viento y marea esa aventura prohibida, mientras muchas fábricas del norte emigran al sur. El dinero y la gente se cruzan en el camino: el dinero de los países ricos viaja hacia los países pobres atraído por los jornales de un dólar y las jornadas sin horarios, y los trabajadores de los países pobres viajan, o quisieran viajar, hacia los países ricos, atraídos por las imágenes de felicidad que la publicidad ofrece o la esperanza inventa. El dinero viaja sin fronteras ni problemas; lo reciben besos y flores y sonos de trompetas. Los trabajadores que emigran emprenden una odisea que a veces termina en las profundidades del mar Mediterráneo o del mar Caribe.

Si se portan mal...

Los países del sur del mundo están metidos en el concurso universal de la buena conducta, a ver quién ofrece salarios más enanos y más libertad para envenenar el medio ambiente. Los países compiten entre sí, a brazo partido, para seducir a las gran-

des empresas internacionales. Las mejores condiciones para las empresas son las peores condiciones desde el punto de vista del nivel de salarios, de la seguridad en el trabajo y de la salud de la tierra y de la gente. A lo largo y a lo ancho del mundo, los derechos de los trabajadores se nivelan *hacia abajo*, no hacia arriba.

Ya no gobiernan los presidentes, gobierna el miedo: los países tiemblan ante la posibilidad de que el dinero no venga, o que el dinero huya. Si no se portan bien, dicen las empresas, nos vamos a Filipinas, o a Tailandia, o a Indonesia, o a China, o a Marte. Portarse mal significa: aplicar impuestos, aumentar salarios, formar sindicatos, defender la naturaleza o lo que quede de ella.

En 1995, la cadena de tiendas GAP vendía en Estados Unidos camisetas *made in El Salvador*. Por cada camiseta vendida a veinte dólares, los obreros salvadoreños recibían 18 centavos: menos del uno por ciento. Los obreros, en su mayoría mujeres y niñas, que se deslomaban más de 14 horas por día en el infierno de los talleres, organizaron un sindicato. La empresa contratista echó a 350. Vino la huelga. Hubo palizas de la policía, secuestros, prisiones. A finales del 95, las tiendas GAP anunciaron que se marchaban a Asia.

Publicado el 28 de enero de 1998.

Por Eduardo Galeano

¿Guatemala? ¿Centroamérica? En el centro de América, está Kansas. Guatemala no figura en el mapa de los medios masivos de comunicación, que fabrican la opinión pública mundial. Sin embargo, oh milagro, una mujer guatemalteca, Rigoberta Menchú, está ocupando, en estos últimos tiempos, bastante espacio. No por lo que ella denuncia, desde el país que viene de padecer la más larga y feroz matanza del siglo veinte en las Américas: Rigoberta no es la denunciante, sino la denunciada. Una vez más, como es debido, las víctimas se sientan en el banquillo de los acusados.

Los gases de la infamia

Desde los Estados Unidos, faltaba más, se ha desatado esta nueva guerra química de intoxicación masiva. La cosa empezó cuando un antropólogo norteamericano consagró diez años de su vida a la investigación de las contradicciones de Rigoberta y la responsabilidad de la guerrilla en la represión que los indígenas han sufrido. "Vino a Guatemala, a estudiarnos como si fuéramos insectos", comenta el escritor Dante Liano: "En su libro, invoca testigos y archivos. ¿Qué archivos hay sobre la guerra reciente? ¿Le abrió sus archivos el ejército?". Hace poco tiempo, el diputado Barrios Klee intentó consultar esos archivos y apareció con un tiro en la cabeza. El obispo Juan Gerardi, que también lo había intentado, terminó con el cráneo partido a golpes de piedra.

The New York Times dio difusión mundial al asunto. El diario confirmó y publicó las conclusiones del antropólogo: el testimonio "Yo, Rigoberta Menchú", publicado hace veintipico de años, contiene "inexactitudes y falsedades". Por ejemplo, el hermano de Rigoberta, Patrocinio, no fue quemado vivo: fue fusilado y arrojado a una fosa común. O, por ejemplo: "Ella asistió, durante tres años, a un colegio privado", lo que suena a internado suizo, pero se refiere a una escuelita de Chichicastenango. Y así por el estilo, otros pelos en la leche.

Cortina de humo

A partir de allí ardió, en reguero internacional, la pólvora. Súbitamente, se han multiplicado las voces que hablan de escándalo, que llaman mentirosa a Rigoberta y que, de paso cañazo, desautorizan al movimiento de resistencia indígena que ella expresa y simboliza. Con sospechosa celeridad, se está elevando una cortina de humo ante cuarenta años de tragedia en Guatemala, mágicamente reducidos a la provocación guerrillera y a los líos de familia, esas "cosas de indios".

No tuvo la misma repercusión, por cierto, el voluminoso y documentado informe de la Iglesia, elaborado por la comisión que el obispo Gerardi presidió, y que fue difundido, el año pasado, dos días

Disparen sobre Rigoberta



antes de su asesinato. Miles de testimonios, recogidos en todo el país, fueron juntando los pedacitos de la memoria del dolor: 150 mil guatemaltecos muertos, cincuenta mil desaparecidos, un millón de exiliados y refugiados, doscientos mil huérfanos, cuarenta mil viudas. Nueve de cada diez víctimas eran civiles desarmados, en su mayoría indígenas; y *en ocho de cada diez casos, la responsabilidad era del ejército o de sus bandas paramilitares*. El informe habla de la responsabilidad *directa*, la responsabilidad de los títeres pagados. Sobre la otra, la de los titiriteros pagantes, bien valdría la pena que los Estados Unidos enviaran a todos sus antropólogos, y *The New York Times* movilizara a su cuerpo entero de redacción, para investigar el

asunto. Pero el Pentágono y la Casa Blanca bien pueden silbar y mirar para otro lado: los norteamericanos no tienen la más puta idea de dónde queda este país, Guatemala, de nombre pintoresco y difícil de pronunciar.

El Nobel y ella

La campaña contra Rigoberta llegó hasta Oslo. Ya hay quienes exigen que devuelva el Nobel, o que se lo quiten. El premio está dado y bien dado, ratificó el Comité noruego: "Los detalles invocados no son esenciales", declaró su vocero.

Bueno fuera. El Nobel de la Paz, que Rigoberta ganó en el '92, no sólo fue la única conmemoración decente y justa de los quinientos años de eso que llaman Descubrimiento de América, sino

que, además, resultó un buen plumero para un premio que necesitaba una limpieza. El Premio Nobel de la Paz venía cargando mucha mugre desde 1906, cuando se lo dieron a Teddy Roosevelt, quien a los cuatro vientos proclamaba que la guerra purifica a los hombres, y más sucio fue quedando, con el paso del tiempo, cuando fue recibido por otros jefes guerreros, como, por ejemplo, Henry Kissinger, quien debe al mundo muchas muertes y ha sido el papá de Pinochet y otros monstruitos. Patas arriba: el mundo al revés discute ahora si Rigoberta merecía ese premio *en lugar de discutir si ese premio la merecía*.

El país y ella

Los indígenas son mayoría en Guatemala. Pero la minoría do-

minante los trata, en dictadura o en democracia, como Africa del Sur trataba a los negros en tiempos del *apartheid*. De cada seis guatemaltecos adultos, sólo uno vota: los indios son buenos para atraer turistas, para recoger las cosechas de algodón y de café, y para servir de bestias de carga a la economía nacional y de blanco de tiro al ejército. "Pareces indio", dicen los mandones, que se creen blancos, a los hijos que se portan mal. Esa "sociedad guatemalteca" recibió la noticia del Nobel como un balde de agua fría. "India relamida", llaman a Rigoberta, desde entonces, las voces del despecho, y también: "India igualada". Y ahora: "India mentirosa".

Ella se ha salido de su lugar y eso ofende. Que Rigoberta fue-

ra india y mujer, vaya y pase, y allá ella con su doble desgracia. Pero esta mujer india resultó rebelde, imperdonable insolencia, y para colmo cometió luego la barbaridad de convertirse en uno de los símbolos universales de la dignidad humana. A los poderosos de Guatemala y del mundo, este desafío no les gusta ni un poquito.

El tiempo y ella

Rigoberta viene de una familia aniquilada, de una aldea arrasada, de una memoria quemada. Ella ha pasado los primeros veinte años de su vida cerrando los ojos de los muertos que le han abierto los ojos. El escritor vasco Bernardo Atxaga le preguntó:

—¿Cómo puedes ser tan jodidamente alegre?

—El tiempo —respondió—. Desde chiquitos, nos educan para entender el tiempo como tiempo que no termina nunca, aunque el tránsito por el mundo sea muy corto.

Está escrito en uno de los libros sagrados:

—¿Qué es una persona en el camino? Tiempo.

Rigoberta es hija del tiempo. Como todos los mayas, ha sido tejida por los hilos del tiempo. Y ella suele decir:

—El tiempo teje despacio.

A la larga, lentamente, el tiempo decidirá qué es lo que vale la pena recordar de todo esto. El paso de los días y de los años irá separando la paja del grano. Quizás el tiempo olvide que Rigoberta Menchú recibió un Premio Nobel, pero seguramente el tiempo no olvidará que ella recibe, cada día, en las sierras indígenas de Guatemala y en tantos otros lugares, un premio mucho más importante que todos los nobeles: el amor de los indignados y el odio de los indignos.

Quienes apedrean a Rigoberta, ignoran que la están elogiando. Al fin y al cabo, como bien dice el viejo proverbio, son los árboles que dan frutos los que reciben las pedradas.

Publicado el 17 de enero de 1999.

ROGGIO

Desde 1908, generadores de trabajo

CONSTRUCCIÓN

TRANSPORTE

SERVICIOS AMBIENTALES
INTEGRADOS

AGUA Y
SANEAMIENTO

TECNOLOGÍA Y
APLICACIONES DE IT

DESARROLLO DE
NEGOCIOS

ENTRETENIMIENTO

El viaje



Por Eduardo Galeano

● **Donde dice:** Misión humanitaria, **debe decir:** Misión publicitaria.

“La próxima guerra mundial se hará con piedras”, había anunciado Albert Einstein, pero a la vista está: no es exactamente con piedras que se ejecutan sus ensayos.

Esta interminable misión humanitaria contra Yugoslavia está dejando sin misiles a las potencias occidentales. Las empresas consagradas a la industria más próspera del mundo están fabricando nuevos misiles, a todo vapor, para abastecer al Pentágono y a sus socios del otro lado del mar. Lo mismo había ocurrido, antes, en el caso de Irak. La demanda de misiles agotaba los stocks de la industria bélica y de las fábricas de juguetes. A fines del año pasado, en mi ciudad, Montevideo, el misil era uno de los juguetes más solicitados por los niños como regalo de Navidad.

En abril de este año, las armas utilizadas contra Yugoslavia han sido las más exitosas en la gran feria bélica abierta en Río de Janeiro. En este gran supermercado de la muerte, el Latin American Defentech, los clientes regionales se derritieron ante las maravillas venidas de los centros de la Civilización. Las llamadas bombas inteligentes, que bastante burras parecen, y los aviones de combate fueron las estrellas de la fiesta. Las armas que están actuando para la tele desde el cielo de los Balcanes fueron admiradas en los stands de Boeing, Daimler-Chrysler, Lockheed, Dassault, Royal Ordnance, British Aerospace y otros benefactores de la humanidad angustiados por la tiranía de Slobodan Milosevic.

● **Donde dice:** Daños colaterales, **debe decir:** Beneficios colaterales.

Boeing, Daimler-Chrysler, General Motors, Ford, IBM, Motorola, Microsoft, Seagram y Sony financiaron la reciente reunión cumbre de la OTAN en Washington. Además de pagar unos cuantos millones de dólares contantes y sonantes, proporcionaron vehículos, computadoras, equipos de sonido y todo lo necesario para que los altos dignatarios pudieran llegar a su conclusión más importante: esta guerra, primera ofensiva conjunta y en gran escala que la OTAN emprende, servirá de modelo para las acciones futuras. Lo que traducido significa: hay que armarse para las guerras que vienen. Y la orden vale tanto para los bombardeadores como para todos los posibles bombardeados.

Los muertos civiles matados o por matar, que ahora se llaman daños colaterales, sabrán comprender. Ya el presidente Clinton había tenido la paciencia de explicar, en vísperas de esta guerra, de qué se trata este asunto de Kosovo: la estabilidad inter-

Por Eduardo Galeano

Oriol Valls, que se ocupa de los recién nacidos en un hospital de Barcelona, dice que el primer gesto humano es el abrazo. Después de salir al mundo, al principio de sus días, los bebés manotean, como buscando a alguien.

Otros médicos, que se ocupan de los ya vividos, dicen que los viejos, al fin de sus días, mueren queriendo alzar los brazos.

Y así es la cosa, por muchas vueltas que le demos al asunto, y por muchas palabras que le pongamos. A eso, así de simple, se reduce todo: entre dos aleteos, sin más explicación, transcurre el viaje.

La encrucijada

En el otoño del '93, el periodista Juan Bedoian entrevistó a un médico de guardia, en un hospital público de Río de Janeiro.

El hospital, ubicado en el barrio más copetudo de la ciudad, atendía a mil pacientes por día, muchos de ellos pobres pobríssimos.

El médico contó:

—La semana pasada, tuve que elegir entre dos bebés. Aquí hay un solo respirador artificial. Los bebés llegaron al mismo tiempo, ya moribundos, y yo tuve que decidir quién iba a vivir y quién iba a morir.

Salvando a uno, mataba al otro. Matando a uno, salvaba al otro.

Yo no soy quién, pensó el médico: que decida Dios. Pero él bien sabía que la vida y la muerte dependían, en ese momento, de aquel único respirador. Aquella única máquina, y Dios tenía poco o nada que ver con el asunto.

Los bebés estaban en las últimas. No había tiempo para pensar, no había más remedio: de todos modos, hiciera lo que hiciera, el médico iba a cometer un crimen. Si no hacía nada, cometía dos.

El médico cerró los ojos, y de-

cidio: un bebé fue condenado a morir, y el otro fue condenado a vivir.

El bautismo

El agua más fría del cielo bombardeó Buenos Aires aquella tarde de invierno de 1906.

A las cinco en punto, en pleno diluvio, lluviazón, helazón, nació un niño en la calle Castro. El padre arrancó al niño de los brazos de la madre, se lo llevó a la azotea y lo alzó, desnudito, ante la lluvia feroz. Y a la luz de los relámpagos lo ofreció a la lluvia, gritando a pleno pulmón, voz de trueno entre los truenos.

—¡Hijo mío, que las aguas del cielo te bendigan!

El recién nacido se pescó tremenda pulmonía. Pasó cuatro meses de mal en peor. Y cuando ya lo daban por muerto, se salvó.

También se salvó de llamarse descanso dominical. El padre, un anarquista pobre y poeta, siempre perseguido por la policía y por los acreedores, quiso llamarlo así en homenaje a esa reciente conquista obrera, pero el Registro Civil no le aceptó el nombre. Entonces se reunieron los amigos, anarquistas pobres y poetas, siempre perseguidos por la policía y por los acreedores, y discutieron el asunto. Y fueron ellos quienes decidieron que se llamaría Cátulo. Cátulo Castillo, el niño que unos cuantos años después fue capaz de inventar “La última curda” y otros tangos de esos que son para escuchar de pie, sombrero en mano.

El porvenir

Mientras peinaba la muñeca, Rita anunció:

—Cuando yo sea grande, voy a ser música.

Horacio Tubio, que estaba leyendo el diario, levantó la vista por encima de los lentes:

—Qué buena noticia —dijo, y quiso saber qué instrumento iba a tocar.

—La flauta —dijo ella.

Horacio se comprometió a ir a

su primer concierto:

—Allí, en primera fila, estaré yo, para aplaudirte.

Rita lo miró, acostó la muñeca, se encaramó al sillón y se puso a sumar con los dedos. Sumó y sumó, de dedo en dedo: después, meneó la cabeza y, muy severamente, dijo:

—Mirá, tío. A mí me parece que no vas a poder ir, porque vas a estar un poquitito muertito.

La tiza

A contracorazón, sin alegría, cumplía la tiza su trabajo de cada día en una escuela de Praga.

Sufría la tiza, gemía. Chillando hacía lo que debía: la maestra la obligaba a dibujar, en el pizarrón, palabras despedazadas en sílabas, acribilladas de acentos, y números ordenados como soldaditos en fila.

Mientras los niños crecían, la tiza encogía. Poquito cuerpo le quedaba, cuando la maestra la tiró al cesto de la basura.

La tiza despertó, un rato después, en el fondo del bolsillo de uno de los alumnos.

Ese niño se sentó, en plena calle, y dibujó sobre el asfalto. Con aquel último resto de tiza, el niño dibujó el viento. Y la tiza, feliz, ni se dio cuenta de que se desvanecía para siempre.

Las reglas

Chema jugaba con la pelota, la pelota jugaba con Chema, la pelota era un mundo de colores y el mundo volaba, libre y loco, flotaba en el aire, rebotaba donde quería, picaba para aquí, saltaba para allá, de brinco en brinco: llegó la madre y mandó a parar.

Maya López atrapó la pelota y la guardó bajo llave, dijo que Chema era un peligro para los muebles, para la casa, para el barrio y para la Ciudad de México y lo obligó a ponerse los zapatos, a sentarse como es debido y a hacer las tareas para la escuela.

—Las reglas son las reglas —dijo.

Chema alzó la cabeza:

—Yo también tengo mis reglas

—dijo. Y dijo que, en su opinión, una buena madre debía obedecer las reglas de su hijo: que me dejes jugar todo lo que quiera, que me dejes andar descalzo, que no me mandes a la escuela ni a nada parecido, que no me obligues a dormir temprano y que cada día nos mudemos de casa.

Y mirando el techo, como quien no quiere la cosa, agregó:

—Y que seas mi novia.

La revelación

Cuando Ricardo Marchini cumplió diez años de edad, sintió que la hora de la verdad había llegado.

—Vamos, Leo —dijo—. Tenemos que hablar.

Y se marcharon, calle arriba, los dos. Anduvieron un buen rato por el barrio Saavedra, dando vueltas, en silencio. Leonardo se detenía mucho, como tenía costumbre, y después apuraba el paso para alcanzar a Ricardo, que caminaba con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido.

Al llegar a la plaza, Ricardo se sentó. Tragó saliva. Apretó la cara de Leonardo entre las manos y, mirándolo a los ojos, largó el chorro.

—Mirá Leo perdoná que te lo diga pero vos no sos hijo de papá y mamá es mejor que lo sepas Leo que a vos te recogieron de la calle.

Suspiró hondo:

—Tenía que decírtelo, Leo.

Leonardo había sido encontrado, cuando era muy chiquito, dentro de una bolsa negra de la basura, pero Ricardo prefirió ahorrarse esos detalles.

Entonces, regresaron a casa. Ricardo iba silbando, Leonardo meneaba el rabo, saludando a los amigos: los vecinos lo querían, porque él era marrón y blanco, como el Platense, el club de fútbol del barrio, que casi nunca ganaba.

Publicado el 14 de febrero de 1999.

Fe de erratas

La guerra de Yugoslavia



nacional es imprescindible “para desarrollar más fuertes relaciones económicas y nuestras posibilidades de vender en el mundo entero”. Ser policía del mundo rinde dinero, aunque cuesta caro: un sólo portaaviones, el portaaviones Eisenhower, con todas las armas que lleva encima, tiene un precio mayor que la suma de todos los presupuestos militares de Irak, Irán, Siria, Libia, Corea del Norte y Cuba. En el presupuesto proyectado por Clinton para el año próximo, los fondos militares son ocho veces mayores que los de educación, nueve veces mayores que los de salud y once veces mayores que los de justicia.

● **Donde dice:** Imperativo moral, **debe decir:** Impunidad del poder.

Los bombardeos contra Irak no han cesado, faltaba más, pero ahora Milosevic ha desplazado a Saddam Hussein en el papel estelar del malo de la película. Al elegir a Milosevic como nuevo Satán, la OTAN le otorga razón de ser al frente de la resistencia nacional, mientras Milosevic otorga razón de ser a la OTAN, que como toda organización militar necesita un enemigo. “La cara del Mal” es la cara de este demonio serbio en la tapa del semanario Newsweek, en su edición del 19 de abril. Ese mismo día, el semanario Time, que califica a Milosevic como “el verdugo de Kosovo”, publica un mapa de conflictos étnicos, con un dato involuntariamente revelador: la represión contra los albaneses en Kosovo ha dejado un saldo de dos mil muertos, pero la represión contra los kurdos en Turquía ha costado, en estos últimos años, casi veinte veces más vidas humanas. Clinton declara, también el mismo día: “Actuar contra la limpieza étnica es un im-

perativo moral”. ¿Hasta dónde llega el imperativo moral? ¿Será Turquía, país miembro de la OTAN, bombardeada por la OTAN? Mientras siga comprando armas norteamericanas, Turquía no corre peligro.

“Actuamos contra Milosevic, y sólo contra Milosevic”, dicen y repiten los bombardeadores. Pero las víctimas de los bombardeos están siendo los albaneses de Kosovo en cuyo nombre se realizan, infinitas caravanas de refugiados que huyen de las bombas tanto como huyen de las tropas serbias, y el pueblo de Yugoslavia, que sin comerla ni beberla está pagando con vidas y bienes los platos rotos. La versión de los bombardeados brilla por su ausencia en la televisión y rara vez aparece en los demás medios. El mundo libre se ha tomado la libertad de aniquilar las estaciones de radio y televisión de Belgrado, con unos cuantos periodistas adentro, para que nadie incurra en el libertinaje de conocer la opinión ni la información del enemigo.

● **Donde dice:** Errores, **debe decir:** Horrores.

Inglaterra fue, otrora, reina de los mares. Los Estados Unidos son, hoy por hoy, reyes de los cielos. Los países europeos, casi todos gobernados por políticos que dicen ser socialistas, forman su vasta corte en esta guerra. Las grandes potencias militares y tecnológicas del planeta están reduciendo a cenizas, impunemente, a un país que tiene armas antiaéreas más bien prehistóricas.

Día tras día, se van multiplicando las víctimas civiles. “En el combate, no hay lugar para los planteamientos éticos”, explica un piloto, por televisión, durante la incesante pasarela de los modelos bélicos. “Los errores forman

parte de las guerras”, comprueba un portavoz de la OTAN. Errores se llaman los horrores que la impunidad del poder comete. Las bombas inteligentes atacan por

computadora y tienen un coeficiente intelectual tan alto que confunden a los refugiados albaneses con los militares serbios, a los hospitales con los cuarteles, a los ómnibus con los puentes, a Bulgaria con Yugoslavia, a Pekín con Belgrado. Nadie está a salvo de tanta inteligencia: yo vivo a 15 mil kilómetros del teatro de operaciones, pero cada anoche, por las dudas, subo a la azotea de mi casa, investigo el cielo y me persigno.

● **Donde dice:** Imperio de la ley, **debe decir:** Imperio.

Esta guerra se está realizando sin el visto bueno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y en abierta violación de todas las normas internacionales, pero sus autores dicen que hacen lo que hacen en nombre del imperio de la ley. El imperio de la ley se arrodilla ante el Imperio, y el Imperio practica, como siempre, la ley del más fuerte, que es la única ley en la que de veras cree. Los dueños del mundo ejercen la delincuencia, y así la recomiendan en escala universal. Predican con el ejemplo.

Ya esta guerra llevaba casi un mes, cuando ocurrió la tragedia del colegio de Denver, Colorado. El vicepresidente, Al Gore, pronunció un discurso en el en-

tierro de los doce estudiantes y un profesor acribillados a tiros por un par de muchachos enloquecidos.

Gore dedicó su discurso a hablar contra la cultura de la violencia, pero no anunció que los Estados Unidos dejarán de fabricarla. El país más envidiado y el más imitado del planeta es el que más violencia produce y consume: vende la mitad de las armas que el mundo compra y vende casi toda la sangre que chorrea por las pantallas de los cines, los televisores y las computadoras. Cultura de la violencia: sus habitantes tienen 230 millones de armas de fuego, lo que da casi un promedio de un arma por ciudadano, excluyendo a los bebés.

En esos días, el presidente Clinton dijo que la televisión, el cine y los videogames eran los principales responsables de la matanza de Denver. Y ante la frecuencia con que ocurren carnicerías en las escuelas y los colegios norteamericanos, un grupo de psiquiatras aconsejó a los padres que instruyan a sus hijos sobre la diferencia entre ficción y realidad. Hasta ahora, que se sepa, no ha habido padre capaz de semejante proeza.

Publicado el 16 de mayo de 1999.



PAS ARGENTINA
Minería con Compromiso



Castex 3123 - Piso 2º
(C1425CDA) Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina
Tel.: (54) (11) 5533-8700

Por Eduardo Galeano

Los uruguayos tenemos cierta tendencia a creer que nuestro país existe, pero el mundo no se enteró. Los grandes medios de comunicación, los que tienen influencia universal, jamás mencionan a esta nación chiquita y perdida al sur del mapa.

Por excepción, hace unos meses, la prensa británica se ocupó de nosotros, en vísperas de la visita del príncipe Carlos. Entonces, el prestigioso diario *The Times* informó a sus lectores que la ley uruguaya autoriza al marido traicionado a cortar la nariz de la esposa infiel y a castrar al amante. *The Times* atribuyó a nuestra vida conyugal esas malas costumbres de las tropas coloniales británicas: se agradece la gentileza, pero la verdad es que tan bajo no hemos caído. Este país bárbaro, que abolió los castigos corporales en las escuelas ciento veinte años antes que Gran Bretaña, no es lo que parece ser cuando se lo mira desde arriba y desde lejos. Si los periodistas se bajaran del avión, podrían llevarse algunas sorpresas.

Los uruguayos somos poquitos, nada más que tres millones. Cabemos, todos, en un solo barrio de cualquiera de las grandes ciudades del mundo. Tres millones de anarquistas conservadores: no nos gusta que nadie nos mande, y nos cuesta cambiar. Cuando nos decidimos a cambiar, la cosa va en serio. Ahora soplan, en el país, buenos vientos de cambio. Ya va siendo hora de que nos dejemos de ser testigos de nuestras desgracias. El Uruguay lleva mucho tiempo estacionado en su propia decadencia, desde las épocas en que supimos estar a la vanguardia de todo. Los protagonistas se habían vuelto espectadores. Tres millones de ideólogos políticos, y la política práctica en manos de los politiqueros que han convertido los derechos ciudadanos en favores del poder: tres millones de directores técnicos de fútbol y el fútbol uruguayo viviendo de la nostalgia; tres millones de críticos de cine, y el cine nacional no ha pasado de ser una esperanza. El país que es vive en perpetua contradicción con el país que fue. La jornada de trabajo de ocho horas se impuso por ley, en el Uruguay, un año antes que en Estados Unidos y cuatro años antes que en Francia; pero hoy día encontrar trabajo es un milagro, y más milagro es llenar la olla trabajando nada más que ocho horas: sólo Jesús podría, si fuera uruguayo y si fuera todavía capaz de multiplicar los panes y los peces.

El Uruguay tuvo ley de divorcio setenta años antes que España, y voto femenino catorce años antes que Francia; pero la realidad sigue tratando a las mujeres peor que los tangos, lo que ya es decir, y las mujeres brillan por su ausencia en el poder político, escasas islas femeninas en un mar de machos.

Este sistema, cansado y estéril, no sólo traiciona su propia memoria: además, sobrevive en

contradicción perpetua con la realidad. El país depende de las ventas al exterior de carnes, cueros, lanas y arroz, pero el campo está en manos de pocos. Esos pocos, que predicán las virtudes de la familia cristiana pero echan a los peones que se casan, acaparan todo. Mientras tanto, quien quiere tierra para trabajar recibe un portazo en las narices; y quien alguna territa consigue, depende de créditos que los bancos otorgan siempre al que tiene y jamás al que necesita. Hartos de recibir un peso por cada producto que vale diez, los pequeños productores rurales terminan buscando mejor suerte en Montevideo. A la capital del país, centro del poder burocrático y de todos los po-

Para entrar por la puerta de servicio al mercado mundial, nos reducen a un santuario financiero con secreto bancario, cuatro vacas atrás y vista al mar. En esa economía, la gente sobra, por poca que sea.

Modestia aparte, todo hay que decirlo, también por buenos motivos mereceríamos figurar en la guía Guinness. Durante la dictadura militar, no hubo en el Uruguay ni un solo intelectual importante ni científico relevante ni artista representativo, ni uno solo, dispuesto a aplaudir a los mandones. Y en los tiempos que corren, ya en democracia, el Uruguay fue el único país en el mundo que derrotó las privatizaciones en consulta popular: en el plebiscito de

Una contradicción llamada Uruguay



deres, acuden los desesperados, esperando el trabajo que niegan las fábricas cubiertas de telarañas. Muchos terminan recogiendo basura y muchos siguen viaje desde el puerto o el aeropuerto.

En materia de contradicciones entre el poder y la realidad, ganamos los campeonatos mundiales que el fútbol nos niega. En el mapa, rodeado por sus grandes vecinos, el Uruguay parece enano. No tanto. Tenemos cinco veces más tierra que Holanda y cinco veces menos habitantes. Tenemos más tierra cultivable que el Japón, y una población cuarenta veces menor. Sin embargo, son muchos los uruguayos que emigran, porque aquí no encuentran su lugar bajo el sol. Una población escasa y envejecida: pocos niños nacen, en las calles se ven más sillas de ruedas que cochecitos de bebés. Cuando esos pocos niños crecen, el país los expulsa. Exportamos jóvenes. Hay uruguayos hasta en Alaska y Hawaii. Hace veintitantos años, la dictadura militar arrojó a mucha gente al exilio. En plena democracia, la economía condena al destierro a mucha gente más. La economía está manejada por los banqueros, que practican el socialismo socializando sus fraudulentas bancarrotas y practican el capitalismo ofreciendo un país de servicios.

fines del '92, el 72 por ciento de los uruguayos decidió que los servicios públicos esenciales seguirán siendo públicos. La noticia no mereció ni una línea en la prensa mundial, aunque era una insólita prueba de sentido común. La experiencia de otros países latinoamericanos nos enseña que las privatizaciones pueden engordar las cuentas privadas de algunos políticos, pero duplican la deuda externa, como ocurrió en la Argentina, Brasil, Chile y México en los últimos diez años; y las privatizaciones humillan, a precio de banana, la soberanía.

El habitual silencio de los grandes medios de comunicación evitó cualquier mínima posibilidad de que el plebiscito contagiara su ejemplo fuera de fronteras. Pero, fronteras adentro, aquel acto colectivo de afirmación nacional a contraviento, aquel sacrilegio contra la dictadura universal del dinero, anunció que estaba viva la energía de dignidad, que el terror militar había querido aniquilar.

Valgan estas líneas, si de algo valen, como un fundamento de voto por el Encuentro Progresista. Ojalá las urnas confirmen, en estas elecciones, la vocación respondona del paradójico país donde yo nací y volvería a nacer.

Publicado el 31 de octubre de 1999.

Por Eduardo Galeano

En mayo de 1999, un poeta derribó a un general. Desde hace algunos miles de años, como se sabe, son los generales quienes normalmente derriban a los poetas. Esta inversión de la regla, que se ha dado pocas veces o nunca, ocurrió en la Argentina, cuando el poeta Juan Gelman logró que el general Eduardo Cabanillas fuera destituido de la alta jefatura que ocupaba en el Ejército. El poeta demostró que el general mentía: Cabanillas lo negaba, pero había sido uno de los jefes de un campo de concentración, en Buenos Aires, en los años de la dictadura militar.

En ese centro de tortura y exterminio, que funcionaba en un taller de automotores llamado Orletti, habían estado presos el hijo y la nuera del poeta. El cadáver del hijo, Marcelo, apareció años después, metido en un tonel con cemento. De la nuera, que estaba embarazada, nunca más se supo.

En Orletti, trabajaban juntos oficiales argentinos, uruguayos y chilenos. Eran los tiempos del mercado común del horror: no había fronteras para el ejercicio de la tortura, el asesinato, la desaparición de las víctimas, la violación de mujeres y el robo de bebés.

Mientras el general Cabanillas caía en Buenos Aires, Juan Gelman dejaba, en Montevideo, una carta dirigida al presidente uruguayo Julio María Sanguinetti: le pedía ayuda para encontrar a su nieto, o nieta, nacido o nacida en el Hospital Militar del Uruguay. Acompañados por algunos militantes de los derechos humanos, Juan y su mujer, Mara La Madrid, habían llevado adelante una investigación digna de las mejores novelas policíacas inglesas. Había pruebas de que la nuera y su hijo o hija recién nacido habían desaparecido en la margen uruguaya del río de la Plata.

Según las costumbres de esos años, era muy probable que la nuera, María Claudia García Irueta Goyena, hubiera sido asesinada después de parir, pero era también muy probable que su bebé hubiera sido entregado, quién sabe a quién, como botín de guerra.

A principios de junio de 1999, el presidente prometió ocuparse personalmente del caso. Pasaron los meses, y nada. Cuando el poeta pidió, públicamente, una contestación, se desató una tormenta universal de solidaridad. Llovieron sobre Montevideo dos mil pedidos de respuesta, individuales o colectivos, firmados por escritores, artistas y científicos de veinte países. El presidente uruguayo ya no podía seguir callado. Su respuesta puede resumirse en la palabra Archívese. El presidente dijo que la averiguación solicitada requería "un milagro", como si Juan Gelman hubiera acudido a la Virgen de

El poeta que busca y espera

Lourdes en vez de acudir, como acudió, al presidente de una república democrática, donde los militares deben obediencia al poder civil.

La verdad y la justicia ¿son un milagro en la democracia? ¿No tendrían que ser, más bien, una costumbre? Ya el año anterior, el ministro de Cultura, sí, de Cultura, había regresado muy contento desde París, según declaró a la prensa, porque había logrado que la expresión verdad y justicia fuera suprimida de una resolución oficial de la Unesco.

En el Uruguay rige una ley, confirmada por plebiscito, que impide castigar los crímenes de la dictadura (que el presidente, en su respuesta a Gelman, insistió en llamar “régimen de facto”), pero esa misma ley mandaba investigar tales crímenes, cosa que jamás se hizo. En lugar de exigirles que digan lo que saben, como sería su obligación legal, la autoridad rinde homenaje a los autores de esas hazañas contra la condición humana. Pocos días antes de que el



presidente enviara, por fin, una respuesta que nada responde, el comandante en jefe del Ejército uruguayo ofreció un almuerzo de desagravio a los militares violadores de todos los derechos. Allí estaban los matarifes uruguayos de Orletti: el coronel Jorge Silveira, actual brazo derecho del comandante en jefe, los coroneles José Nino Gavazzo y Manuel Cordero y otros oficiales, jubilados o en actividad, que ya llevan veinte años creyendo que hay tintorerías capaces de limpiarles el uniforme para siempre manchado.

Por fatalidad profesional, los poetas crean símbolos y generan metáforas, aunque no lo quieran ni lo sepan. La búsqueda de Juan Gelman, que persigue el rastro de su nieto, o nieta, perdido o perdida en la niebla del terror militar y de la amnesia civil, simboliza muchas preguntas de mucha gente malherida por las dictaduras, y por la bochornosa herencia de las dictaduras, en los países latinoamericanos. Y el silencio del presidente uruguayo,

que calla cuando calla y cuando habla también, es la metáfora que mejor define la impotencia de un sistema político que ya no tiene nada que decir y que no tiene para ofrecer nada más que la mentira y el miedo.

En los años de las dictaduras militares que asolaron el sur, Juan Gelman publicó un poema sobre Fernando Pessoa. El imaginaba que el gran poeta portugués escribía cartas al Uruguay, desde Lisboa: qué están haciendo del sur/ decía/ de mi Uruguay/ decía. Y Juan también imaginaba que mañana van a llegar las cartas del portugués y barrerán la tristeza/ mañana va a llegar el barco del portugués al puerto de Montevideo/ siempre supo que entraba a ese puerto y se volvía más hermoso.

Ahora es Juan, el gran poeta argentino, quien escribe cartas al Uruguay. Pero éstas no son cartas imaginarias. Como todos los que buscan a sus perdidos, él sigue esperando respuesta.

Publicado el 14 de noviembre de 1999.

Pampa Energía

10 años comprometidos
con un futuro mejor
para nuestro país

Hidroeléctrica
Los Nihuales

www.pampaenergia.com

Una marcha universal



Por Eduardo Galeano

Año 1915, año 2001: Emiliano Zapata entra en la ciudad de México por segunda vez.

Esta segunda vez viene desde La Realidad, para cambiar la realidad: desde la Selva Lacandona llega para que se profundice el cambio de la realidad de todo México.

Desde que emergieron a la luz pública, los zapatistas de Chiapas están cambiando la realidad del país entero. Gracias a ellos, y a la energía creadora que han desencadenado, ya ni lo que era es como era.

Los que hablan del problema indígena tendrían que empezar a reconocer la solución indígena. Al fin y al cabo, la respuesta zapatista a cinco siglos de enmascaramiento, el desafío de estas máscaras que desenmascaran, está desplegando el espléndido arcoiris que México contiene y está devolviendo la esperanza a los condenados a espera perpetua. Los indígenas, está visto, sólo son un problema para quienes les niegan el derecho de ser lo que son y así niegan la pluralidad nacional y niegan el derecho de los mexicanos a ser plenamente mexicanos, sin las mutilaciones impuestas por la tradición racista, que enana el alma y corta las piernas.

Ante el mamarracho del proyecto de anexión y traición, ante el patético modelo de una Disneylandia de cuarta categoría, crece y crece este movimiento que sigue siendo local, con sus raíces hundidas en la tierra de la que brotó, pero que ya es, también, nacional. Puede cambiar, está cambiando, y en gran medida gracias al levanta-

tamiento indígena de Chiapas, este país que es de todos, pero pertenece a poquitos y expulsa a sus hijos. Porque está muy bien que el gobierno quiera amparar a los mexicanos que se van, y que mueren al ritmo de uno por día por bala o por sed; pero más importante que el derecho de irse es el derecho de quedarse.

¿Y por qué tiene que meter la nariz un extranjero, vamos a ver, en estos asuntos mexicanos, si ni siquiera tiene un pinche dólar invertido en el petróleo ni en nada? Pues ocurre que este movimiento local, que se volvió nacional, se ha saltado las fronteras hace rato. Democracia, justicia, dignidad: millones de personas, en todos los países, agradecemos a los zapatistas y a otros movimientos de los que mueven al mundo la resurrección de esas banderas en este mundo regido por la rentabilidad, la humillación y la obediencia. Hay cada vez menos democracia en los tiempos de la globalización obligatoria; nunca tantos hemos sido gobernados por tan pocos. Hay cada vez más injusticia en la distribución de los panes y los peces. Y la dignidad está cada vez más aplastada por la prepotencia del poder universal, hoy por hoy encarnado en ese huésped grosero que ha sido capaz de sentarse en la mesa de su anfitrión para ofrecerle el postre envenenado de un bombardeo a Bagdad.

Nada de lo que en Chiapas ocurre, nada de lo que ocurre en México nos es ajeno. En la patria de la solidaridad, no hay extranjeros. Somos millones los ciudadanos del mundo que ahí estamos sin estar estando.

Publicado el 11 de marzo de 2001.

Por Eduardo Galeano

Chiste 1

La nafta con plomo agregado fue un inventito norteamericano. Allá por los años veinte, se impuso en los Estados Unidos y en el mundo. Cuando el gobierno estadounidense la prohibió, en 1986, la gasolina con plomo estaba matando adultos a un ritmo de cinco mil por año, según la agencia oficial que se ocupa de la protección al ambiente. Además, según las numerosas fuentes citadas por el periodista Jamie Kitman en su investigación para la revista *The Nation*, el plomo había provocado daños al sistema nervioso y al nivel mental de muchos millones de niños, nadie sabe exactamente cuántos, durante sesenta años. Charles Kettering y Alfred Sloan, directivos de la General Motors, fueron los principales promotores de este veneno. Ellos han pasado a la historia como benefactores de la medicina, porque fundaron un gran hospital.

Chiste 2

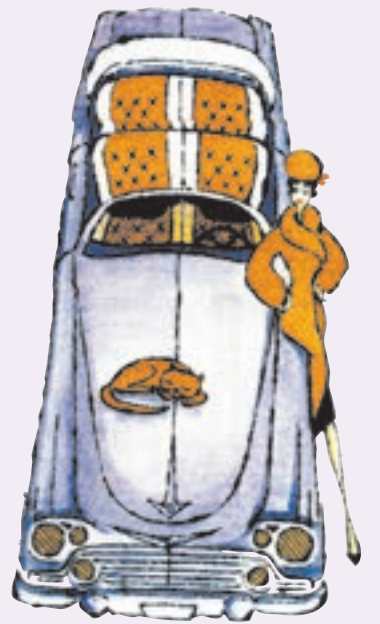
Ya los griegos y los romanos sabían que el plomo era enemigo de la sangre, el suelo, el aire y el agua. Eso no tiene nada de nuevo. Sin embargo, algunos países siguen agregando plomo a la nafta. Y mi país, el Uruguay, pongamos por caso, llega más allá: castiga la buena conducta. La nafta sin plomo cuesta más cara. Quien contamina menos paga más.

Chiste 3

Una empresa norteamericana, Ethyl, y una empresa inglesa, Octel, venden afuera lo que está prohibido adentro. El aditivo de plomo para la gasolina se exporta a los países que pueden ser intoxicados impunemente: casi toda el África y algunos otros países del sur del mundo. Para ser un negocio en agonía, no está tan mal. El balance de 1999 reveló que Ethyl tuvo una ganancia bruta de 190 millones de dólares.

El problema de Jack el Destripador era que estaba mal asesorado. El pobre Jack no tenía agentes de relaciones públicas que maquillaran su imagen, ni expertos en publicidad que bendijeran sus actos. En cambio, la empresa Ethyl, nacida del matrimonio de General Motors y Standard Oil, dice en su propaganda que “el respeto por la gente” es el valor más importante que guía sus acciones y que hace lo que hace desarrollando “una cultura basada en la confianza mutua y el respeto mutuo”. Y la empresa Octel explica: “Octel continúa desempeñando un papel primordial en el proceso universal de eliminación de los combustibles con plomo, a través del suministro seguro y eficiente de plomo para com-

Humor negro



bustibles, que seguirá brindando a sus clientes mientras ellos lo requieran”. Una obra maestra: practicar el crimen es la mejor manera de colaborar en la lucha contra el crimen.

Chiste 4

Según el último informe del Banco Mundial, el quince por ciento de la población del planeta devora la mitad de toda la energía que el planeta consume. Los automóviles tragan buena parte de esa mitad. En los países ricos, hay 580 vehículos por cada mil habitantes; en los países pobres, hay diez.

Los países ricos han prohibido la gasolina con plomo, pero sus habitantes de cuatro ruedas escupen otros venenos. De la vertiginosa motorización de las calles proviene buena parte de los gases que recalientan el planeta, enloquecen el clima y perforan el ozono. Los automóviles son cada vez más numerosos y cada vez más grandes. Quizá las 4 x 4, que todos los niños del mundo sueñan con tener, se llaman así porque consumen cuatro veces más combustible que los autos pequeños. Hágase nuestra voluntad, así en la tierra como en el cielo: salvo los bebés, todos tienen automóvil propio en el país que más energía traga y más veneno escupe. El país más glotón y derrochón contiene nada más que el 4 por ciento de la población mundial, emite nada menos que el 24 por ciento del dióxido de carbono que agreda la atmósfera y gasta minerales en la publicidad que lo absuelve.

Una organización modestamente llamada Fuerza de Tareas de los Líderes Globales del Medio Ambiente del Mañana ha difundido un mapamundi ecológico, publicado con el mayor destaque en la revista *Newsweek* y en otros medios, junto con un texto explicativo. Los Líderes Globales demuestran que los países más ricos son los mejores amigos de la naturaleza, los más

“eco-friendly”, y los principales culpables de las calamidades ecológicas del planeta son Bangladesh y Uganda.

Chiste 5

El dióxido de carbono ¿ataca la memoria? Habría que ver. En su campaña presidencial, George W. Bush había prometido que iba a limitar las emisiones de gases tóxicos. Olvidó su promesa apenas abrió la puerta de la Casa Blanca. Dijo no al acuerdo internacional de Kioto y confirmó así, una vez más, que los únicos discursos que merecen ser creídos son los discursos no pronunciados.

Chiste 6

El gobierno del planeta ¿es un gobierno o un oleoducto? Las empresas petroleras fueron las que más dinero aportaron a la campaña de Bush, que fue la más cara de la historia. El presidente había fundado la empresa petrolera Arbusto Oil, que luego se llamó Bush Exploration y que fue finalmente vendida a la Harken Oil & Gas. El vice, Dick Cheney, acumuló su fortuna personal desde la empresa petrolera Halliburton. A la cabeza de la Seguridad Nacional está Condoleezza Rice, que integró el directorio de la empresa petrolera Chevron entre 1991 y el año 2000. Don Evans, secretario de Comercio, fue presidente de la empresa petrolera Tom Brown Inc. y director de la empresa petrolera TMBR/Sharp Drilling. Kathleen Cooper, que se ocupa del comercio en la Secretaría de Asuntos Económicos, fue ejecutiva de la empresa petrolera Exxon. Thomas White, de la Secretaría de Defensa, fue vicepresidente de la empresa petrolera Enron Corporation.

Chiste 7

Podría llamarse Asociación para el Exterminio del Planeta y sus Alrededores. Pero no: se llama Centro Mundial para el Medio Ambiente.

Entre sus miembros figuran British Petroleum, Occidental Petroleum, Exxon, Texaco, International Paper, Weyerhaeuser, Novartis, Monsanto, BASF, Dow Chemical y Royal Dutch Shell. Todos estos amigos de la naturaleza y de la especie humana, que periódicamente se condecoran entre sí, anunciaron que la empresa Shell recibirá la Medalla de Oro del Medio Ambiente correspondiente al año 2001. Entre los muchos méritos de la empresa, cabe mencionar sus esfuerzos por arrasar el delta del Níger y por lograr que la dictadura de Nigeria enviara a la horca, en 1995, al escritor Ken Saro-Wiwa y a otra gente molesta que andaba protestando.

Publicado el 3 de junio de 2001.

Por Eduardo Galeano

El año pasado, murió el hombre más viejo de Inglaterra. La vida de Bertie Felstead había atravesado tres siglos: nació en el siglo diecinueve, vivió en el veinte, murió en el veintiuno. El era el único sobreviviente de un célebre partido de fútbol, que se jugó en la Navidad de 1915. Jugaron ese partido los soldados británicos y los soldados alemanes. Una pelota apareció, venida no se sabe de dónde, y se echó a rodar no se sabe cómo, entre las trincheras. Entonces el campo de batalla se convirtió en campo de juego, los enemigos arrojaron al aire sus armas y saltaron a disputar la pelota, todos contra todos y todos con todos.

Mucho no duró la magia. A los gritos, los oficiales recordaron a los soldados que estaban allí para matar y morir. Pasada la tregua futbolera, volvió la carnicería. Pero la pelota había abierto un fugaz espacio de encuentro entre esos hombres obligados a odiarse.

El barón Pierre de Coubertin, fundador de las olimpiadas modernas, había advertido: “El deporte puede ser usado para la paz o para la guerra”.

Al servicio de la guerra mundial que estaban incubando, Hitler y Mussolini manipularon el fútbol. En los estadios, los jugadores de Alemania y de Italia saludaban con la palma de la mano extendida a lo alto. “Vencer o morir”, mandaba Mussolini, y por las dudas la escuadra italiana no tuvo más remedio que ganar las Copas del Mundo en 1934 y en 1938.

“Ganar un partido internacional es más importante, para la gente, que capturar una ciudad”, decía Goebbels, pero la selección alemana, que lucía la cruz esvástica al pecho, no tuvo suerte. La guerra de conquista vino poco después; y el delirio de la pureza racial implicó también la purificación del fútbol: trescientos jugadores judíos fueron borrados del mapa. Muchos de ellos murieron en los campos alemanes de concentración.

Años después, en América latina, las dictaduras militares también usaron el fútbol, al servicio de la guerra contra sus propios países y sus peligrosos pueblos. En el Mundial del '70, la dictadura brasileña hizo suya la victoria de la selección de Pelé: “Ya nadie para a este país”, proclamaba la publicidad oficial. En el Mundial del '78, en un estadio que quedaba a pocos pasos del Auschwitz argentino, la dictadura argentina celebró “su” triunfo, del brazo del infaltable Henry Kissinger, mientras sus aviones arrojaban a los prisioneros vivos al fondo de la mar. Y en el '80, la dictadura uruguaya se apoderó de la victoria local en el llamado “Mundialito”, un torneo entre campeones mundiales, aunque fue entonces cuando la multitud se atrevió a gritar,

EMPIEZA EL MUNDIAL

La guerra o la fiesta



por primera vez, después de siete años de silencio obligatorio. Rugieron las tribunas: “Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar...”

Hay partidos que terminan en batallas campales, hay fanáticos que encuentran en el fútbol un buen pretexto para el ejercicio del crimen y en las gradas desahogan los rencores acumulados desde la infancia o desde la última semana. Como suele ocurrir, es la Civilización la que da los peores ejemplos de barbarie. Entre los casos de más triste memoria, se podría citar, por ejemplo, la matanza de 39 hinchas italianos del club Juventus a manos de los hooligans ingleses del Liverpool, hace poco menos de veinte años.

Pero, ¿eso da para decir que el fútbol incubaba huevos de serpiente? En 1969, se llamó “guerra del fútbol” a la matanza entre hondureños y salvadoreños, porque la primera chispa de ese incendio se había encendido en los estadios. Pero la guerra venía, en realidad, de mucho antes. Y su nombre mentiroso logró ocultar una historia larga: la guerra fue la trágica desembocadura de más de un siglo de rencores entre dos pueblos vecinos, entrenados para odiarse mutuamente, pobres contra pobres, por sucesivas dictaduras militares fabricadas en la Escuela de las Américas.

El espejo no tiene la culpa de la cara, ni el termómetro tiene la culpa de la fiebre. Casi nunca proviene del fútbol, aunque casi siempre lo parece, la violencia que a veces hace eclosión en los campos de juego. Es revelador lo que está ocurriendo en la Argentina. La locura de las barras bravas no tiene nada de nuevo; pero se han multiplicado los líos, los balazos y los garrotazos, desde que se desencadenó esta última crisis que ha precipitado al país a una

caída en picada y ha dejado a los argentinos pateando en el aire.

Los estadios de fútbol son los únicos escenarios donde se abrazan los etíopes y los eritreos. Durante los torneos interafricanos, los jugadores de esas selecciones consiguen olvidar por un rato la larga guerra que periódicamente rebrota entre sus países.

Y después del genocidio que ensangrentó a Rwanda, el fútbol es el único instrumento de conciliación que no ha fracasado. Los hutus y los tutsis se mezclan en las hinchadas de los clubes y juegan juntos en los diversos equipos y en la selección nacional. El fútbol abre un espacio para la resurrección del respeto mutuo que reinaba entre ellos, antes de que los poderes coloniales, el alemán primero y el belga después, los dividiera para reinar.

En Medellín, una de las ciudades más violentas del mundo, nació y se desarrolló el proyecto “Fútbol por la paz”, que durante algún tiempo funcionó con milagroso éxito. Mientras duró, demostró que no era imposible cambiar balazos por pelotazos.

El fútbol resultó ser el único lenguaje alternativo para las bandas armadas de los diversos ba-

rrios, acostumbradas a dialogar a tiros. Jugando al fútbol, los enemigos empezaron a conocerse entre sí, al principio de muy mala manera y en cada partido un poquito mejor. Y los muchachos empezaron a aprender que la guerra no es el único modo de vida posible.

Antes de cada partido, en cada Copa del Mundo, los jugadores escuchan y tararean sus himnos patrios. Por regla general, salvo algunas excepciones, los himnos los invitan a matar y a morir. Esos cánticos marciales profieren terribles amenazas, convocan a la guerra, insultan a los extranjeros y exhortan a hacerlos picadillo o con gloria sucumbir en heroicos baños de sangre.

Ya vamos para el campeonato mundial número diecisiete. A lo largo de los Mundiales se ha visto que no faltan los jugadores dispuestos a actuar como obedientes soldados, siempre dispuestos a castigar con feroces patadas a los enemigos de la patria, y sobre todo a los que cometen la imperdonable ofensa de jugar lindamente. Pero, la verdad sea dicha, la gran mayoría de los jugadores no ha hecho caso a las órdenes que sus himnos imparten, ni a los delirios épicos de ciertos periodistas que compiten con los himnos, ni a las instrucciones carniceras de algunos dirigentes y directores técnicos, ni a los clamores guerreros de unos cuantos energúmenos en las gradas.

Ojalá los jugadores, o al menos la mayoría de los jugadores, se sigan haciendo los sordos en el Mundial que viene. Y que no se confundan a la hora de elegir entre la guerra o la fiesta.

Publicado el 31 de mayo de 2002.

El Sindicato Argentino de Docentes Privados saluda a Página 12 en su 29º aniversario

Educamos por vocación
Luchamos por convicción



S.O.S.



Por Eduardo Galeano

La mitad de los brasileños es pobre o muy pobre, pero el país de Lula es el segundo mercado mundial de las lapiceras Montblanc y el noveno comprador de autos Ferrari, y las tiendas Armani de San Pablo venden más que las de Nueva York. Pinochet, el verdugo de Allende, rendía homenaje a su víctima cada vez que hablaba del “milagro chileno”. El nunca lo confesó, ni tampoco lo han dicho los gobernantes democráticos que vinieron después, cuando el “milagro” se convirtió en “modelo”: ¿Qué sería de Chile si no fuera chileno el cobre, la viga maestra de la economía, que Allende nacionalizó y que nunca fue privatizado?

Por Eduardo Galeano

¿Quién se queda con el agua? El mono que tiene el garrote. El mono desarmado muere de sed. Esta lección de la prehistoria abre la película 2001, Odisea del espacio. Para la odisea 2003, el presidente Bush anuncia un presupuesto militar de mil millones de dólares por día. La industria armamentista es la única inversión digna de confianza: hay argumentos que son irrefutables, en la próxima Cumbre de la Tierra en Johannesburgo o en cualquier otra conferencia internacional.

Las potencias dueñas del planeta razonan bombardeando. Ellas son el poder, un poder genéticamente modificado, un gigantesco Frankenpower que humilla a la naturaleza: ejerce la libertad de convertir el aire en murgre y el derecho de dejar a la humanidad sin casa; llama errores a sus horrores, aplasta a quien se pone en su camino, es sordo a las alarmas y rompe lo que toca.

Se alza la mar, y las tierras bajitas quedan por siempre sepultadas bajo las aguas. Esto parece una metáfora sobre el desarrollo económico en el mundo tal cual es, pero no: se trata de una fotografía del mundo tal cual será, en un futuro no tan lejano, según las previsiones de los científicos consultados por las Naciones Unidas.

Durante más de dos décadas, las profecías de los ecologistas merecieron burla o silencio. Ahora, los científicos les dan la razón. Y el 3 de junio de este año, hasta el propio presidente Bush no tuvo más remedio que admitir, por primera vez, que ocurrirán desastres si el calentamiento global continúa dañando el planeta. El Vaticano reconoce que Galileo no estaba equivocado, comentó el periodista Bill McKibben. Pero nadie es perfecto: al mismo tiempo, Bush anunció que los Estados Unidos aumentarán en un 43 por ciento, en los próximos dieciocho años, la emisión de los gases que intoxican la atmósfera. Al fin y al cabo, él preside un país de máquinas que ruedan comiendo petróleo y vomitando veneno: más de doscientos millones de automóviles, y menos mal que los bebés no manejan. A fines del año pasado, en un discurso, Bush exhortó a la solidaridad, y fue capaz de definirla: “Deja que tus niños laven el auto del vecino”.

La política energética del país líder del mundo está dictada por los negocios terrenales, que dicen obedecer al alto cielo. Transmítanle mensajes divinos la finada empresa Enron, fallecida por estafa, que fue la principal asesora del gobierno y la principal financista

de las campañas de Bush y de la mayoría de los senadores. El gran jefe de Enron, Kenneth Lay, solía decir: “Creo en Dios y creo en el mercado”. Y el mandamás anterior tenía un lema parecido: “Nosotros estamos del lado de los ángeles”.

Los Estados Unidos practican el terrorismo ambiental sin el menor remordimiento, como si el Señor les hubiera otorgado un certificado de impunidad porque han dejado de fumar.

“La naturaleza está ya muy cansada”, escribió el fraile español Luis Alfonso de Carvallo. Fue en 1695. Si nos viera ahora.

Una gran parte del mapa de España se está quedando sin tierra. La tierra se va; y más temprano que tarde, entrará la arena por las rendijas de las ventanas. De los bosques mediterráneos, queda en pie un quince por ciento. Hace un siglo, los bosques cubrían la mitad de Etiopía, que hoy es un vasto desierto. La Amazonia brasileña ha perdido florestas del tamaño del mapa de Francia. En América Central, a este paso, pronto se contarán los árboles como el calvo cuenta sus pelos.

La erosión expulsa a los campesinos de México, que se marchan del campo o del país. Cuanto más se degrada la tierra en el mundo, más fertilizantes y pesticidas hay que usar. Según la Organización Mundial de la Salud, estas ayudas químicas matan tres millones de agricultores por año.

Como las lenguas humanas y las humanas culturas, van muriendo las plantas y los animales. Las especies desaparecen a un ritmo de tres por hora, según el biólogo Edward O. Wilson. Y no sólo por la deforestación y la contaminación: la producción en gran escala, la agricultura de exportación y la uniformización del consumo están aniquilando la diversidad. Cuesta creer que hace apenas un siglo había en el mundo más de quinientas variedades de lechuga y 287 tipos de zanahoria. Y 220 variedades de papa, sólo en Bolivia.

Se pelan los bosques, la tierra se hace desierto, se envenenan los ríos, se derriten los hielos de los polos y las nieves de las altas cumbres. En muchos lugares la lluvia ha dejado de llover, y en muchos llueve como si se partiera el cielo. El clima del mundo está para el manicomio.

Las inundaciones y las sequías, los ciclones y los incendios incontrolables son cada vez menos naturales, aunque los medios insisten, contra toda evidencia, en llamarlos así. Y parece un chiste de humor negro que las Naciones Unidas hayan llamado a los años noventa Década Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales. ¿Reducción?

Esa fue la década más desastrosa. Hubo ochenta y seis catástrofes, que dejaron cinco veces más muertos que los muchos muertos de las guerras en ese período. Casi todos, el 96 por ciento para ser precisos, murieron en los países pobres, que los expertos insisten en llamar “países en vías de desarrollo”.

Con devoción y entusiasmo, el sur del mundo copia, y multiplica, las peores costumbres del norte. Y del norte no recibe las virtudes, sino lo peor: hace suya la religión norteamericana del automóvil y su desprecio por el transporte público, y toda la mitología de la libertad de mercado y la sociedad de consumo. Y el sur también recibe, con los brazos abiertos, las fábricas más cochinas, las más enemigas de la naturaleza, a cambio de salarios que dan nostalgia de la esclavitud.

Sin embargo, cada habitante del norte consume, en promedio, diez veces más petróleo, gas y carbón; y en el sur sólo una de cada cien personas tiene auto propio. Gula y ayuno del menú ambiental: el 75 por ciento de la contaminación del mundo proviene del 25 por ciento de la población. Y en esa minoría no figuran, bueno fuera, los mil doscientos millones que viven sin agua potable, ni los mil cien millones que cada noche se van a dormir sin nada en la barriga. No es “la humanidad” la responsable de la devoración de los recursos naturales, ni de la pudrición del aire, la tierra y el agua.

El poder se alza de hombros: cuando este planeta deje de ser rentable, me mudo a otro.

La belleza es bella si se puede vender y la justicia es justa si se puede comprar. El planeta está siendo asesinado por los modelos de vida, como nos paralizan las máquinas inventadas para acelerar el movimiento y nos aíslan las ciudades nacidas para el encierro.

Las palabras pierden sentido, mientras pierden su color la mar verde y el cielo azul, que habían sido pintados por gentileza de las algas que echaron oxígeno durante tres mil millones de años.

Esas lucecitas de la noche, ¿nos están espiando? Las estrellas tiemblan de estupor y de miedo. Ellas no consiguen entender cómo sigue dando vueltas, todavía vivo, este mundo nuestro, tan fervorosamente dedicado a su propia aniquilación. Y se estremecen de susto, porque han visto que ya este mundo anda invadiendo otros astros del cielo. Derechos exclusivos de Página12 para la Argentina

Publicado el 25 de agosto de 2002.

En América nacieron, no en la India, nuestros indios. También el pavo y el maíz nacieron en América, y no en Turquía, pero la lengua inglesa llama turkey al pavo y la lengua italiana llama granturco al maíz.

El Banco Mundial elogia la privatización de la salud pública en Zambia: “Es un modelo para el África. Ya no hay colas en los hospitales”. El diario *The Zambian Post* completa la idea: “Ya no hay colas en los hospitales, porque la gente se muere en la casa”.

Hace cuatro años, el periodista Richard Swift llegó a los campos del oeste de Ghana, donde se produce cacao barato para Suiza. En la mochila, el periodista llevaba unas barras de chocolate. Los cultivadores de cacao nunca habían probado el chocolate. Les encantó.

Los países ricos, que subsidian su agricultura a un ritmo de mil millones de dólares por día, prohíben los subsidios a la agricultura en los países pobres. Cosecha record a orillas del río Mississippi: el algodón norteamericano inunda el mercado mundial y derrumba el precio. Cosecha record a orillas del río Níger: el algodón africano paga tan poco que ni vale la pena recogerlo.

Las vacas del Norte ganan el doble que los campesinos del Sur. Los subsidios que recibe cada vaca en Europa y en Estados Unidos duplican la cantidad de dinero que en promedio gana, por un año entero de trabajo, cada granjero de los países pobres.

Los productores del Sur acuden desunidos al mercado mundial. Los compradores del Norte imponen precios de monopolio. Desde que en 1989 murió la Organización Internacional del Café y se acabó el sistema de cuotas de producción, el precio del café anda por los suelos. En estos últimos tiempos, peor que nunca: en América Central, quien siembra café cosecha hambre. Pero no se

Paradojas

JUEVES 26 DE MAYO DE 2016

ha rebajado ni un poquito, que yo sepa, lo que uno paga por beberlo.



Carlomagno, creador de la primera gran biblioteca de Europa, era analfabeto.

Joshua Slocum, el primer hombre que dio la vuelta al mundo navegando en solitario, no sabía nadar.



Hay en el mundo tantos hambrientos como gordos. Los hambrientos comen basura en los basurales; los gordos comen basura en McDonald's.

El progreso infla. Rarotonga es la más próspera de las islas Cook, en el Pacífico sur, con asombrosos índices de crecimiento económico. Pero más asombroso es el crecimiento de la obesidad entre sus hombres jóvenes. Hace cuarenta años, eran gordos once de cada cien. Ahora, son gordos todos.

Desde que China se abrió a esta cosa que llaman "economía de mercado", el menú tradicional de arroz con verduras ha sido velozmente desplazado por las hamburguesas. El gobierno chino no ha tenido más remedio que declarar la guerra contra la obesidad, convertida en epidemia nacional. Lacampaña de propaganda difunde el ejemplo del joven Liang Shun, que adelgazó 115 kilos el año pasado.



La frase más famosa atribuida a Don Quijote ("Ladran, Sancho, señal que cabalgamos") no aparece en la novela de Cervantes; y Humphrey Bogart no dice la frase más famosa atribuida a la

película *Casablanca* ("Play it again, Sam").

Contra lo que se cree, Alí Babá no era el jefe de los cuarenta ladrones, sino su enemigo; y Frankenstein no era el monstruo, sino su involuntario inventor.



A primera vista, parece incomprendible, y a segunda vista también: donde más progresa el progreso, más horas trabaja la gente. La enfermedad por exceso de trabajo conduce a la muerte. En japonés, se llama karoshi. Ahora los japoneses están incorporando otra palabra al diccionario de la civilización tecnológica: *karojisatsu* es el nombre de los suicidios por hiperactividad, cada vez más frecuentes.

En mayo del '98, Francia redujo la semana laboral de 39 a 35 horas. Esa ley no sólo resultó eficaz contra la desocupación, sino que además dio un ejemplo de rareza en este mundo que ha perdido un tornillo, o varios, o todos: ¿Para qué sirven las máquinas, si no reducen el tiempo humano de trabajo? Pero los socialistas perdieron las elecciones y Francia retornó a la anormal normalidad de nuestro tiempo. Ya se está evaporando la ley que había sido dictada por el sentido común.

La tecnología produce sandías cuadradas, pollos sin plumas y mano de obra sin carne ni hueso. En unos cuantos hospitales de Estados Unidos, los robots cumplen tareas de enfermería. Según el diario *The Washington Post*, los robots trabajan veinticuatro horas por día, pero no pueden tomar de-

cisiones, porque carecen de sentido común: un involuntario retrato del obrero ejemplar en el mundo que viene.



Según los evangelios, Cristo nació cuando Herodes era rey. Como Herodes murió cuatro años antes de la era cristiana, Cristo nació por lo menos cuatro años antes de Cristo.

Con truenos de guerra se celebra, en muchos países, la Nochebuena. Noche de paz, noche de amor: la coherencia enloquece a los perros y deja sordos a las mujeres y los hombres de buena voluntad.

La cruz esvástica, que los nazis identificaron con la guerra y la muerte, había sido un símbolo de la vida en la Mesopotamia, la India y América.



Cuando George W. Bush propuso talar los bosques para acabar con los incendios forestales, no fue comprendido. El presidente parecía un poco más incoherente que de costumbre. Pero él estaba siendo consecuente con sus ideas. Son sus santos remedios: para acabar con el dolor de cabeza, hay que decapitar al sufrente; para salvar al pueblo de Irak, vamos a bombardearlo hasta hacerlo puré.



El mundo es una gran paradoja que gira en el universo. A este paso, de aquí a poco, los propietarios del planeta prohibirán el hambre y la sed, para que no falten el pan ni el agua.

Publicado el 10 de noviembre de 2002.

UN CONCIERTO UNICO E IMPACTANTE
|| GERSHWIN+BEETHOVEN ||

SUPERVIELLE

NOVA HARMONIA
30 años
DICIEMBRE 1987

2016
TEATRO COLON
SABADO 28 DE MAYO
20 HS

ORQUESTA SINFONICA DE BAMBERG
JONATHAN NOTT (Director)
MACIEJ PIKULSKI (Piano)

"Obras de Ludwig v. Beethoven y George Gershwin"

Sobrantes en venta en la boletería del Teatro Coliseo hasta el 20 de mayo y en la boletería del Teatro Colón.
Marcelo T. de Alvear 1125, Martes a Sábado de 12 hs a 20 hs
Venta telefónica +5411 4816 3789 . www.teatrocoliseo.org.ar
f /coliseo.teatro

TEATRO COLISEO
PALAZZO ITALIA

Embajada de Italia
Buenos Aires

FUNDACIÓN CULTURAL COLISEUM



HACIA LA MANIFESTACION DEL 15

Para decir NO

Por Eduardo Galeano

El presidente del planeta anuncia su próximo crimen en nombre de Dios y de la democracia.

Así calumnia a Dios. Y calumnia, también, a la democracia, que a duras penas ha sobrevivido en el mundo a pesar de las dictaduras que los Estados Unidos vienen sembrando en todas partes desde hace más de un siglo.

El gobierno de Bush, que más que gobierno parece un oleoducto, necesita apoderarse de

la segunda reserva mundial de petróleo, que yace bajo el suelo de Irak. Además, necesita justificar el dineral de sus gastos militares y necesita exhibir en el campo de batalla los últimos modelos de su industria armamentista.

De eso se trata. Lo demás, son pretextos. Y los pretextos para esta próxima carnicería ofenden la inteligencia. El único país que ha usado armas nucleares contra la población civil, el país que descargó las bombas atómicas que aniquilaron Hiroshima y Nagasaki, pretende convencernos de que Irak es un peligro para la humanidad. Si el presidente Bush ama tanto

a la humanidad, y de veras quiere conjurar la más grave amenaza que la humanidad padece, ¿por qué no se bombardea a sí mismo, en vez de planificar un nuevo exterminio de pueblos inocentes?

Inmensas manifestaciones invadirán las calles del mundo este 15 de febrero. La humanidad está harta de que sus asesinos la usen de coartada. Y está harta de llorar a sus muertos al fin de cada guerra: esta vez quiere impedir la guerra que los va a matar.

Publicado el 11 de febrero de 2003.

Por Eduardo Galeano

En uno de sus cuentos, Osvaldo Soriano imaginó un partido de fútbol en algún pueblito perdido en la Patagonia. Al equipo local, nunca nadie le había metido un gol en su cancha. Semejante agravio estaba prohibido, bajo pena de horca o tremenda paliza. En el cuento, el equipo visitante evitaba la tentación durante todo el partido; pero al final el delantero centro quedaba solo frente al arquero y no tenía más remedio que pasarle la pelota entre las piernas.

Diez años después, cuando Soriano llegó al aeropuerto de Neuquén, un desconocido lo estrujó en un abrazo y lo alzó con valija y todo:

“¡Gol, no! ¡Golazo! –gritó–. ¡Te estoy viendo! ¡A lo Pelé lo festejaste! –y cayó de rodillas, elevando los brazos al cielo. Después, se cubrió la cabeza–: ¡Qué manera de llover piedras! ¡Qué biaba nos dieron!”

Soriano, boquiabierto, escuchaba con la valija en la mano.

–¡Se te vinieron encima! ¡Eran un pueblo! –gritó el entusiasta. Y entonces, señalando a Soriano con el pulgar, informó a los curiosos que se iban acercando–: A éste, yo le salvé la vida.

Bienvenido a todas partes.

En Telefónica apostamos a tener más y mejores comunicaciones, para poder acercarte nuevas soluciones tecnológicas y que así estés siempre preparado para hacer de tu mundo lo que quieras.

www.telefonica.com.ar

Telefónica



“No te tomes en serio nada que te haga reír”

Y les contó, con lujo de detalles, la tremenda gresca que se había armado al final del partido: ese partido que el autor había jugado en soledad, una noche lejana, sentado ante la máquina de escribir, el cenicero lleno de puchos y un par de gatos dormilones.

Él no escribía sobre sus personajes: escribía con ellos. Y en sus libros, abiertos, entrábamos, entramos, los lectores.

Cualquiera de nosotros podría decir:

—No es que lo lea. Es que él me escribe.

Triste, solitario y final fue la primera comunión, y desde entonces la ceremonia continuó en sus libros siguientes.

En esta novela inicial, el autor encuentra, en el camino, a un detective, nacido de otro autor, y con él emprende la búsqueda de un par de cómicos perdidos en la bruma del tiempo. Y tan convidante es el camino que basta leer estas páginas para que cualquiera se convierta en autor, detective y cómico. Con toda naturalidad,

como quien no quiere la cosa, el lector se mete en el libro y acompaña las malandanzas de Osvaldo Soriano, Philip Marlowe, Stan Laurel y Ollie Hardy, que de lío en lío, de tropezón en tropezón, van deambulando por todas partes sin llegar a ninguna.

Como en un ritual de iniciación, Soriano abrió su vida literaria rindiendo homenaje a sus maestros de la novela policial y el cine mudo. Eran, todos, perdedores. Él nunca pudo tragar a los exitosos, que en estas páginas encarnan John Wayne y Charlie Chaplin, y en cambio se reconoció siempre en los condenados a la ruina, la soledad y el olvido. Por ellos, los nacidos para perder, escribió *Triste, solitario y final*. Y perdió: presentó la novela al concurso Casa de las Américas, y perdió. Ariel Dorfman votó en minoría, y la mayoría del jurado premió a otro.

A partir de entonces, Soriano fue un escritor de éxito. Pero él nunca se lo creyó. Ésa no era su música, no sonaba como suya. El éxito no lo cambió un poquito,



aunque le agobió la vida, y quizá se la acortó, por las exigencias que le impuso.

No tenía pasta de engrupido. Y más: está científicamente demostrado que se quedó calvo de tanto tomarse el pelo a sí mismo. Así se ganó, en buena ley, el derecho a tomar el pelo a los demás.

Los grandes mitos argentinos, mitos, manías, mitomanías, eran el blanco predilecto de sus chis-

tes, en las largas sobremesas y en las noches de humo y amigos, y también eran el tema recurrente de su obra. Sus novelas, sus relatos y sus crónicas supieron revelar las derrotas que las victorias disimulan, las infamias que las glorias disfrazan, el desamparo y el miedo escondidos bajo las máscaras de la arrogancia. Con ojos implacables y entrañables, Soriano fue capaz de desnudar la ridícula impostación de una sociedad educada en el pánico al ridículo, a la que jamás miró desde afuera. Desde adentro, con dolor y con humor, arrojó sus tortazos de crema a la cara de chantas, fanfarrones y purapintas.

Era desopilante escuchar las antiheroicas historias que le habían ocurrido desde que nació. Mucho nos dio de reír a quienes tuvimos la suerte de escucharlas en vivo y en directo.

Y no por casualidad fue este perfecto antihéroe quien nos ofreció, en sus obras, la contracara del sistema de valores que en el mundo manda. “No te to-

mes en serio nada que no te haga reír”, había dicho alguien alguna vez. Con divertida seriedad, sin la menor solemnidad, Soriano se identificó con sus personajes más desvalidos, vagabundos, delirantes, fracasados, especialistas en meter la pata y en vivir historias que siempre acababan mal. Y desde ellos escribió una comedia en la que todos somos actores, y en cada lector encontró un cómplice para el largo atentado que cometió, libro tras libro, contra un mundo que tan al revés recompensa y castiga.

No fue fácil. Trabajó mucho en eso, noche tras noche a lo largo de sus días, guiado por los críticos que le merecían fe. Quiero decir: sus gatos, que a veces maullaban aprobación y a veces le destrozaban las páginas que no valían la pena.

En el último diálogo de *Triste, solitario y final*, Philip Marlowe pregunta al autor:

—Dígame, Soriano. ¿Por qué se le dio por meterse con el Gordo y el Flaco?

Y Soriano contesta:

—Los quiero mucho.

Así de simple podría ser nuestra respuesta, si alguien nos preguntara por qué seguimos recibiendo la visita de los muchos amigos que él nos presentó escribiendo.

Publicado el 29 de junio de 2003.

Carrefour

Saludamos al diario **Página 12** en su **29º Aniversario**

carrefour.com.ar

f /CarrefourArgentina

@carrefourarg

La confesión del torturador

Por Eduardo Galeano

No vale nada, o poco vale, la confesión del torturado. Desde los tiempos de la Santa Inquisición, se sabe que no son creíbles, o bien poco creíbles, las informaciones y las confesiones arrancadas bajo tortura, por la sencilla razón de que el dolor convierte a cualquiera en gran novelista.

En cambio, el sistema de poder confiesa su verdadera identidad a través de las torturas que inflige. En las cámaras de tormento, los que mandan se arrancan la máscara.

Así ocurre en Irak, pongamos por caso. Para apoderarse de Irak a pesar de los iraquíes y contra los iraquíes, las tropas de ocupación actúan con realismo: predicen la democracia y la libertad y practican la tortura y el crimen. Quien quiere el fin quiere los medios. ¿O acaso alguien puede creer que existe otra manera de robar un país?

Lo demás es puro teatro: las ceremonias, las declaraciones, los discursos, las promesas y la transferencia de la soberanía, que pasa de los Estados Unidos a los Estados Unidos.

Ocurre que el poder no dice lo que dice. Por ejemplo: cuando dice "terrorismo en Irak", en muchos casos debería decir: "resistencia nacional contra la ocupación extranjera".

•••

Cuando se publicaron las fotos y estalló el escándalo, las cumbres del poder político y militar cantaron a coro los salmos de su autoabsolución:

- Son casos aislados;
- Son casos patológicos;
- Son unas cuantas manzanas podridas;
- Son perversos que deshonran el uniforme.

Como de costumbre, el asesino ha echado la culpa al cuchillo.

Pero esos soldados o policías que enloquecen al prisionero disparándole descargas de electricidad, o sumergiéndole la cabeza en la mierda, o partiéndole el culo no son más que instrumentos: funcionarios que se ganan el sueldo cumpliendo su tarea en horario de oficina. Algunos trabajan a desgano y otros meten fervor, como esas entusiastas señoritas que se han fotografiado mientras humillaban a sus torturados iraquíes y los exhibían como trofeos de cacería. Pero todos, los apáticos y los fervorosos, son burócratas del dolor que actúan al servicio de una gigantesca máquina de picar carne humana. ¿Locos? ¿Perversos? Puede ser; pero la coartada patológica no absuelve al poder imperial que necesita la tortura para asegurar y ampliar sus do-



minios, porque ese poder está mucho más loco y es mucho más perverso que los instrumentos que utiliza. Y nada tiene de anormal que un poder atrocamente injusto utilice métodos atroces para perpetuarse.

•••

Nada tiene de anormal, tampoco, que esos métodos atroces no se llamen por su nombre.

Europa sabe que donde manda capitán no manda marinero. La declaración de la Unión Europea contra las torturas en Irak no mencionó la palabra tortura. Esa desagradable expresión fue sustituida por la palabra "abusos". Bush y Blair hablaron de "errores". Los periodistas de la CNN y de otros medios masivos no pudieron utilizar la palabra prohibida.

Años antes, para que los prisioneros palestinos fueran legalmente triturados, la Suprema Corte de Israel había autorizado "las presiones físicas moderadas". Los cursos de torturas que desde hace mucho tiempo reciben los oficiales latinoamericanos en la Escuela de las Américas se denominan "técnicas de interrogatorios". En el Uruguay, que fue campeón mundial en la materia durante los años de la dictadura militar, las torturas se llamaban, y se llaman todavía, "apremios ilegales".

Según Amnistía Internacional, la venta de aparatos de tortura en el mundo es un brillante negocio para unas cuantas empresas privadas de los Estados Unidos, Alemania, Taiwan, Francia y otros países, pero esos productos industriales son "medios de autodefensa" o

"material de control de la delincuencia".

•••

En cambio, sí mencionaron la palabra tortura, con todas sus letras, los encuestadores que interrogaron a la población de los Estados Unidos en el año 2001, poco después del derrumbe de las torres de Nueva York. Y casi la mitad de la población, el 45 por ciento, contestó que la tortura no le parecía mal "si se aplica contra los terroristas que se niegan a decir lo que saben".

Seis años antes, sin embargo, a nadie se le hubiera ocurrido torturar al terrorista Timothy McVeigh cuando se negó a dar los nombres de sus cómplices. La bomba que McVeigh puso en Oklahoma mató a 168 personas, incluyendo muchas mujeres y niños, pero él era blanco, no era musulmán y había sido condecorado en la primera guerra de Irak, donde aprendió a cocinar puré de gente.

•••

Contra el terrorismo, todo vale. Lo ha proclamado el presidente Bush, en mil ocasiones; y lo ha repetido el eco Blair. Ambos continúan brindando por el éxito de sus cruzadas. Siguen diciendo: "El mundo es ahora un lugar mucho más seguro", mientras el mundo estalla y cada día la violencia genera más violencia y más y más.

•••

Guantánamo es el símbolo del mundo que nos espera. Seiscientos sospechosos, algunos menores de edad, languidecen en ese campo de concen-

tración. No tienen ningún derecho. Ninguna ley los ampara. No tienen abogados, ni procesos, ni condenas. Nadie sabe nada de ellos, ellos no saben nada de nadie. Sobreviven en una base naval que los Estados Unidos usurparon a Cuba. Se supone que son terroristas. Si son o no son es un detalle que no tiene la menor importancia.

Allí fue donde el general Ricardo Sánchez ensayó treinta y dos formas de tortura, llamadas "tácticas de presión e intimidación", que luego implantó en las prisiones de Irak.

•••

Desde el derrumbe de las torres de Nueva York, la tortura viene recibiendo numerosos elogios. Se ha desencadenado un bombardeo de opiniones jurídicas y periodísticas abierta o veladamente favorables a este método institucional de violencia, aunque nunca, o casi nunca, lo llaman como se llama. Estas apologías de la infamia, que provienen del poder, o de fuentes cercanas, sostienen que la tortura es legítima para defender a la población desamparada ante las amenazas que acechan, porque hay medios de lucha de moralidad dudosa que resultan inevitables contra los inescrupulosos asesinos que practican el terrorismo y lo promueven y que jamás dicen la verdad.

Pero, si así fuera, ¿a quiénes habría que torturar? ¿Quiénes son los hombres que más han mentido en este siglo veintiuno? ¿Quiénes son los que más inocentes han matado, sin ningún escrúpulo, en sus guerras

terroristas de Afganistán y de Irak? ¿Quiénes son los que más han contribuido a la multiplicación del terrorismo en el mundo?

•••

Ahora abundan los sorprendidos y los indignados, pero la tortura no fue utilizada por error ni por casualidad contra la población iraquí. Las tropas de ocupación la emplearon como era costumbre, por órdenes muy superiores, a sabiendas de lo que hacían y de para qué lo hacían.

¿Para qué? No hay ninguna prueba de que la tortura haya servido nunca para evitar ni un solo atentado terrorista. En el caso de Irak, ni siquiera ha sido útil para capturar a ninguno de los prófugos importantes. El más, Saddam Hussein, no cayó gracias a la tortura sino gracias al dinero que compró a un soplón.

La tortura arranca informaciones de escasa utilidad y confesiones de improbable veracidad. Y sin embargo, es eficaz. Por eso se ha aplicado y se continúa aplicando: lo que es eficaz es bueno, según los valores que rigen el mundo. La tortura es eficaz para castigar herejías y humillar dignidades, y sobre todo es eficaz para sembrar el miedo. Bien lo sabían los monjes de la Santa Inquisición y bien lo saben los jefes guerreros de las aventuras imperiales de nuestro tiempo: el poder no emplea la tortura para proteger a la población, sino para aterrorizarla.

¿Será tan eficaz como el poder cree que es?

Publicado el 4 de julio de 2004.

Por Eduardo Galeano

Nació en prisión esta aventura de la libertad. En la cárcel de Sevilla, “donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace habitación”, fue engendrado Don Quijote de la Mancha. El papá estaba preso por deudas.

Exactamente tres siglos antes, Marco Polo había dictado su libro de viajes en la cárcel de Génova, y sus compañeros de prisión habían escuchado, y escuchándolo habían viajado.

Cervantes se propuso escribir una parodia de las novelas de caballería. Ya nadie, o casi nadie, las leía. Estaban pasadas de moda. La tomadura de pelo fue un esfuerzo digno de mejor causa. Y sin embargo, esa inútil aventura literaria resultó mucho más que su proyecto original, viajó más lejos y más alto y se convirtió en la novela más popular de todos los tiempos y de todas las lenguas.

Merece gratitud eterna el caballero de la triste figura. A don Quijote los libros de caballería le habían quemado la cabeza, pero él, que se perdió por leer, salva a quienes lo leemos. Nos salva de la solemnidad y del aburrimiento.

Famosos estereotipos: don Quijote y Sancho Panza, el caballero y su escudero, la locura y la cordura, el soñador hidalgo con la cabeza en las nubes y el labriego rústico de pata en tierra.

Es verdad que don Quijote se vuelve loco de remate cada vez que monta a Rocinante, pero cuando desmonta suele decir frases que vienen del más puro sentido común, y en ocasiones pareciera que se hace el loco sólo por cumplir con el autor o el lector. Y Sancho Panza, el ramplón, el bruto, sabe ejercer con ejemplar sutileza su gobierno de la ínsula de Barataria.

Don Quijote de las paradojas



Tan frágil que parecía y fue el más duradero. Cada día cabalga con más ganas, y no sólo por la manchega llanura. Tentado por los caminos del mundo, el personaje se escapa del autor y en sus lectores se transfigura. Y entonces hace lo que no hizo, y dice lo que no dijo.

Don Quijote jamás pronunció la más famosa de sus frases. “Ladrán, Sancho, señal que cabalgamos” no figura en la obra de Cervantes. ¿Qué anónimo lector habrá sido el autor?

Metido en su armadura de latón, montado en su rocín hambriento, don Quijote parece destinado a la derrota y al ridículo.

Este delirante se cree personaje de novela de caballería y cree que las novelas de caballería son libros de historia. Sin embargo, no siempre cae despatarrado en sus lances imposibles, y a veces hasta aplica honrosas tundas a los enemigos que enfrenta o inventa. Y ridículo es, qué duda cabe, pero entrañablemente ridículo. Cree el niño que una escoba es un caballo, mientras el juego dura, y mientras dura la lectura los lectores acompañamos y

compartimos los andares estafalarios de don Quijote.

Reímos de él, sí, pero mucho más reímos con él.

“No te tomes en serio nada que no te haga reír”, me aconsejó alguna vez un amigo brasileño. Y el lenguaje popular se toma en serio los delirios de don Quijote y expresa la dimensión heroica que la gente ha otorgado a este antihéroe. Hasta el Diccionario de la Real Academia Española lo reconoce así. Quijotada es, según el diccionario, “la acción propia de un quijote” y quijote es aquel que “anteponer sus ideales a su conveniencia y obra desinteresada y comprometidamente en defensa de causas que considera justas, sin conseguirlo”.

Dos veces pidió Cervantes empleo en América, y dos veces fue rechazado. Algunas versiones dicen que era dudosa su limpieza de sangre. Los estatutos prohibían viajar a las colonias americanas a quien llevara en sus venas glóbulos judíos, musulmanes o heréticos, que se transmitían a lo largo de no menos de siete generaciones.

Quizá la sospecha de algún abuelo o bisabuelo que fuera judío converso explica la respuesta oficial a las solicitudes de Cervantes: “Busque por acá en qué se le haga merced”.

El no pudo venir a América. Pero su hijo, don Quijote, sí. Y en América le fue de lo más bien.

En 1965, el Che Guevara escribió la última carta a sus padres.

Para decirles adiós, no citó a Marx. Escribió: “Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante. Vuelvo al camino con mi adarga al brazo”.

En sus malandanzas, evocaba don Quijote la edad dorada, cuando todo era común y no había tuyo ni mío. Después, decía, habían empezado los abusos, y por eso había sido necesario que salieran al camino los caballeros andantes, para defender a las doncellas, amparar a las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos.

El poeta León Felipe creía que los ojos y la conciencia de don Quijote “ven y organizan el mundo no como es, sino como debiera

ser. Cuando don Quijote toma al ventero ladrón por un caballero cortés y hospitalario, a las prostitutas descaradas por doncellas hermosísimas, la venta por un albergue decoroso, el pan negro por pan candéal y el silbo del capador por una música acogedora, dice que en el mundo no debe haber ni hombres ladrones ni amor mercenario ni comida escasa ni albergue oscuro ni música horrible”.

Unos años antes de que Cervantes inventara a su febril justiciero, Tomás Moro había contado la utopía. En el libro de Tomás Moro, *Utopía*, u-topía significaba no-lugar. Pero quizás ese reino de la fantasía encuentra lugar en los ojos que lo adivinan, y en ellos encarna. Bien decía George Bernard Shaw que hay quienes observan la realidad tal cual es y se preguntan por qué, y hay quienes imaginan la realidad como jamás ha sido y se preguntan por qué no.

Está visto, y los ciegos lo ven, que cada persona contiene otras personas posibles, y cada mundo contiene su contramundo. Esa promesa escondida, el mundo que necesitamos, no es menos real que el mundo que conocemos y padecemos.

Bien lo saben, bien lo viven, los aporreados que todavía cometen la locura de volver al camino, una vez y otra y otra, porque siguen creyendo que el camino es un desafío que espera, y porque siguen creyendo que desfacer agravios y enderezar entuertos es un disparate que vale la pena.

Ayuda lo imposible a que lo posible se abra paso. Por decirlo en términos de la farmacia de don Quijote: tan mágico es este bálsamo de Fierabrás, que a veces nos salva de la maldición del fatalismo y de la peste de la desesperanza.

¿No es ésta, al fin y al cabo, la gran paradoja del viaje humano en el mundo? Navega el navegante, aunque sepa que jamás tocará las estrellas que lo guían.

Publicado el 13 de febrero de 2005.

JUEVES 26 DE MAYO DE 2016

¿QUERÉS IR AL BANCO EN PANTUFLAS?

BANCO Hipotecario

CONCEDIDO

HOME BANKING

BANCO HIPOTECARIO S.A. - CUIT N°30-50001107-2 - RECONQUISTA 151 (1003) CABA.

La segunda fundación de Bolivia



Por Eduardo Galeano

El 22 de enero del año 2002, Evo fue expulsado del Paraíso.

O sea: el diputado Morales fue echado del Parlamento.

El 22 de enero del año 2006, en ese mismo lugar de pomposo aspecto, Evo Morales fue consagrado presidente de Bolivia.

O sea: Bolivia empieza a enterarse de que es un país de mayoría indígena.

Cuando la expulsión, un diputado indio era más raro que perro verde.

Cuatro años después, son

muchos los legisladores que mascan coca, milenaria costumbre que estaba prohibida en el sagrado recinto parlamentario.

...

Mucho antes de la expulsión de Evo, ya los suyos, los indígenas, habían sido expulsados de la nación oficial. No eran hijos de Bolivia: eran no más que su mano de obra. Hasta hace poco más de medio siglo, los indios no podían votar ni caminar por las veredas de las ciudades.

Con toda razón, Evo ha dicho, en su primer discurso presidencial, que los indios no fue-

ron invitados, en 1825, a la fundación de Bolivia.

Esa es también la historia de toda América, incluyendo a los Estados Unidos. Nuestras naciones nacieron mentidas. La independencia de los países americanos fue desde el principio usurpada por una muy minoritaria minoría. Todas las primeras Constituciones, sin excepción, dejaron afuera a las mujeres, a los indios, a los negros y a los pobres en general.

La elección de Evo Morales es, al menos en este sentido, equivalente a la elección de Michelle Bachelet. Evo y Eva. Por primera vez un indígena presidente en Bolivia, por primera vez una mujer presidente en Chile. Y lo mismo se podría decir del Brasil, donde por primera vez es negro el ministro de Cultura. ¿Acaso no tiene raíces africanas la cultura que ha salvado al Brasil de la tristeza?

En estas tierras, enfermas de racismo y de machismo, no faltará quien crea que todo esto es un escándalo.

Escandaloso es que no haya ocurrido antes.

...

Cae la máscara, la cara asoma, y la tormenta arrecia.

El único lenguaje digno de fe es el nacido de la necesidad de decir. El más grave defecto de Evo consiste en que la gente le cree, porque transmite autenticidad hasta cuando hablando castellano, que no es su lengua de origen, comete algún errorcito.

Lo acusan de ignorancia los doctores que ejercen la maestría de ser ecos de voces ajenas. Los vendedores de promesas lo acusan de demagogia. Lo acusan de caudillismo los que en América impusieron un Dios único, un rey único y una verdad única. Y tiemblan de pánico los asesinos de indios, temerosos de que sus víctimas sean como ellos.

...

Bolivia parecía ser no más que el seudónimo de los que en Bolivia mandaban, y que la exprimían mientras cantaban el himno. Y la humillación de los indios, hecha costumbre, parecía un destino.

Pero en los últimos tiempos, meses, años, este país vivía en perpetuo estado de insurrección popular. Ese proceso de continuos alzamientos, que dejó un reguero de muertos, culminó con la guerra del gas, pero venía de antes. Venía de antes y siguió después, hasta la elección de Evo contra viento y marea. Con el gas boliviano se estaba repitiendo una antigua historia de tesoros robados a lo largo de más de cuatro siglos, desde mediados del siglo dieciséis:

la plata de Potosí dejó una montaña vacía,
el salitre de la costa del Pacífico dejó un mapa sin mar,
el estaño de Oruro dejó una multitud de viudas.

Eso, y sólo eso, dejaron.

...

Las pobladas de estos últimos años fueron acibilladas a bala-

zos, pero evitaron que el gas se evaporara en manos ajenas,

desprivatizaron el agua en Cochabamba y La Paz,

voltearon gobiernos gobernados desde afuera,

y dijeron no al impuesto al salario y a otras sabias órdenes del Fondo Monetario Internacional.

Desde el punto de vista de los medios civilizados de comunicación, esas explosiones de dignidad popular fueron actos de barbarie. Mil veces lo he visto, leído, escuchado: Bolivia es un país incomprendible, ingobernable, intratable, inviable. Los periodistas que lo dicen y lo repiten se equivocan de in: deberían confesar que Bolivia es, para ellos, un país invisible.

...

Nada tiene de raro. Esa ceguera no es solamente una mala costumbre de extranjeros arrogantes. Bolivia nació ciega de sí, porque el racismo echa telarañas en los ojos, y por cierto que no faltan los bolivianos que prefieren verse con los ojos que los desprecian.

Pero por algo será que la bandera indígena de los Andes rinde homenaje a la diversidad del mundo. Según la tradición, es una bandera nacida del encuentro del arcoiris hembra con el arcoiris macho. Y este arcoiris de la tierra, que en lengua nativa se llama tejido de la sangre que flama, tiene más colores que el arcoiris del cielo.

Publicado el 28 de enero de 2006.

conadu
Federación Nacional de
Docentes Universitarios

CTA
de los trabajadores

El 26 de mayo de 1987 nació una nueva cultura periodística que modificaría la relación de la sociedad con la memoria y los derechos humanos. En estos 29 años, Página 12 se ha asociado con el fortalecimiento de la democracia a partir del ejercicio de un periodismo comprometido con la plena vigencia y ampliación de la discusión política sobre el rumbo de nuestro país y el mundo. En esta ocasión, la CONADU, Federación Nacional de Docentes Universitarios, celebra el aniversario de un diario que también ha aportado a los debates sobre la universidad que queremos. Y también ha demostrado, en la cobertura de Página 12, sobre el importante y masivo conflicto, que los universitarios y sus organizaciones sindicales, hemos protagonizado en las últimas semanas.

Pedro Sanllorenti
Secretario General CONADU

Veronica Bethencourt
Secretaria Adjunta CONADU

Por Eduardo Galeano

En el escenario de la corrida, un ataque de locura. En un templo consagrado a la adoración del fútbol y al respeto de sus reglas, donde la Coca-Cola regala felicidad, Master Card otorga prosperidad y Hyundai brinda velocidad, se disputan los últimos minutos del último partido del campeonato mundial.

Este es, también, el último partido del mejor jugador, el más admirado, el más querido, que está diciendo adiós al fútbol. Los ojos del mundo están puestos en él. Y súbitamente este rey de la fiesta se convierte en un toro furioso y embiste a un rival y lo voltea, de un cabezazo al pecho, y se va.

Se va echado por el árbitro y despedido por la rechifla del público, que iba a ser una ovación. Y no sale por la puerta grande, sino por el triste túnel que conduce a los vestuarios.

En el camino, pasa junto a la copa de oro reservada al equipo campeón. El ni la mira.



Cuando este Mundial empezó, los expertos dijeron que Zinedine Zidane estaba viejo.

Mariano Pernía, el argentino que juega en la selección española, comentó:

—Viejo es el viento, y sigue soplando.

Y Francia derrotó a España y Zidane fue, en ese partido y en los partidos siguientes, el más joven de todos.

Después, al fin del campeonato, cuando ocurrió lo que ocurrió, fue fácil atacar al malo de la película. Pero era, y sigue siendo, difícil comprenderlo. ¿Será verdad? ¿No será una pesadilla, un sueño equivocado? ¿Cómo pudo abandonar a los suyos cuando más lo necesitaban? Horacio Elizondo, el árbitro, le sacó la roja con toda razón, pero ¿por qué Zidane hizo lo que hizo?

Según parece, el zaguero italiano Marco Materazzi le ofreció algunos de esos insultos que los energúmenos suelen chillar desde las tribunas de los estadios. Zidane, musulmán, hijo de argelinos, había aprendido a defenderse, allá en la infancia, cuando recibía ataques así en los suburbios pobres de Marsella. Conoce bien esos insultos, pero le duelen como la primera vez; y sus enemigos saben que la provocación funciona. Más de una vez le han hecho perder los estribos de esta sucia manera, y Materazzi no es, que digamos, famoso por su limpieza.

Este Mundial estuvo signado por las consignas que las selecciones enarbolaban, al comienzo de los partidos, contra la peste universal del racismo, y Zidane, militante de esa causa, fue uno de los jugadores que lo hizo posible.

El tema arde. En vísperas del torneo, el dirigente político francés Jean-Marie Le Pen proclamó



El Mundial de Zidane

que Francia no se reconocía en sus jugadores, porque eran casi todos negros y porque su capitán, el árabe éste, no cantaba el himno. El vicepresidente del Senado italiano, Roberto Calderoli, le hizo eco opinando que la selección francesa estaba compuesta por negros, islamistas y comunistas, que preferían la Internacional a la Marsellesa y la Meca a Belén. Algún tiempo antes, el entrenador de la selección española, Luis Aragonés, había llamado negro de mierda al jugador francés Thierry Henry, y el presidente perpetuo del fútbol sudamericano, Nicolás Leoz, presentó su autobiografía diciendo que él había nacido en un pueblo donde vivían quinientas personas y tres mil indios.



Pero, ¿se puede reducir a un insulto, o a varios insultos, esta tragedia del ganador que elige ser perdedor, el astro que renuncia a la gloria cuando la está rozando con la mano?

Quizá, quién sabe, esa loca embestida fue, aunque Zidane no lo quisiera ni lo supiera, un rugido de impotencia.

Quizá fue un rugido de impotencia contra los insultos, los codazos, las escupidas, las pataditas arteras, las simulaciones de los expertos en revolcones, maestros del ay de mí, y contra las artes de teatro de los farsantes que te matan y ponen cara de yo no fui.

O quizá fue un rugido de impotencia contra el éxito arrollador del fútbol feo, contra la mezquindad, la cobardía y la avaricia del fútbol que la globalización, enemiga de la diversidad, nos está imponiendo. Al fin y al cabo, a medida que el campeonato

avanzaba, se iba haciendo cada vez más claro que Zidane no era de este circo. Y sus artes de magia, su señorío, su melancólica elegancia, merecían el fracaso, así como el mundo de nuestro tiempo, que fabrica en serie los modelos del éxito, merecía este mediocre campeonato mundial.



Y de alguna manera también se puede decir que Italia merecía la Copa, porque todas las selecciones, quién más, quién menos, jugaron a la italiana y con el mismo esquema de juego, línea de cuatro atrás, defensa cerrada y goles robados por contraataque.

Se impuso Italia, como tenía que ser. Al fin y al cabo, el cerrojo, el catenaccio, le ha dado muchos bostezos, pero también le ha dado cuatro trofeos mundiales. Y a lo largo de esta cuarta victoria sólo recibió dos goles, uno en contra y otro de penal, y en la retaguardia, no en la vanguardia, tuvo sus mejores jugadores: Buffon, arquero, y Cannavaro, zaguero.

Ocho jugadores de la Juventus llegaron a la final en Berlín: cinco jugando por Italia y tres por Francia. Y se dio la casualidad de que la Juventus era la escuadra más comprometida en los chanchullos que se destaparon poco antes del Mundial. De las manos limpias a los pies limpios: la justicia italiana parecía decidida a mandar al exilio, a la serie B y a la serie C, a los clubes más poderosos, incluyendo a la Lazio, a la Fiorentina y al Milan del virtuoso Silvio Berlusconi, que practicó el fraude y la impunidad en el fútbol, en los negocios y en el gobierno. Los jueces comprobaron toda una colección de trapi-

sondas, compra de árbitros, compra de periodistas, falsificación de contratos, adulteración de balances, reparto de posiciones en la liga italiana, manipulación de los programas de la tele.

Un ministro del gobierno anunció la amnistía si Italia ganaba el Mundial. Italia ganó. ¿Quedará todo en la nada, una vez más y como siempre? A Zidane el juez lo echó por mucho menos.



Alguien, no sé quién, supo resumir así esta Copa 2006:

—Los jugadores tienen una conducta ejemplar. No beben, no fuman, no juegan.

Los que de vez en cuando embocaban al arco, no jugaban lindo, y los que jugaban lindo nunca embocaban al arco. Toda el Africa quedó afuera, desde temprano, y al rato nomás también marchó al exilio toda América latina.

El campeonato mundial se convirtió en una eurocopa.

Los resultados recompensaban esto que ahora llaman sentido práctico: altos muros defensivos y adelante algún goleador, un Llanero Solitario, implorando un favorcito de Dios. Como suele ocurrir en el fútbol y en la vida, pierde el que mejor juega y gana el que juega a no perder.

Los penales ayudaron a la injusticia. Hasta 1968, los partidos difíciles se definían al vuelo de una moneda. De alguna manera, así sigue siendo. Concluido el alargue, los penales se parecen demasiado al capricho del azar. Argentina fue más que Alemania y Francia más que Italia, pero unos pocos segundos pudieron más que dos horas de juego y Ar-

gentina tuvo que volverse a casa y Francia perdió la Copa.



Poca fantasía se vio. Los artistas dejaron lugar a los levantadores de pesas y a los corredores olímpicos, que al pasar pateaban una pelota o un rival.

Tan aburrido resultó el Mundial que los dueños del negocio no han tenido más remedio que ponerse a imaginar proyectos para inyectar entusiasmo al decaído espectáculo. Una de las ideas nacidas en el seno de la FIFA propone castigar el empate con cero puntos. Otra sugiere agrandar los arcos para aumentar los goles. Y otra, si no te gusta la sopa dos platos, proyectan una Copa cada dos años.

Pero el fútbol profesional, espejo del mundo, juega por ganar, no por disfrutar, y el cálculo de costos se burla de estas inútiles piruetas imaginarias de los burócratas que comandan el fútbol mundial.

Menos mal que el fútbol profesional no es todo el fútbol. Basta con asomarse a las calles, a las playas, a los campitos, para comprobar que todavía la pelota puede rodar con alegría.

En el fútbol profesional, el que sale en la tele, poca alegría se ve. Parecemos condenados a la nostalgia del viejo tiempo de los cinco forwards, y a la triste comprobación de que ahora nos queda uno solo, y al paso que vamos ni uno quedará: todos atrás, nadie adelante.

Como ha comprobado el zoólogo Roberto Fontanarrosa, el delantero y el oso panda son especies en extinción.

Publicado el 16 de julio de 2006.

JUEVES 26 DE MAYO DE 2016

Por Eduardo Galeano

Obama probará, desde el gobierno, que sus amenazas guerreras contra Irán y Pakistán fueron no más que palabras, proclamadas para seducir oídos difíciles durante la campaña electoral?

Ojalá. Y ojalá no caiga ni por un momento en la tentación de repetir las hazañas de George W. Bush. Al fin y al cabo, Obama tuvo la dignidad de votar contra la guerra de Irak, mientras el Partido Demócrata y el Partido Republicano ovacionaban el anuncio de esa carnicería.

Durante su campaña, la palabra leadership fue la más repetida en los discursos de Obama. Durante su gobierno, ¿continuará creyendo que su país ha sido elegido para salvar el mundo, tóxica idea que comparte con casi todos sus colegas? ¿Seguirá insistiendo en el liderazgo mundial de los Estados Unidos y su mesiánica misión de mando?

Ojalá esta crisis actual, que está sacudiendo los cimientos imperia-

Ojalá

romper con esa tradición del partido único, disfrazado de dos que a la hora de la verdad hacen más o menos lo mismo aunque simulen que se pelean.

¿Obama cumplirá su promesa de cerrar la siniestra cárcel de Guantánamo?

Ojalá, y ojalá acabe con el siniestro bloqueo de Cuba.

¿Obama seguirá creyendo que está muy bien que un muro evite que los mexicanos atraviesen la frontera, mientras el dinero pasa sin que nadie le pida pasaporte?

Durante la campaña electoral, Obama nunca enfrentó con franqueza el tema de la inmigración. Ojalá a partir de ahora, cuando ya no corre el peligro de espantar votos, pueda y quiera acabar con ese muro, mucho más largo y bochornoso que el Muro de Berlín, y con todos los muros que violan el derecho a la libre circulación de las personas.



les, sirva al menos para dar un baño de realismo y de humildad a este gobierno que comienza.

¿Obama aceptará que el racismo sea normal cuando se ejerce contra los países que su país invade? ¿No es racismo contar uno por uno los muertos invasores en Irak y olímpicamente ignorar los muchísimos muertos en la población invadida? ¿No es racista este mundo donde hay ciudadanos de primera, segunda y tercera categoría, y muertos de primera, segunda y tercera?

La victoria de Obama fue universalmente celebrada como una batalla ganada contra el racismo. Ojalá él asuma, desde sus actos de gobierno, esa hermosa responsabilidad.

¿El gobierno de Obama confirmará, una vez más, que el Partido Demócrata y el Partido Republicano son dos nombres de un mismo partido?

Ojalá la voluntad de cambio, que estas elecciones han consagrado, sea más que una promesa y más que una esperanza. Ojalá el nuevo gobierno tenga el coraje de

¿Obama, que con tanto entusiasmo apoyó el reciente regalito de setecientos cincuenta mil millones de dólares a los banqueros, gobernará, como es costumbre, para socializar las pérdidas y para privatizar las ganancias?

Me temo que sí, pero ojalá que no.

¿Obama firmará y cumplirá el compromiso de Kyoto, o seguirá otorgando el privilegio de la impunidad a la nación más envenenadora del planeta? ¿Gobernará para los autos o para la gente?

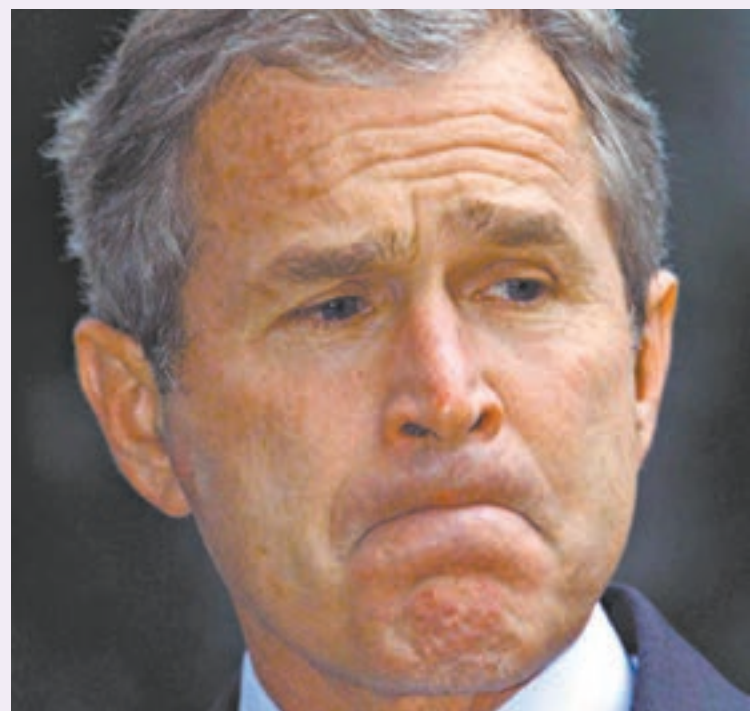
¿Podrá cambiar el rumbo asesino de un modo de vida de pocos que se rifan el destino de todos?

Me temo que no, pero ojalá que sí.

¿Obama, primer presidente negro de la historia de los Estados Unidos, llevará a la práctica el sueño de Martin Luther King o la pesadilla de Condoleezza Rice?

Esta Casa Blanca, que ahora es su casa, fue construida por esclavos negros. Ojalá no lo olvide, nunca.

Publicado el 6 de noviembre de 2008.



Disculpen la molestia

Por Eduardo Galeano

Quiero compartir algunas preguntas, moscas que me zumban en la cabeza. ¿Es justa la justicia? ¿Está parada sobre sus pies la justicia del mundo al revés?

El zapatista de Irak, el que arrojó los zapatazos contra Bush, fue condenado a tres años de cárcel. ¿No merecía, más bien, una condecoración?

¿Quién es el terrorista? ¿El zapatista o el zapateado? ¿No es culpable de terrorismo el serial killer que mintiendo inventó la guerra de Irak, asesinó a un gentío y legalizó la tortura y mandó aplicarla?

¿Son culpables los pobladores de Atenco, en México, o los indígenas mapuches de Chile, o los kekchíes de Guatemala, o los campesinos sin tierra de Brasil, acusados todos de terrorismo por defender su derecho a la tierra? Si sagrada es la tierra, aunque la ley no lo diga, ¿no son sagrados, también, quienes la defienden?

Según la revista Foreign Policy, Somalia es el lugar más peligroso de todos. Pero, ¿quiénes son los piratas? ¿Los muertos de hambre que asaltan barcos o los especuladores de Wall Street, que llevan años asaltando el mundo y ahora reciben multimillonarias recompensas por sus afanes?

¿Por qué el mundo premia a quienes lo desvalijan?

¿Por qué la justicia es ciega de un solo ojo? Wal Mart, la empresa más poderosa de todas, prohíbe los sindicatos. McDonald's, también. ¿Por qué estas empresas violan, con delincuente impunidad, la ley internacional? ¿Será porque en el mundo de nuestro tiempo el trabajo vale menos que la basura y menos todavía valen los derechos de los trabajadores?

¿Quiénes son los justos y quiénes los injustos? Si la justicia internacional de veras existe, ¿por qué nunca juzga a los poderosos? No van presos los autores de las más feroces carnicerías. ¿Será porque son ellos quienes tienen las llaves de las cárceles?

¿Por qué son intocables las cinco potencias que tienen derecho de veto en las Naciones Unidas? ¿Ese derecho tiene origen divino? ¿Velan por la paz los que hacen el negocio de la guerra? ¿Es justo que la paz mundial esté a cargo de las cinco potencias que son las principales productoras de armas? Sin despreciar a los narcotraficantes, ¿no es éste también un caso de "crimen organizado"?

Pero no demandan castigo contra los amos del mundo los clamores de quienes exigen, en todas partes, la pena de muerte. Faltaba más. Los clamores claman contra los asesinos que usan navajas, no contra los que usan misiles.

Y uno se pregunta: ya que esos justicieros están tan locos de ganas de matar, ¿por qué no exigen la pena de muerte contra la injusticia social? ¿Es justo un mundo que cada minuto destina tres millones de dólares a los gastos militares, mientras cada minuto mueren quince niños por hambre o enfermedad curable? ¿Contra quién se arma, hasta los dientes, la llamada comunidad internacional? ¿Contra la pobreza o contra los pobres?

¿Por qué los fervorosos de la pena capital no exigen la pena de muerte contra los valores de la sociedad de consumo, que cotidianamente atentan contra la seguridad pública? ¿O acaso no invita al crimen el bombardeo de la publicidad que aturde a millones y millones de jóvenes desempleados, o mal pagados, repitiéndoles noche y día que ser es te-

ner, tener un automóvil, tener zapatos de marca, tener, tener, y quien no tiene, no es?

¿Y por qué no se implanta la pena de muerte contra la muerte? El mundo está organizado al servicio de la muerte. ¿O no fabrica muerte la industria militar, que devora la mayor parte de nuestros recursos y buena parte de nuestras energías? Los amos del mundo sólo condenan la violencia cuando la ejercen otros. Y este monopolio de la violencia se traduce en un hecho inexplicable para los extraterrestres, y también insoportable para los terrestres que todavía queremos, contra toda evidencia, sobrevivir: los humanos somos los únicos animales especializados en el exterminio mutuo, y hemos desarrollado una tecnología de la destrucción que está aniquilando, de paso, al planeta y a todos sus habitantes.

Esa tecnología se alimenta del miedo. Es el miedo quien fabrica los enemigos que justifican el derroche militar y policial. Y en tren de implantar la pena de muerte, ¿qué tal si condenamos a muerte al miedo? ¿No sería sano acabar con esta dictadura universal de los asustadores profesionales? Los sembradores de pánicos nos condenan a la soledad, nos prohíben la solidaridad: sálvese quien pueda, aplastaos los unos a los otros, el prójimo es siempre un peligro que acecha, ojo, mucho cuidado, éste te robará, aquél te violará, ese cochecito de bebé esconde una bomba musulmana y si esa mujer te mira, esa vecina de aspecto inocente, es seguro que te contagia la peste porcina.

En el mundo al revés, dan miedo hasta los más elementales actos de justicia y sentido común. Cuando el presidente Evo Morales inició la refundación de Bolivia, para que este país de mayoría indígena dejara de tener vergüenza de mirarse al espejo, provocó pánico. Este desafío era catastrófico desde el punto de vista del orden racista tradicional, que decía ser el único orden posible: Evo era, traía el caos y la violencia, y por su culpa la unidad nacional iba a estallar, rota en pedazos. Y cuando el presidente ecuatoriano Correa anunció que se negaba a pagar las deudas no legítimas, la noticia produjo terror en el mundo financiero y el Ecuador fue amenazado con terribles castigos, por estar dando tan mal ejemplo. Si las dictaduras militares y los políticos ladrones han sido siempre mimados por la banca internacional, ¿no nos hemos acostumbrado ya a aceptar como fatalidad del destino que el pueblo pague el garrote que lo golpea y la codicia que lo saquea?

Pero, ¿será que han sido divorciados para siempre jamás el sentido común y la justicia?

¿No nacieron para caminar juntos, bien pegaditos, el sentido común y la justicia?

¿No es de sentido común, y también de justicia, ese lema de

las feministas que dicen que si nosotros, los machos, quedáramos embarazados, el aborto sería libre? ¿Por qué no se legaliza el derecho al aborto? ¿Será porque entonces dejaría de ser el privilegio de las mujeres que pueden pagarlo y de los médicos que pueden cobrarlo?

Lo mismo ocurre con otro escandaloso caso de negación de la justicia y el sentido común: ¿por qué no se legaliza la droga? ¿Acaso no es, como el aborto, un tema de salud pública? Y el país que más drogadictos contiene, ¿qué autoridad moral tiene para condenar a quienes abastecen su demanda? ¿Y por qué los grandes medios de comunicación, tan consagrados a la guerra contra el flagelo de la droga, jamás dicen que proviene de Afganistán casi toda la heroína que se consume en el mundo? ¿Quién manda en Afganistán? ¿No es ese un país militarmente ocupado por el mesiánico país que se atribuye la misión de salvarnos a todos?

¿Por qué no se legalizan las drogas de una buena vez? ¿No será porque brindan el mejor pretexto para las invasiones militares, además de brindar las más jugosas ganancias a los grandes bancos que en las noches trabajan como lavanderías?

Ahora el mundo está triste porque se venden menos autos. Una de las consecuencias de la crisis mundial es la caída de la próspera industria del automóvil. Si tuviéramos algún resto de sentido común, y aliguito de sentido de la justicia ¿no tendríamos que celebrar esa buena noticia? ¿O acaso la disminución de los automóviles no es una buena noticia, desde el punto de vista de la naturaleza, que estará un poquito menos envenenada, y de los peatones, que morirán un poquito menos?

Según Lewis Carroll, la Reina explicó a Alicia cómo funciona la justicia en el país de las maravillas:

—Ahí lo tienes —dijo la Reina—. Está encerrado en la cárcel, cumpliendo su condena; pero el juicio no empezará hasta el próximo miércoles. Y por supuesto, el crimen será cometido al final.

En El Salvador, el arzobispo Oscar Arnulfo Romero comprobó que la justicia, como la serpiente, sólo muerde a los descalzos. El murió a balazos, por denunciar que en su país los descalzos nacían de antemano condenados, por delito de nacimiento.

El resultado de las recientes elecciones en El Salvador, ¿no es de alguna manera un homenaje? ¿Un homenaje al arzobispo Romero y a los miles que como él murieron luchando por una justicia justa en el reino de la injusticia?

A veces terminan mal las historias de la Historia; pero ella, la Historia, no termina. Cuando dice adiós, dice hasta luego.

Publicado el 8 de mayo de 2009.

Palabras para las vísperas



Por Eduardo Galeano

Hoy el pueblo uruguayo elige nuevo gobierno. Al mismo tiempo, en las mismas urnas, se somete a plebiscito la posibilidad de liberarnos de dos palos metidos en la rueda de la democracia.

Uno de esos palos es el que impide el voto por correo de los uruguayos que viven en el extranjero. La ley electoral, ciega de ceguera burocrática, confunde la identidad con el domicilio. Dime dónde vives y te diré quién eres. Los uruguayos de la patria peregrina, en su mayoría jóvenes, no tienen derecho de voto si no pueden pagarse el pasaje. Nuestro país, país de viejos, no sólo ha castigado a los jóvenes durante años, negándoles trabajo y obligándolos al exilio, sino que además les sigue negando el ejercicio del más elemental de los derechos democráticos. Nadie se va porque quiere. Los que se han ido, ¿son traidores? ¿Es traidor uno de cada cinco uruguayos? ¿Traidor o traicionado?

Ojalá los uruguayos acabemos de una vez con esta discriminación que nos mutila.

Y ojalá acabemos también con otra discriminación todavía peor, la ley de impunidad, *Ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado*, bautizada con ese nombre rocambolesco por los especialistas en el arte de no llamar a las cosas por su nombre.

La Corte Suprema de Justicia acaba de dictaminar que esa ley viola la Constitución. Desde mucho tiempo antes se sabía que también viola nuestra dignidad nacional y nuestra vocación democrática. Es una triste herencia de la dictadura militar que nos ha condenado al pago de sus deudas y al olvido de sus crímenes.

Sin embargo, hace veinte años, esta ley infame fue confirmada por un plebiscito popular. Algunos de los impulsores de aquel plebiscito estamos reincidiendo ahora, y a mucha honra: perdimos, por muy poco pero perdimos, y no nos arrepentimos. Creemos que aquella derrota nuestra fue en gran medida dictada por el miedo, un bombardeo publicitario que identificaba a la Justicia con la venganza y anunciaba el apocalipsis, larga sombra de la dictadura que no quería irse; y creemos que

nuestro país ha demostrado, en estos primeros años de gobierno del Frente Amplio, que ya no es aquel país que el miedo paralizaba.

Eso creemos, digo, y ojalá no me equivoque.

Ojalá triunfe el sentido común. El sentido común nos dice que la impunidad estimula al delincuente. El golpe de Estado en Honduras no ha hecho más que confirmarlo. ¿Quién puede sorprenderse de que los militares hondureños hayan hecho lo que han venido haciendo desde hace muchos años, con el entrenamiento del Pentágono y el visto bueno de la Casa Blanca?

La lucha contra la impunidad, impunidad de los poderes y los poderitos, se está desarrollando en los cuatro puntos cardinales del mundo. Ojalá nosotros podamos contribuir a desenmascarar a los defensores de la impunidad, que hipócritamente ponen el grito en el cielo ante la inseguridad pública, aunque bien saben que los ladrones de gallinas y los navajeros de barrio son buenos alumnos de los banqueros y los generales recompensados por sus hazañas criminales.

Ojalá hoy la mayoría de los votos confirme nuestra fe en una democracia sin coronitas, ni las coronitas del uniforme militar, ni las coronitas del dinero.

Ojalá podamos envolver esta ley en papel celofán, en un paquete bien atado, con moño y todo, para enviársela de regalo a Silvio Berlusconi. Este gran mago de la impunidad universal, que ha atravesado más de sesenta procesos y no conoce la cárcel ni siquiera de visita, nos agradecerá el obsequio y seguramente sabrá encontrarle alguna utilidad.

Ojalá.

Lo único seguro es que, pase lo que pase, la historia continuará, y continuará el incesante combate entre la libertad y el miedo.

Yo suelo invocar una palabra, una palabra mágica, una palabra abrepuertas, que es, quizá, la más universal de todas. Es la palabra *abracadabra*, que en hebreo antiguo significa: *Envía tu fuego hasta el final*.

Y pase lo que pase, seguirán ardiendo los caminantes de la justicia. De puro porfiados.

Publicado el 25 de noviembre de 2009.

Haití, país ocupado

Por Eduardo Galeano *

Consulte usted cualquier enciclopedia. Pregunte cuál fue el primer país libre en América. Recibirá siempre la misma respuesta: los Estados Unidos. Pero los Estados Unidos declararon su independencia cuando eran una nación con seiscientos cincuenta mil esclavos, que siguieron siendo esclavos durante un siglo, y en su primera Constitución establecieron que un negro equivalía a las tres quintas partes de una persona.

Y si a cualquier enciclopedia pregunta usted cuál fue el primer país que abolió la esclavitud, recibirá siempre la misma respuesta: Inglaterra. Pero el primer país que abolió la esclavitud no fue Inglaterra sino Haití, que todavía sigue expiando el pecado de su dignidad.

Los negros esclavos de Haití habían derrotado al glorioso ejército de Napoleón Bonaparte y Europa nunca perdonó esa hu-

Merece mucho más que la notoriedad nacida de sus desgracias.

Actualmente, los ejércitos de varios países, incluyendo el mío, continúan ocupando Haití. ¿Cómo se justifica esta invasión militar? Pues alegando que Haití pone en peligro la seguridad internacional.

Nada de nuevo.

Todo a lo largo del siglo diecinueve, el ejemplo de Haití constituyó una amenaza para la seguridad de los países que continuaban practicando la esclavitud. Ya lo había dicho Thomas Jefferson: de Haití provenía la peste de la rebelión. En Carolina del Sur, por ejemplo, la ley permitía encarcelar a cualquier marinero negro, mientras su barco estuviera en puerto, por el riesgo de que pudiera contagiar la peste antiesclavista. Y en Brasil, esa peste se llamaba *haitianismo*.

Ya en el siglo veinte, Haití fue invadido por los *marines*, por ser un país *inseguro para sus acreedo-*

años, las sectas evangélicas se encargan de la guerra contra la superstición en Haití. Esas sectas vienen de los Estados Unidos, un país que no tiene piso 13 en sus edificios, ni fila 13 en sus aviones, habitado por civilizados cristianos que creen que Dios hizo el mundo en una semana.

En ese país, el predicador evangélico Pat Robertson explicó en la televisión el terremoto del año 2010. Este pastor de almas reveló que los negros haitianos habían conquistado la independencia de Francia a partir de una ceremonia vudú, invocando la ayuda del Diablo desde lo hondo de la selva haitiana. El Diablo, que les dio la libertad, envió al terremoto para pasarles la cuenta.

¿Hasta cuándo seguirán los soldados extranjeros en Haití? Ellos llegaron para *estabilizar* y *ayudar*, pero llevan siete años desayudando y desestabilizando a este país que no los quiere.

La ocupación militar de Haití está costando a las Naciones Unidas más de ochocientos millones de dólares por año.

Si las Naciones Unidas destinaran esos fondos a la cooperación técnica y la solidaridad social, Haití podría recibir un buen impulso al desarrollo de su energía creadora. Y así se salvaría de sus salvadores armados, que tienen cierta tendencia a violar, matar y regalar enfermedades fatales.

Haití no necesita que nadie venga a multiplicar sus calamidades. Tampoco necesita la caridad de nadie. Como bien dice un antiguo proverbio africano, la mano que da está siempre arriba de la mano que recibe.

Pero Haití sí necesita solidaridad, médicos, escuelas, hospitales y una colaboración verdadera que haga posible el renacimiento de su soberanía alimentaria, asesinada por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otras sociedades filantrópicas.

Para nosotros, latinoamericanos, esa solidaridad es un deber de gratitud: será la mejor manera de decir gracias a esta pequeña gran nación que en 1804 nos abrió, con su contagioso ejemplo, las puertas de la libertad.

(Este artículo está dedicado a Guillermo Chifflet, que fue obligado a renunciar a la Cámara de Diputados del Uruguay cuando votó contra el envío de soldados a Haití.)

* Texto leído ayer por el escritor uruguayo en la Biblioteca Nacional en el marco de la mesa-debate "Haití y la respuesta latinoamericana", en la que participaron además Camille Chalmers y Jorge Coscia.

Publicado el 28 de agosto de 2011.



millación. Haití pagó a Francia, durante un siglo y medio, una indemnización gigantesca, por ser culpable de su libertad, pero ni eso alcanzó. Aquella insolencia negra sigue doliendo a los blancos amos del mundo.

res extranjeros. Los invasores empezaron por apoderarse de las aduanas y entregaron el Banco Nacional al City Bank de Nueva York. Y ya que estaban, se quedaron diecinueve años.

El cruce de la frontera entre la República Dominicana y Haití se llama *El mal paso*.

Quizás el nombre es una señal de alarma: está usted entrando en el mundo negro, la magia negra, la brujería...

El vudú, la religión que los esclavos trajeron de África y se nacionalizó en Haití, no merece llamarse religión. Desde el punto de vista de los propietarios de la Civilización, el vudú es cosa de negros, ignorancia, atraso, pura superstición. La Iglesia Católica, donde no faltan fieles capaces de vender uñas de los santos y plumas del arcángel Gabriel, logró que esta superstición fuera oficialmente prohibida en 1845, 1860, 1896, 1915 y 1942, sin que el pueblo se diera por enterado. Pero desde hace ya algunos

Por Eduardo Galeano

Este mosaico ha sido armado con unos pocos textos míos, publicados en libros y revistas en los últimos años. Sin querer queriendo, yendo y viniendo entre el pasado y el presente y entre temas diversos, todos los textos se refieren, de alguna manera, directa o indirectamente, a los derechos de los trabajadores, derechos despedidos por el huracán de la crisis: esta crisis feroz, que castiga el trabajo y recompensa la especulación y está arrojando al tacho de la basura más de dos siglos de conquistadas obreras.

La tarántula universal

Ocurrió en Chicago, en 1886.

El 1º de mayo, cuando la huelga obrera paralizó Chicago y otras ciudades, el diario *Philadelphia Tribune* diagnosticó: El elemento laboral ha sido picado por una especie de tarántula universal, y se ha vuelto loco de remate.

Locos de remate estaban los obreros que luchaban por la jornada de trabajo de ocho horas y por el derecho a la organización sindical.

Al año siguiente, cuatro dirigentes obreros, acusados de asesinato, fueron sentenciados sin pruebas en un juicio mamarracho. Georg Engel, Adolf Fischer, Albert Parsons y Auguste Spies marcharon a la horca. El quinto condenado, Louis Linng, se había volado la cabeza en su celda.

Cada 1º de mayo, el mundo entero los recuerda.

Con el paso del tiempo, las convenciones internacionales, las constituciones y las leyes les han dado la razón.

Sin embargo, las empresas más exitosas siguen sin enterarse. Prohíben los sindicatos obreros y miden la jornada de trabajo con aquellos relojes derretidos que pintó Salvador Dalí.

Una enfermedad llamada trabajo

En 1714 murió Bernardino Ramazzini.

El era un médico raro, que empezaba preguntando:

—¿En qué trabaja usted?

A nadie se le había ocurrido que eso podía tener alguna importancia.

Su experiencia le permitió escribir el primer tratado de medicina del trabajo, donde describió, una por una, las enfermedades frecuentes en más de cincuenta oficios. Y comprobó que había pocas esperanzas de curación para los obreros que comían hambre, sin sol y sin descanso, en talleres cerrados, irrespirables y mugrientos.

Mientras Ramazzini moría en Padua, en Londres nacía Percivall Pott.

Siguiendo las huellas del maestro italiano, este médico inglés investigó la vida y la muerte de los obreros pobres. Entre otros hallazgos, Pott descubrió por qué era tan breve la vida de los niños desolladores. Los niños se deslizaban, desnudos, por las chimeneas,

de casa en casa, y en su difícil tarea de limpieza respiraban mucho hollín. El hollín era su verdugo.

Desechables

Más de noventa millones de clientes acuden, cada semana, a las tiendas Wal-Mart. Sus más de novecientos mil empleados tienen prohibida la afiliación a cualquier sindicato. Cuando a alguno se le ocurre la idea, pasa a ser un desempleado más. La exitosa empresa niega sin disimulo uno de los derechos humanos proclamados por las Naciones Unidas: la libertad de asociación. El fundador de Wal-Mart, Sam Walton, recibió en 1992, la Medalla de la Libertad, una de las más altas condecoraciones de los Estados Unidos.

Uno de cada cuatro adultos norteamericanos, y nueve de cada diez niños, engullen en McDonald's la comida plástica que los engorda. Los trabajadores de McDonald's son tan desechables como la comida que sirven: los pica la misma máquina. Tampoco ellos tienen el derecho de sindicalizarse.

En Malasia, donde los sindicatos obreros todavía existen y actúan, las empresas Intel, Motorola, Texas Instruments y Hewlett Packard lograron evitar esa molestia. El gobierno de Malasia declaró *union free*, libre de sindicatos, el sector electrónico.

Tampoco tenían ninguna posibilidad de agremiarse las ciento noventa obreras que murieron quemadas en Tailandia, en 1993, en el galpón trancado por fuera donde fabricaban los muñecos de Sesame Street, Bart Simpson y Los Muppets.

En sus campañas electorales del año 2000, los candidatos Bush y Gore coincidieron en la necesidad de seguir imponiendo en el mundo el modelo norteamericano de relaciones laborales. "Nuestro estilo de trabajo", como ambos lo llamaron, es el que está marcando el paso de la globalización que avanza con botas de siete leguas y entra hasta en los más remotos rincones del planeta.

La tecnología, que ha abolido las distancias, permite ahora que un obrero de Nike en Indonesia tenga que trabajar cien mil años para ganar lo que gana en un año un ejecutivo de Nike en los Estados Unidos.

Es la continuación de la época colonial, en una escala jamás conocida. Los pobres del mundo siguen cumpliendo su función tradicional: proporcionan brazos baratos y productos baratos, aunque ahora produzcan muñecos, zapatos deportivos, computadoras o instrumentos de alta tecnología además de producir, como antes, caucho, arroz, café, azúcar y otras cosas malditas por el mercado mundial.

Desde 1919, se han firmado 183 convenios internacionales que regulan las relaciones de trabajo en el mundo. Según la Organización Internacional del Trabajo, de esos 183 acuerdos, Francia ratificó 115, Noruega 106, Alemania 76 y los Estados Unidos... catorce. El país que encabeza el

LA CHARLA DE EDUARDO GALEANO EN CLACSO DE MEXICO DF

Los derechos de los trabajadores: ¿un tema para arqueólogos?

El escritor uruguayo convocó a cientos de estudiantes, que fueron hasta nueve horas antes de que hablara para conseguir entrar. El tema era uno “que ya no suele tocarse”, el del trabajo “y el del miedo que tenemos todos de quedarnos sin trabajo”.

proceso de globalización sólo obedece sus propias órdenes. Así garantiza suficiente impunidad a sus grandes corporaciones, lanzadas a la cacería de mano de obra barata y a la conquista de territorios que las industrias sucias pueden contaminar a su antojo. Paradójicamente, este país que no reconoce más ley que la ley del trabajo fuera de la ley es el que ahora dice que no habrá más remedio que incluir “cláusulas sociales” y de “protección ambiental” en los acuerdos de libre comercio. ¿Qué sería de la realidad sin la publicidad que la enmascara?

Esas cláusulas son meros impuestos que el vicio paga a la virtud con cargo al rubro relaciones públicas, pero la sola mención de los derechos obreros pone los pelos de punta a los más fervorosos abogados del salario de hambre, el horario de goma y el despido libre. Desde que Ernesto Zedillo dejó la presidencia de México, pasó a integrar los directorios de la Union Pacific Corporation y del consorcio Procter & Gamble, que opera en 140 países. Además, encabeza una comisión de las Naciones Unidas y difunde sus pensamientos en la revista *Forbes*: en idioma tecnocrático, se indigna contra “la imposición de estándares laborales homogéneos en los nuevos acuerdos comerciales”. Traducido, eso significa: olvidemos de una buena vez toda la legislación internacional que todavía protege a los trabajadores. El presidente jubilado cobra por predicar la esclavitud. Pero el principal director ejecutivo de General Electric lo dice más claro: “Para competir, hay que exprimir los limones”. Y no es necesario aclarar que él no trabaja de limón en el reality show del mundo de nuestro tiempo.

Ante las denuncias y las protestas, las empresas se lavan las manos: yo no fui. En la industria posmoderna, el trabajo ya no está concentrado. Así es en todas partes, y no sólo en la actividad privada. Los contratistas fabrican las tres cuartas partes de los autos de Toyota. De cada cinco obreros de Volkswagen en Brasil, sólo uno es empleado de la empresa. De los 81 obreros de Petrobras muertos en accidentes de trabajo a fines del siglo XX, 66 estaban al servi-



cio de contratistas que no cumplen las normas de seguridad. A través de trescientas empresas contratistas, China produce la mitad de todas las muñecas Barbie para las niñas del mundo. En China sí hay sindicatos, pero obedecen a un estado que en nombre del socialismo se ocupa de la disciplina de la mano de obra: “Nosotros combatimos la agitación obrera y la inestabilidad social, para asegurar un clima favorable a los inversores”, explicó Bo Xilai, alto dirigente del Partido Comunista chino.

El poder económico está más monopolizado que nunca, pero los países y las personas compiten en lo que pueden: a ver quién ofrece más a cambio de menos, a ver quién trabaja el doble a cambio de la mitad. A la vera del camino están quedando los restos de las conquistas arrancadas por tantos años de dolor y de lucha.

Las plantas maquiladoras de México, Centroamérica y el Caribe, que por algo se llaman “sweat shops”, talleres del sudor, crecen a un ritmo mucho más acelerado que la industria en su conjunto. Ocho de cada diez nuevos empleos en la Argentina están “en negro”, sin ninguna protección legal. Nueve de cada diez nuevos empleos en toda América latina corresponden al “sector informal”, un eufemismo para decir que los trabajadores están librados a la buena de Dios. La estabilidad laboral y los demás derechos de los trabajadores, ¿serán de aquí a poco un tema para arqueólogos? ¿No más que recuerdos de una especie extinguida?

En el mundo al revés, la libertad oprime: la libertad del dinero exige trabajadores presos de la cárcel del miedo, que es la más cárcel de todas las cárceles. El dios del mercado amenaza y castiga; y bien lo sabe cualquier trabajador, en cualquier lugar. El miedo al desempleo, que sirve a los empleadores para reducir sus costos de mano de obra y multiplicar la productividad, es, hoy por hoy, la fuente de angustia más universal. ¿Quién está a salvo del pánico de ser arrojado a las largas colas de los que buscan trabajo? ¿Quién no teme convertirse en un “obstáculo interno”, para decirlo con las palabras del presidente de la Coca-Cola, que explicó el despido de miles de trabajadores diciendo que “hemos eliminado los obstáculos internos”?

Y en tren de preguntas, la última: ante la globalización del dinero, que divide al mundo en domadores y domados, ¿se podrá internacionalizar la lucha por la dignidad del trabajo? Menudo desafío.

Un raro acto de cordura

En 1998, Francia dictó la ley que redujo a treinta y cinco horas semanales el horario de trabajo.

Trabajar menos, vivir más: Tomás Moro lo había soñado, en su *Utopía*, pero hubo que esperar cinco siglos para que por fin una nación se atreviera a cometer semejante acto de sentido común.

Al fin y al cabo, ¿para qué sirven las máquinas, si no es para reducir el tiempo de trabajo y ampliar nuestros espacios de libertad?

¿Por qué el progreso tecnológico tiene que regalarnos desempleo y angustia?

Por una vez, al menos, hubo un país que se atrevió a desafiar tanta sinrazón.

Pero poco duró la cordura. La ley de las treinta y cinco horas murió a los diez años.

Este inseguro mundo

Hoy, abril 28, Día de la Seguridad en el Trabajo, vale la pena advertir que no hay nada más inseguro que el trabajo. Cada vez son más y más los trabajadores que despiertan, cada día, preguntando:

—¿Cuántos sobraremos? ¿Quién me comparará?

Muchos pierden el trabajo y muchos pierden, trabajando, la vida: cada quince segundos muere un obrero, asesinado por eso que llaman accidentes de trabajo.

La inseguridad pública es el tema preferido de los políticos que desatan la histeria colectiva para ganar elecciones. Peligro, peligro, proclaman: en cada esquina acecha un ladrón, un violador, un asesino. Pero esos políticos jamás denuncian que trabajar es peligroso, y es peligroso cruzar la calle, porque cada veinticinco segundos muere un peatón, asesinado por eso que llaman accidente de tránsito; y es peligroso comer, porque quien está a salvo del hambre puede sucumbir envenenado por la comida química; y es peligroso respirar, porque en las ciudades el aire puro es, como el silencio, un artículo de lujo; y también es peligroso nacer, porque cada tres segundos muere un niño que no ha llegado vivo a los cinco años de edad.

Historia de Maruja

Hoy, 30 de marzo, Día del Servicio Doméstico, no viene mal contar la breve historia de una trabajadora de uno de los oficios más ninguneados del mundo.

Maruja no tenía edad.

De sus años de antes, nada decía. De sus años de después, nada esperaba.

No era linda, ni fea, ni más o menos.

Caminaba arrastrando los pies, empuñando el plumero, o la escoba, o el cucharón.

Despierta, hundía la cabeza entre los hombros.

Dormida, hundía la cabeza entre las rodillas.

Cuando le hablaban, miraba el suelo, como quien cuenta hormigas.

Había trabajado en casas ajenas desde que tenía memoria.

Nunca había salido de la ciudad de Lima.

Mucho trajinó, de casa en casa, y en ninguna se hallaba. Por fin, encontró un lugar donde fue tratada como si fuera persona.

A los pocos días, se fue.

Se estaba encariñando.

Desaparecidos

Agosto 30, Día de los Desaparecidos:

los muertos sin tumba,
las tumbas sin nombre,
las mujeres y los hombres que el terror tragó,

los bebés que son o han sido botín de guerra.

Y también:

los bosques nativos,
las estrellas en la noche de las ciudades,

el aroma de las flores,
el sabor de las frutas,

las cartas escritas a mano,
los viejos cafés donde había

tiempo para perder el tiempo,
el fútbol de la calle,

el derecho a caminar,
el derecho a respirar,

los empleos seguros,
las jubilaciones seguras,

las casas sin rejas,
las puertas sin cerradura,

el sentido comunitario
y el sentido común.

El origen del mundo

Hacía pocos años que había terminado la guerra española y la cruz y la espada reinaban sobre las ruinas de la República.

Uno de los vencidos, un obrero anarquista, recién salido de la cárcel, buscaba trabajo. En vano revolvía cielo y tierra. No había trabajo para un rojo. Todos le ponían mala cara, se encogían de hombros, le daban la espalda.

Con nadie se entendía, nadie lo escuchaba. El vino era el único amigo que le quedaba. Por las noches, ante los platos vacíos, soportaba sin decir nada los reproches de su esposa beata, mujer de misa diaria, mientras el hijo, un niño pequeño, le recitaba el catecismo.

Mucho tiempo después, Josep Verdura, el hijo de aquel obrero maldito, me lo contó.

Me lo contó en Barcelona, cuando yo llegué al exilio.

Me lo contó: él era un niño desesperado, que quería salvar a su padre de la condenación eterna, pero el muy ateo, el muy tozudo, no entendía razones.

—Pero papá —preguntó Josep, llorando—. Si Dios no existe, ¿quién hizo el mundo?

Y el obrero, cabizbajo, casi en secreto, dijo:

—Tonto.

Dijo:

—Tonto. Al mundo lo hicimos nosotros, los albañiles.

Publicado el 18 de noviembre de 2012.



Leo y comparto

Por Eduardo Galeano

Los huérfanos de la tragedia de Ayotzinapa no están solos en la porfiada búsqueda de sus queridos perdidos en el caos de los basurales incendiados y las fosas cargadas de restos humanos.

Los acompañan las voces solidarias y su cálida presencia en todo el mapa de México y más allá, incluyendo las canchas de fútbol donde hay jugadores que festejan sus goles dibujando con los dedos, en el aire, la cifra 43, que rinde homenaje a los desaparecidos.

Mientras tanto, el presidente Peña Nieto, recién regresado de China, advertía que esperaba no tener que hacer uso de la fuerza, en tono de amenaza.

Además, el presidente condenó “la violencia y otros actos abominables cometidos por los que no respetan la ley ni el orden”, aunque no aclaró que esos maleducados podrían ser útiles en la fabricación de discursos amenazantes.

El presidente y su esposa, la Gaviota por su nombre artístico,

practican la sordera de lo que no les gusta escuchar y disfrutan la soledad del poder.

Muy certera ha sido la sentencia del Tribunal Permanente de los Pueblos, pronunciada al cabo de tres años de sesiones y miles de testimonios: “En este reino de la impunidad hay homicidios sin asesinos, torturas sin torturadores y violencia sexual sin abusadores”.

En el mismo sentido, se pronunció el manifiesto de los representantes de la cultura mexicana, que advirtieron “Los gobernantes han perdido el control del miedo; la furia que han desencadenado se está volviendo contra ellos”.

Desde San Cristóbal de las Casas, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional dice lo suyo: “Es terrible y maravilloso que los pobres que aspiran a ser maestros se hayan convertido en los mejores profesores, con la fuerza de su dolor convertido en rabia digna, para que México y el mundo despierten y pregunten y cuestionen”.

Publicado el 4 de diciembre de 2014.